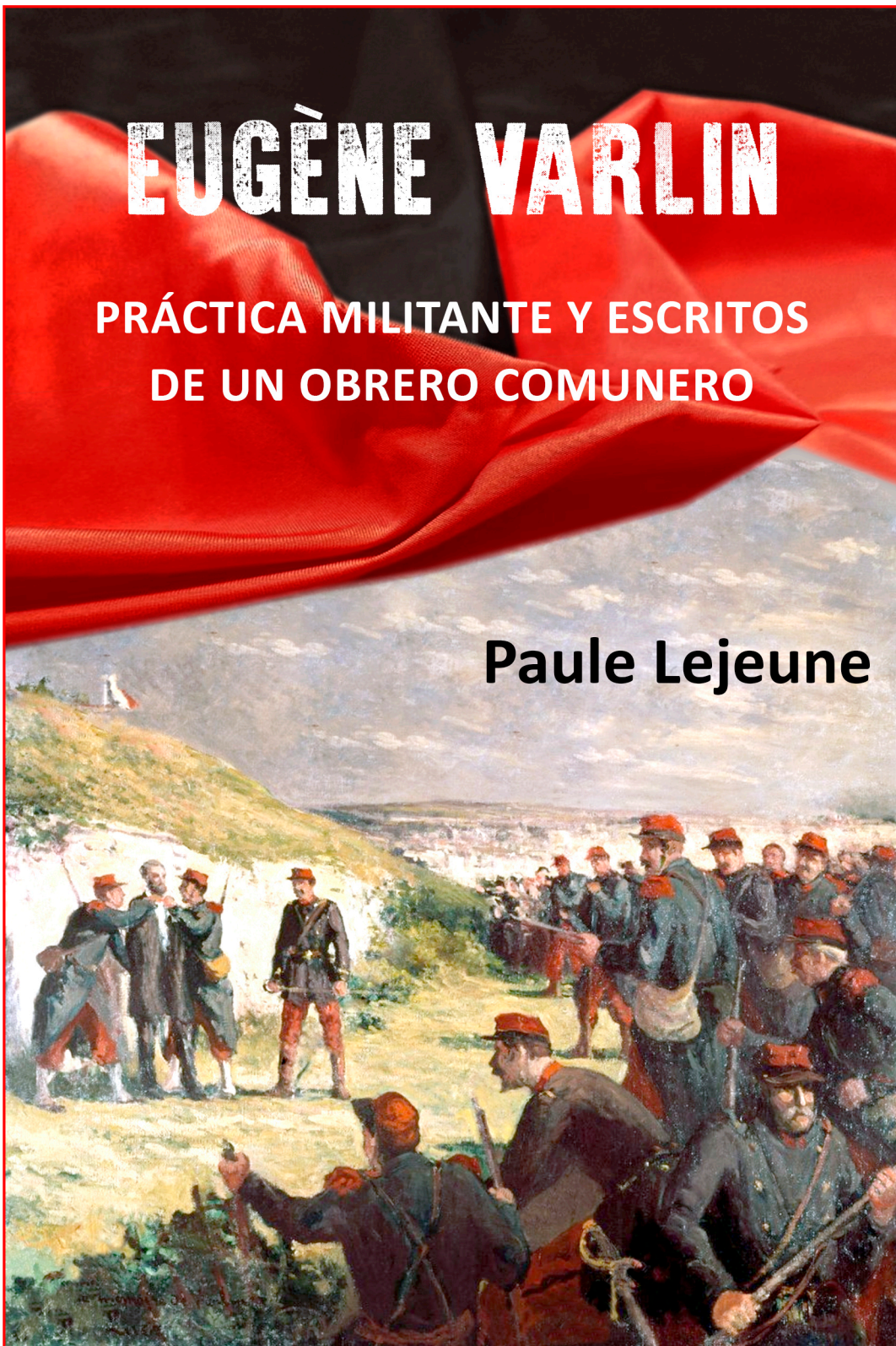


EUGÈNE VARLIN

PRÁCTICA MILITANTE Y ESCRITOS
DE UN OBRERO COMUNERO

Paule Lejeune



Eugène Varlin fue uno de los representantes populares más significados de la Comuna de París, elegido por las barriadas y fábricas. Internacionalista de los primeros tiempos se significó como uno de los militantes obreros con mayor iniciativa del movimiento obrero francés.

PRACTICA MILITANTE Y ESCRITOS DE UN OBRERO COMUNERO es la recopilación de todos sus textos. Lo que Varlin explica hay que considerarlo como clásico de la historia social: los primeros pasos de la AIT, las luchas obreras frente al II^o Imperio francés, la formación de las primeras sociedades obreras y los intentos de creación de colectividades alternativas al orden burgués. Al final, el estallido de la Comuna, el poder popular y su ejecución por el ejército del capital.

Este es un libro de obligada lectura para toda persona interesada en la historia del movimiento obrero. Testimonio y ejemplo para hoy de la práctica militante de un obrero revolucionario.

e. varlin
**PRACTICA MILITANTE
Y ESCRITOS DE
UN OBRERO COMUNERO**



zero zyx

Paule Lejeune

EUGÈNE VARLIN

Práctica militante y escritos de un obrero comunero

Título original:

Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard

Colección: «Biblioteca Promoción del Pueblo»

Edición: Zero/ZYX. Madrid, diciembre 1977

Traducción de Joaquín González

Cubierta del original de José M.^a Ballestero

Cubierta de esta edición digital: Maximilien Luce: *La ejecución de Eugène Varlin*

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Paule Lejeune

**Pratique militante
& écrits d'un ouvrier
communard**

EUGÈNE VARLIN



L'Harmattan

Contenido

Nota Editorial

I. Una de las grandes figuras de la Comuna de París

II. La toma de conciencia revolucionaria

III. Varlin defiende a los miembros de la AIT ante los tribunales

IV. Su acción militante

V. La implantación de secciones de la AIT

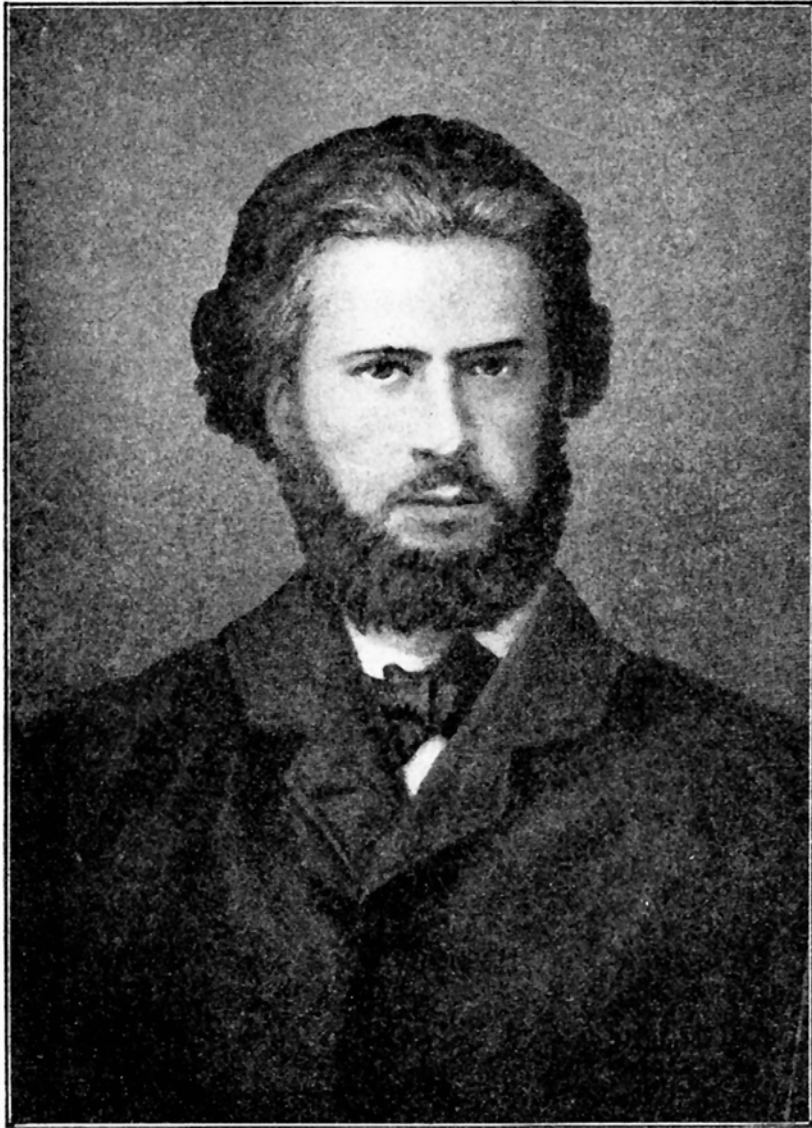
VI. Presencia en las luchas obreras

VII. Caída del Imperio

VIII. El asedio de París y la proclamación de la Comuna

IX. Aniquilación de la Comuna y muerte de Varlin

Bibliografía citada



Eugène Varlin

NOTA EDITORIAL

El libro que presentamos es un clásico de la historia social del movimiento obrero. En nuestra línea de publicar textos importantes que nos sirvan para recuperar nuestra historia de pueblo, he aquí uno de ellos que quiere superar los esquemas caducos de la sociedad burguesa y modificar sustancialmente las relaciones sociales. Un cambio que se supone alternativo, liberador. En este sentido el libro que proponemos cumple perfectamente este objetivo. En el terreno de la historia nos interesa beber en las fuentes directas, en una historia hecha por hombres de carne y hueso y no únicamente por grandes mitos. En los albores de la sociedad industrial cuando el capitalismo era salvaje y las fuerzas del ejército y de la policía de Thiers, representante de la burguesía francesa, disparaban sobre el pueblo, han existido personas, obreros mismos, que han estado comprometidos hasta el fin en esta lucha por la liberación del hombre y de la clase obrera.

Eugène Varlin es uno de ellos. Internacionalista, hijo de familia humilde, educado en la libertad y la solidaridad con su propia clase, será uno de los representantes populares de la Comuna de París elegidos por los distintos barrios y fábricas de la ciudad. Estos son sus textos. Todo un recorrido por su vida

de militante —en definitiva una página de la historia del movimiento obrero europeo— desde los momentos iniciales de la Primera Internacional a las huelgas por la mejora de las condiciones sociales y de empleo, pasando por los intentos de construcción de prácticas sociales alternativas al capitalismo. Al final, los documentos más importantes del poder obrero y popular de la Comuna...

De muchas maneras textos como éste nos sirven de referencia para ahora mismo: el testimonio directo de la práctica militante de hombres del pueblo que quisieron construir una sociedad de hombres libres e iguales. Es un ejemplo constante. Esto es la Historia.



De izquierda a derecha, de pie, Eugène Varlin y Henri Tolain.
Sentados, Charles Limousin, y el último, posiblemente, Ernest Fribourg.

El fotógrafo fue H. Daubray.

Fue tomada durante la Conferencia de la Asociación Internacional de Trabajadores que se llevó a cabo en Londres, del 25 al 29 de septiembre de 1865.

Capítulo Primero

Una de las grandes figuras de la Comuna de París

Hijo de campesinos pobres.

Eugène Varlin nace en 1839 en una época en la que la clase dominante busca en los campos más atrasados, y casi en la cuna, una fuerza de trabajo poco costosa que le permita obtener un beneficio fabuloso; subyuga de hecho a chiquillos y chiquillas, desde la edad de seis años, a una tortura cotidiana que nos describe el médico progresista Villermé:

Permanecen de dieciséis a diecisiete horas de pie todos los días, de las cuales al menos trece en una habitación cerrada, sin apenas cambiar de lugar ni de postura. No es ni siquiera un trabajo o una tarea, es una tortura; y se les inflige a niños de seis a ocho años, desnutridos, mal vestidos y obligados a recorrer desde las cinco de la mañana, la larga distancia que les separa de sus talleres, y que termina de extenuarlos, cuando por la tarde regresan de esos mismos talleres. ¿Cómo estos infelices, que apenas si pueden disfrutar de algunos instantes de sueño, resisten

tanta miseria y fatiga? Es este largo suplicio diario el que mina principalmente su salud en los telares de algodón.

Este espectáculo es el que contemplaban cada día los padres del pequeño Varlin, ya que en el pueblo de Seine-et-Marne en el que ellos vivían —en Voisins, cerca de Claye— prosperaban varias industrias entre las cuales había una fábrica de indianas.

Los Varlin no eran en absoluto ricos: el padre vendía sus brazos como obrero agrícola y cultivaba, después de sus interminables jornadas como asalariado, algunos pedazos de tierra adquiridos con sudor de generación en generación, sin poseer incluso un caballo para trabajar.

A pesar de esta condición de campesinos pobres, no se dejaban engañar ni por el cura ni por la propaganda de la burguesía que no cesaba de extender la conveniencia del trabajo para los niños; así el ministro del Comercio en 1840 había ya comprendido el papel del acondicionamiento: «La admisión de niños en las fábricas desde la edad de ocho años es para los padres un medio de supervivencia, para los niños un comienzo de aprendizaje, para la familia un recurso. El habituarse al orden, la disciplina y el trabajo se debe adquirir pronto, y la mayor parte de la mano de obra industrial exige una destreza y agilidad que no se obtienen más que con una práctica bastante intensa y que no puede comenzarse demasiado pronto. El niño que entra a los ocho años en el taller, acostumbrado al trabajo y habiendo adquirido el hábito de la obediencia y poseyendo los primeros elementos de la instrucción primaria o básica, llegará a los diez años con más capacidad de soportar la fatiga, más hábil y más instruido que

un niño de la misma edad educado hasta ese momento en la ociosidad y encontrándose de repente con el mandil de trabajo». Los Varlin, no deseaban de ningún modo que sus hijos adquirieran tan tempranamente el hábito de la obediencia y por tanto hicieron todos los sacrificios posibles para que fueran a la escuela.

El primer golpe de fortuna de Eugène Varlin fue en efecto el librarse de ese presidio de la infancia que era el trabajo y poder ir a la escuela más próxima en Claye, hasta los trece años, lo que le permitió apropiarse de las llaves del saber: la lectura, la escritura y el cálculo.

La segunda vez que se vio agraciado por la fortuna fue el hecho de haber vivido junto a un abuelo de una personalidad republicana tan marcada y notoria que en 1848 —ya los setenta y cinco años!— llegó a ser miembro de su municipalidad.

De Febrero a Junio de 1848 durante los meses de euforia republicana, puede imaginarse el clima de esperanza y de libertad conquistada en la cual vivió el pequeño Varlin y toda la avalancha de recuerdos de la Gran Revolución que evocaban los ancianos del pueblo. Varlin no tuvo necesidad de esperar a la edad de veinte años como Jules Vallès para volver a contactar con el pueblo y su pasado en los libros prohibidos: al filo de las veladas, se impregnó de los escritos de lucha contra los tiranos; fue educado en el culto a la libertad y al saber y en la confianza de un futuro mejor para las masas.

Esta cultura oral y popular permitía neutralizar los efectos de

una escuela que la revolución de 1848 no tuvo tiempo de transformar y que permanecía en la más asfixiante tradición de moral cristiana. Por eso Thiers declaraba: «Pido que la acción del cura sea enérgica, mucho más de lo que lo es ahora, porque yo cuento mucho con él para propagar esa buena filosofía que enseña al hombre que él está aquí para sufrir». Y el economista burgués Adolphe Blanqui, el hermano del revolucionario, dejaba traslucir en 1848 el gran pánico de la burguesía en lo que concierne a la instrucción:

Enseñar a leer y a escribir a los niños, es una cosa útil y sabia, sin duda, a condición de que no se les provea solamente de un instrumento de ruina y perdición, en lugar de un elemento saludable de perfeccionamiento moral. Pues si los niños no han de leer mas que periódicos revolucionarios o libros obscenos, sería cien veces mejor para ellos la vieja y leal ignorancia de sus padres, sería cien veces mejor retroceder al origen de las edades, que envenenar generaciones enteras con doctrinas anárquicas y antisociales, tales como aquellas que se pretenden propagar en los días que vivimos.

Arrancado del aislamiento del campo.

La fortuna le vino por tercera vez, al ser enviado por sus padres a casa de un tío, encuadernador en París. Iba a aprender un verdadero oficio que le permitía conjugar en cada instante el trabajo del cerebro y el de la mano, y era también un oficio que le ponía en contacto con los libros; gran

privilegio, en una época en la que el acceso al saber estaba casi exclusivamente reservado a la clase dominante y en la que el volumen más pequeño podía costar varias jornadas de trabajo manual.

Además, era apartado del aislamiento del campo y de su aislamiento cultural para vivir ahora en la capital. No olvidemos que el París de aquellos años era un lugar de gran concentración obrera, ya que contaba con una población industrial activa de 407.500 trabajadores entre hombres, mujeres y niños, lo que suponía más del 40% de la población total. El prefecto Hausmann no había pasado todavía por allí para destripar los viejos barrios populares y enviar lejos del centro a los obreros.

Era pues en París donde de año en año, de huelga en barricada, de motín en revolución, se desarrollaba más intensamente el combate entre clases. Si comparamos el destino de Varlin con el de otro proletario, Norbert Truquin, vemos que este último, constantemente obligado a ganar su pan marchando de una ciudad y de un empleo a otro, adquirió ciertamente un gran poder de análisis crítico, pero no pudo pasar a la acción militante por falta de continuidad y de estructuras sólidas.

Varlin no ejercería más que un solo oficio, y en una misma ciudad; él tendría pues la posibilidad de entablar lazos con sus camaradas, de organizar la lucha, de ir siempre más allá en la vía revolucionaria.

No hay que creer sin embargo que, por que Varlin escapara

de los trabajos rudos de las grandes fábricas, iba a tener una adolescencia fácil. La vida de aprendiz era muy dura, tan dura algunas veces como la de un pequeño anudador de hilos en una fábrica textil. El trabajo duraba de la mañana a la noche, y las tareas a menudo no enseñaban otra cosa que los rudimentos del oficio y la dependencia, absoluta, material y moral, como lo testimonia el carpintero Agricol Perdiguier en sus *Memorias de un compañero*:

M. D... me daba comida y cama nada más; ni siquiera el menor estímulo. Me hacía levantar cada mañana, ya fuera invierno o verano, antes de las cinco, y trabajar hasta las ocho o las nueve de la noche. Las comidas, las tomábamos en muy poco tiempo. En el curso de la jornada, estuviera él presente o no, yo empleaba mi tiempo lo mejor que podía; el domingo, ponía en orden el taller, el desván donde estaba la madera, y no estaba realmente libre antes de las diez o las doce. Era tímido y muy sensible; por poco que se me reprendiera, me ponía al borde de la desesperación.

Me acostaba en el tercer piso; M. D... tenía su habitación debajo. Me despertaba por la mañana golpeando contra su techo con una especie de barra. No tenía que salir de su cama. Una noche, él golpea. Me levanto. Pero aún estaba fatigado, tenía sueño todavía. Miro por la vidriera. Se estaba cerrando la farmacia de Ai..., nuestro vecino. No comprendía absolutamente nada. Me visto y voy a trabajar. Eran las once de la noche. Así que debía permanecer de pie toda la noche y todo el día siguiente. No le importaba ni usar mis fuerzas ni debilitarlas.

M. D... me daba la madera para que la serrara y desbastara. A continuación, él trazaba. Yo hacía las muescas, las espigas; (yo hacía) las ranuras, los encajes y las molduras. El se tomaba la molestia o el placer de ensamblarlo. Yo me encargaba también de empernar, cepillar, nivelar, restaurar y rematar. Hacíamos ventanas, puertas, escaparates de tiendas y otros trabajos. A menudo él me obligó a hacer para M. Poncet, cajas para embalar seda. Era un trabajo rudo, tosco y poco agradable para el obrero, pero muy lucrativo para el patrón.

Hacía seis meses que estaba en casa de M. D..., y no me había dado nunca el menor dinero para pasar el domingo.

Sin hablar del auténtico martirio colectivo que, por ejemplo, soportaban los jóvenes aprendices lyoneses, tal como lo denuncia Norbert Truquin en *Las memorias y aventuras de un proletario*, en una página extraordinaria de precisión y densidad.

El hecho de que el joven Varlin fuera aprendiz en casa de un pariente no aliviaba apenas su suerte. Tanto más cuanto que el tío en cuestión, era particularmente duro y violento, reprochando especialmente a su sobrino que se sumiera demasiado en los libros, que él se encargaba de encuadernar. Le reprochaba también el no querer acceder a la sucesión de su taller de encuadernación casándose con una pariente de la casa. Aquella oportunidad, la rechazó Varlin porque, según dice uno de sus biógrafos, no quería ser patrón para explotar a los obreros. Sea lo que fuere, deja definitivamente la tutela de su tío en diciembre de 1854 y esto denota en este muchacho de

quince años una voluntad ya marcada de correr riesgos, de ir siempre en cabeza.

«Los trabajadores tienen sed de un saber del que tienen necesidad para vencer (Lenin)»

En los años que siguen, parece tomar el camino del obrero cualificado que se ve animado por la voluntad de perfeccionarse en su oficio y de aprovechar todas las ocasiones de instruirse e incluso de cultivarse: pasa de un taller de encuadernación a otro; su cartilla de obrero nos muestra que de 1855 a 1858 cambia seis veces de patrón; esta especie de minivuelta a Francia alrededor de París le enseña todas las sutilezas de un oficio artístico, y más tarde será tan apreciado que a los dieciocho años se le contratará como contraamaestre. Su salario algo elevado para la época le pone al abrigo del frío y del hambre y le permite alquilar una habitación en lugar de alojarse en esos pestilentes dormitorios donde a menudo se amontonaban los obreros, los de la construcción en particular, desterrados de su provincial natal.

En resumidas cuentas, vive su vida sin verse abrumado por el paro y la búsqueda de cualquier oficio para obtener el sustento. Y es de esta forma como él puede seguir regularmente cursos nocturnos de francés, geometría y contabilidad. E incluso se hace acreedor a recibir premios otorgados solemnemente bajo la presidencia del ministro de instrucción pública. ¿Acaso no es necesario animar a los trabajadores a instruirse ya que las nuevas técnicas industriales

requieren conocimientos básicos? Por otra parte Napoleón III que comienza a enfadarse con la burguesía intenta apoyarse en la aristocracia obrera.

Varlin encuentra también tiempo para cultivar artes normalmente prohibidas a la masa trabajadora: se adhiere a una coral, participa en concursos, se interesa vivamente por el mundo de la música. Parece pues aprovechar todas las oportunidades para tratar de expandirse plenamente beneficiándose de las diminutas migajas de cultura que deja caer la burguesía.

Podemos pensar que es por el camino del ahondar en las cosas, por medio del saber, de la lectura y la reflexión como logra acercarse a la vía revolucionaria.

¡Por otra parte no es el único, ya que entre los alumnos de su curso nocturno en el mismo año que él, se revelan el nombre de dos futuros comuneros! Efecto «boomerang» del saber, tan temido por la clase dominante, pero que sus necesidades en materia de obra cualificada no podían evitar, sin mencionar el empuje constante de los trabajadores por obtener siempre más posibilidades de instruirse.

«Los trabajadores tienen sed de un saber que ellos necesitan para vencer», escribió Lenin. Varlin tenía una sed de saber, que estaba en relación con su medio familiar donde la dignidad y la instrucción estaban ligadas, sin ser quizás todavía plenamente consciente de que ese saber constituía un arma importante para la lucha de clases. Desde 1857, por otra parte, participa en la vida colectiva de sus compañeros de encuadernación,

adhiriéndose a la Sociedad civil de encuadernadores, que tenía como objetivo oficial procurar ayuda en caso de enfermedad y procurar igualmente un pequeño retiro. Desempeña allí rápidamente un papel relevante, llegando a hacer modificar, en particular, los estatutos de la asociación a fin de reducir el poder del presidente designado por el gobierno.

Y cuando en 1862 el poder imperial, haciendo algunas concesiones demagógicas a la clase obrera, propone enviar delegados franceses a la exposición mundial de Londres, Varlin es elegido por sus camaradas encuadernadores para formar parte de la comisión obrera encargada de ocuparse de la elección de delegados y de la organización de su viaje a Inglaterra.

¿Fue Varlin realmente a Londres? Esta controvertida cuestión es en realidad secundaria. Lo que realmente importa es que él ya es conocido por sus iguales y que ha podido tomar conciencia de los problemas obreros en el plano internacional, ya sea habiendo discutido en persona en Londres, ya sea que a la vuelta los delegados le rindieran cuentas muy precisas de su estancia. Varlin no era ni arrebatado ni espontáneo. Las informaciones que él recibía eran analizadas, lo que le llevaba a una transformación constante y firme, sin cambios bruscos y teatrales.

Veamos cómo nos lo describe uno de sus biógrafos, Eugène Faillet, mientras se celebraba la Exposición de Londres:

Tenía veintidós años, pero parecía que tenía treinta. Su estatura elevada comenzaba ya a curvarse por la

costumbre de meditar. Su cabellera abundante echada hacia atrás ponía al descubierto una frente admirable. Sus ojos negros reflejaban mansedumbre y energía.

Quien le veía una vez no le olvidaba nunca. Acostumbraba a no expresar su opinión hasta que los demás lo hubieran hecho. Era modesto hasta rayar en la timidez, afable siempre, encontraba cualidades a todas las personas.

En Octubre de 1862, los delegados encuadernadores, entre los que se encontraba Varlin, redactan un informe sobre lo que han observado en Londres tal como hicieran, por otra parte, los representantes de otros oficios.

A través de estos informes salen a la luz grandes temas, que van a constituir la trama misma de la lucha hasta la caída del II Imperio: en primer lugar, la sorpresa de constatar que sus camaradas ingleses tienen un salario y unas condiciones de trabajo muy superiores a las suyas, mientras que la propaganda imperial les hacía creer lo contrario; después la toma de conciencia de la relación estrecha entre esta situación y las realizaciones prácticas que llevaban a cabo sus camaradas ingleses, tales como asociaciones obreras muy estructuradas y poderosas, como lo prueba el hecho de que desarrollaban huelgas largas y duras. Y, tanto del lado inglés como del lado francés, los obreros llegan a la conclusión de la necesidad de unirse al máximo por encima de las fronteras con el fin de luchar contra el Capital que multiplica sus esfuerzos para conseguir la división de los trabajadores.

«Uno de los mas peligrosos...»

La reflexión sobre estos puntos desarrolla en Eugène Varlin una voluntad de comprometerse a fondo en la lucha obrera. Con el fin de estar más libre para organizar mejor su tiempo, decide no trabajar más en un taller a horas fijas, sino efectuar su labor a domicilio. Entonces, se instala en el número 33 de la calle Dauphine, en una buhardilla que le cuesta 150 francos de alquiler por año y que él amuebla con lo estrictamente necesario. Comparte esta habitación con su hermano Louis, que era aprendiz de pintor, y que se hallaba parcialmente paralizado a causa de un accidente de trabajo.

Lleva una vida ruda y austera. Una vez concluida la labor de encuadernación, que él realizaba durante doce horas al día, con el fin de cubrir sus necesidades, consagra el resto de su tiempo al estudio y sobre todo a la acción, que proyectaba cada vez más hacia la lucha.

Y en efecto, el poder imperial suelta lastre, derogando una parte de la siniestra ley Le Chapelier —a finales de Mayo de 1864, se acuerda conceder el derecho de huelga pero no el de asociación— Varlin y sus camaradas encuadernadores aprovechan esta circunstancia para promover a partir de Agosto 1864 una huelga prolongada. Se crea una comisión para dirigir el movimiento y el apoyo en torno a tres reivindicaciones principales:

—Reducción de la jornada de trabajo de doce a diez horas;

—Un salario por diez horas que sea igual al de una jornada de once horas;

—Un aumento del 25% para las horas suplementarias.

Las justificaciones que apoyan estas reivindicaciones prueban la aproximación muy reflexionada a los problemas y la existencia de un nivel de conciencia:

El desarrollo de la industria debe tener como resultado el aumento del bienestar para todos. La producción está aumentando cada día por la extensión del empleo de máquinas, el rico ya no puede copar todo el consumo; es preciso pues que el obrero se convierta también en consumidor, y por esto le es necesario obtener un salario lo bastante elevado como para adquirir productos, y el tiempo necesario para poder poseerlos.

El hecho material del aumento del trabajo, debido al empleo de nuevas máquinas y medios más expeditivos para trabajar, bastaría para pedir una reducción del trabajo necesario, en beneficio del descanso del cuerpo; pero la mente y el corazón lo necesitan sobre todo...

La familia para nosotros tiene también sus encantos y su influencia moralizante; pero nos vemos privados de sus caricias que nos hacen olvidar las fatigas y nos dan ánimos para continuar al día siguiente. Los deberes del padre, las necesidades del hogar, las alegrías, nos son absolutamente imposibles y desconocidos, el taller absorbe todas nuestras fuerzas y nuestro tiempo.

La instrucción se vuelve imposible para nosotros por la longitud de nuestra jornada; y sin embargo, nuestro estado exige que estemos instruidos. Nuestra industria, por sus necesidades de perfeccionamiento, hace la educación tan necesaria que convierte en penosa nuestra ignorancia, al ponernos todos los días entre las manos tamaña cantidad de libros. Hombres que proceden de todos los lados y dotados de instrucción se ofrecen a comunicarnos los conocimientos que poseen, pero su sacrificio es inútil porque estamos imposibilitados para aprovecharlo.

A fines de Septiembre, la mayor parte de los patrones ceden a las reivindicaciones de los encuadernadores. Es una victoria de la cohesión y organización de la huelga. Eugène Varlin debió hacerse notar allí, ya que es considerado «uno de los más peligrosos» por la policía y además, por otra parte, sus camaradas reunieron dinero para comprarle un reloj de plata el cual, después de su asesinato, el 28 de Mayo de 1871, es robado de su cadáver por un lugarteniente versallés.

Capítulo Segundo

La toma de conciencia revolucionaria

«Proletarios de todos los países, uníos»

Mientras que en París, Varlin lleva a cabo junto a sus camaradas, esta huelga victoriosa, en Londres se funda el 28 de Septiembre de 1864 la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), en ocasión del mitin de Saint Martin's Hall. Naturalmente la radicalización de Varlin en el curso de la huelga le lleva a inscribirse, en Enero de 1865, en la sección parisina de la AIT. (Su carnet tiene el número 256). En seguida desempeña un papel importante, ya que forma parte de la comisión encargada de desarrollar la implantación de la Asociación en todas las regiones de Francia.

Parece que, desde entonces, Varlin, habiendo encontrado las estructuras de organización que convienen a su forma de ver la lucha, quema las etapas de la toma de conciencia y se entrega más allá de sus fuerzas a la lucha obrera. Eugène Faillet nos le describe en esta época de su vida:

Desde que él consiguió asegurar su sustento, iba de un

extremo a otro de la ciudad, tomando a la salida del taller, de la bodega, de la lechería, a este o aquel camarada, a este o aquel grupo. Les animaba, les daba instrucciones, les constituía en sociedad, les inducía a unirse a la Internacional. De vuelta en su casa, con el cuerpo deshecho y el cerebro agotado, escribía a los amigos de provincias y del extranjero. Les informaba de lo que se había hecho y de lo que se haría, les aleccionaba para que no se desalentaran y para que redoblaran su ardor. Después de algunas horas de sueño, se reintegraba a la encuademación. Incluso los más activos se admiraban de su actividad.

Es importante precisar que Varlin no era una excepción en el movimiento obrero; eran numerosos los que daban su tiempo y sus fuerzas para la organización y robustecimiento de la clase obrera. Pero Varlin tenía un no sé qué, confería un calor fraternal y revolucionario, lo que da un carácter ejemplar a su vida.

Para informar más a fondo a los trabajadores, los Internacionales parisinos prueban utilizar la prensa. Se funda un semanario en Junio de 1865: *La Tribuna Obrera*. Pero la vigilancia represiva del poder hace secuestrar el cuarto número en Agosto. Se produce una nueva tentativa: *La Prensa Obrera*. Nuevo secuestro. La tercera tentativa tiene lugar en Septiembre con *La Hormiga*, de la cual no sale a la calle más que un número.

Les cuesta grandes esfuerzos, pues, publicar artículos, comunicados y llamadas en las columnas de la prensa

burguesa, a pesar de lo cual ni los Internacionales, ni Varlin en particular, dejaban de intentarlo, ya que concedían un papel muy relevante a esta forma de información:

Es tiempo, escribe él, de que el trabajador abandone su acostumbrada timidez y se decida a comunicar él mismo sus observaciones y sus ideas, tanto por la pluma como por la palabra. Su pensamiento llega más a la gente, por medio de términos vulgares y frases incorrectas, que si lo hace traducir por otros que ni le comprenden ni sienten como él.

Y es, en efecto, una de las características de la nueva generación obrera, esa voluntad de llevar en propia mano, y a todos los terrenos, su lucha con el fin de poder conducirla realmente hasta el final; y al mismo tiempo, esa desconfianza en los intermediarios no obreros que demasiadas veces habían arrebatado en las mismas narices de los trabajadores, los beneficios de sus luchas (como por ejemplo, en 1830 ó en 1848). Algunos hablarán de obrerismo, cuando Varlin, en Febrero de 1865, firma con los delegados de París el siguiente texto:

Los abajo firmantes, miembros de la AIT en París, se reafirman en los estatutos provisionales que emanan de la Comisión central con sede en Londres, especialmente en el primer párrafo que se concibió de este modo: «Considerando que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos, y que los esfuerzos de los trabajadores por conquistar su emancipación no deben tender a la creación de nuevos privilegios, sino a establecer para todos, los mismos

derechos y las mismas obligaciones», declaran que aceptan con reconocimiento el concurso desinteresado de todos los demócratas, pero que deseando conservar el carácter esencialmente obrero, dentro de la AIT y en el futuro congreso, declaran además que ninguna persona que no sea obrero, podrá ejercer funciones nominativas en representación de París dentro de la susodicha asociación.

¿No es esta oposición la que da el justo reflejo del balance obtenido en experiencias pasadas, o en las supuestamente llamadas republicanas, de entre las cuales personas como un Adolphe Tiers por ejemplo, habían escamoteado para su provecho, los frutos de la lucha obrera. Y por otra parte, la sección parisina mantiene esta posición, ya que en los estatutos que ella redacta, figura en el artículo primero la siguiente precisión: «Para ser admitido es preciso justificar que se es trabajador». Da que pensar que si se hubiera observado esta regla en el momento de la Comuna, la gestión de poder hubiera sido más homogénea, más eficaz, porque se hubieran dado posiciones de clase más claras, menos impregnadas de idealismo, de pacifismo pequeño-burgués.

A la cabeza de la lucha

Varlin multiplica los contactos con los obreros de diferentes corporaciones, interviene en las reuniones, escribe numerosas cartas a gente de provincias para informarles sobre la asociación. Está tan a la cabeza de la lucha internacionalista, que es designado para formar parte de la delegación francesa,

con Tolain, Fribourg y Limousin, los fundadores de la sección parisina, debiendo participar en la conferencia de la AIT, que tenía lugar en Londres del 25 al 29 de Septiembre de 1865.

Y a pesar de esto, se compromete al mismo tiempo de nuevo en una huelga con sus camaradas encuadernadores. Aprovechándose, en efecto, de la mala estación y por tanto de la coyuntura que les es favorable, los patronos recuperan el terreno que se habían visto obligados a ceder tras la huelga de 1864. Los encuadernadores deciden contraatacar: constituyen un comité de huelga del que forma parte Varlin, y cesan de trabajar, lo que a pesar de todo implica miseria e incluso hambre. Con el fin de poder mantenerse más tiempo, piden incluso un préstamo (que acabarán por reembolsar gracias a la solidaridad obrera, pero solamente al cabo de dos años). Aunque muy dura, esta lucha no termina esta vez con una victoria.

Como se puede imaginar, toda esta combatividad obrera no es del agrado del presidente de la sociedad civil de encuadernadores, Alphonse Coquart, que acusa a los obreros y a Varlin en particular, de querer introducir la subversión en la sociedad y de desviarla del camino y objetivos que ella se había trazado. Como el citado presidente no quería convocar la asamblea general, por miedo a ser desautorizado, en una circular cargada de ironía, Varlin puso en guardia a sus camaradas contra las maniobras de este representante del poder. Y cuando el mismo Coquart excluía a Varlin de la sociedad civil, este último no tardó en reaccionar haciendo circular un manifiesto tan mordaz como preciso.

Por otra parte, el mismo año, Varlin rompe con esta forma de asociación mixta patrono-obrera, fundando una nueva organización, que se hallaba enteramente en manos de obreros encuadernadores. Es elegido presidente de esta sociedad, que tenía como función atender en casos de enfermedad o de paro.

Es necesario precisar que, en los estatutos redactados por Varlin, figura la igualdad de derechos entre encuadernadores y encuadernadoras, lo que nos muestra una concepción muy justa, pero al mismo tiempo muy avanzada del mundo, ya que este punto no estaba en conformidad con la opinión de la mayoría de los trabajadores de la época, incluso de los internacionalistas, que bajo la influencia de Proudhon relegaban a la mujer al hogar, sin concederle derechos políticos. (No olvidemos que incluso en el momento de la Comuna en Marzo de 1871, las mujeres ni elegían ni podían ser elegidas).

Esta cláusula del estatuto permite la elección de una mujer para la comisión administrativa: se trata de Nathalie Lemel que, al lado de Varlin, no cesará de animar la creación de cooperativas, restaurantes obreros... Volveremos a encontrar a esta admirable figura militante en la misma trama del movimiento obrero y en particular en el momento de la Comuna.

En el primer congreso de la AIT

Siendo delegado en el primer Congreso de la Internacional,

que tiene lugar en Ginebra del 3 al 8 de Septiembre de 1866, Varlin manifiesta su desacuerdo con sus camaradas proudhonianos en lo que respecta al trabajo de las mujeres. Presentamos aquí un extracto de los debates:

Los ciudadanos Chemalé, Fribourg, Ferrachon, Carnélinat, hacen la siguiente proposición:

«Desde el punto de vista físico, moral y social, el trabajo de las mujeres y de los niños en las fábricas debe ser enérgicamente condenado como una de las causas más activa de la degeneración de la especie humana y como uno de los más poderosos medios de desmoralización que pone en práctica la casta capitalista.

»La mujer, —añaden—, no está hecha para trabajar, su lugar está en el hogar familiar, ella es quien debe educar a los niños, ella sola puede prepararlos para una existencia cívica, poderosa y libre. Esta cuestión debe ponerse en el orden del día del próximo Congreso, la estadística proporcionará documentos bastantes fiables para que podamos condenar el trabajo de las mujeres en las fábricas.»

El ciudadano Varlin (París): Estoy con todos vosotros, en reconocer que el trabajo de las mujeres en las fábricas, tal como se lleva a cabo, daña el cuerpo y engendra la corrupción. Pero, partiendo de ese hecho no podemos condenar el trabajo de las mujeres de una forma general; ya que vosotros que no queréis empujar a la mujer a la prostitución, ¿cómo podríais lograrlo si no le proporcionáis

un medio de ganarse la vida? ¿En qué se convertirán la viudas y las huérfanas? Se verán obligadas o a pedir limosna o a prostituirse. Condenar el trabajo de las mujeres es reconocer la caridad y autorizar la prostitución.

En ese mismo Congreso, en el informe que presentan los delegados parisinos, en el capítulo «educación», Varlin y su camarada Bourdon dan su opinión sobre el tema, oponiéndose a la concepción proudhoniana expuesta por el resto de la delegación, según la cual la educación debe confiarse a la familia y no al Estado:

Después de que hemos llegado a un acuerdo sobre la obligación de ser instruido en una sociedad donde cada día nos beneficiamos de los conocimientos de los demás; después de haber reconocido la necesidad de que la enseñanza sea al mismo tiempo científica y profesional; estamos radicalmente divididos sobre los medios de difundirla: unos afirman que esta tarea incumbe a la familia; los otros dicen que debe ser encargada a la sociedad.

Las convicciones son igualmente profundas en un lado y en el otro, creemos tener que indicar aquí los principios a los que hemos llegado por medio del estudio de esta cuestión.

Estos principios se resumen en dos palabras: justicia y libertad.

Justicia en las relaciones sociales, es decir, igualdad de derechos y obligaciones, igualdad en el acceso a los medios

de acción que la sociedad pone a disposición del individuo, igualdad para todos los individuos en lo que respecta a las cargas sociales.

Libertad individual, es decir, para cada uno el derecho y la facultad de poder emplear sus aptitudes y de usarlas según su gusto.

¡Se afirma que es a la familia a quien incumbe la carga de la educación!

¿Acaso la familia puede proporcionar a todos los niños unos medios de enseñanza iguales? No. Según que la familia cuente con mas o menos hijos, dispondrá de mayores o menores recursos; y mientras que el padre de un hijo solo podrá, sin privarse de nada, darle no sólo la instrucción primaria, sino también instrucción secundaria e incluso superior, el padre que se encuentra cargado de hijos, apenas si les proporcionará la enseñanza elemental. El hijo del primero se convertirá en director de empresa, y los hijos del segundo serán los obreros.

Si existe desigualdad para los niños en los resultados, igualmente existe desigualdad en las cargas familiares, no existe, por lo tanto, justicia.

Por otra parte, ¿quién se aprovechará de la educación del niño? ¿No será la sociedad más bien que la familia? Ahora bien, si es la sociedad, que sea ella quien pague los costes.

Pero no hay aquí solamente una cuestión de cargas o gastos; hay también, y sobre todo, una cuestión de

dirección que es en la que los partidarios de la educación por medio de la familia se escudan más.

El temor de la obsorción del individuo por el Estado, el terror a la enseñanza oficial, les hacen olvidar todos los «gastos de la educación, todas las desigualdades sociales que conlleva la desigualdad de instrucción.

Ciertamente, no podemos por menos que aprobar sus críticas a la enseñanza universitaria, que aplaudir sus ataques al monopolio de la enseñanza, ya que esto no va dirigido contra nosotros. Hacemos esta declaración, dejando claro que si no hubiera otra elección más que entre el monopolio de la enseñanza en manos de un poder despótico y absoluto, del gobierno de un hombre o de vanos hombres, o la libertad de la enseñanza a cargo de la familia, optaríamos por la libertad.

Pero cuando pedimos que la enseñanza se adjudique a la sociedad, entendemos una sociedad verdaderamente democrática, en la que la dirección de la enseñanza sea la voluntad de todos.

En nuestra opinión, la administración central, después de formular un programa de estudios que comprenda solamente las nociones más esenciales y de utilidad pública, dejaría en manos de los ayuntamientos el añadir, lo que les parezca positivo y útil en relación a las familias, costumbres e industrias de la región y de elegir sus profesores, abrir y dirigir sus escuelas.

En cuanto a la libertad del niño, respondemos: para ser

libre, es preciso que goce de todas sus facultades y que pueda ser auto suficiente; en el caso contrario el niño no es libre y necesitará instrucción en el futuro.

En lo que respecta a la autoridad paterna, un padre no tiene el derecho de negarle la educación a su hijo. Si esto se produce, la sociedad teniendo el deber de salvaguardar los intereses de sus miembros, y en el nombre del interés del niño, debe proporcionarle instrucción.

Concluimos pues, en apuntar una enseñanza realizada por la sociedad bajo la dirección de los padres y obligatoria para todos los niños; pero pedimos de igual forma, la libertad de enseñanza.

Lo que sorprende en estas intervenciones de Varlin, es la precisión en el análisis, y el realismo ligado a una sólida práctica. Aunque los restantes delegados franceses permanecen en unas posiciones menos avanzadas, no por ello hacen menos gala de una gran voluntad para abordar todos los problemas que conciernen a la clase obrera, lo hacen muy seriamente, como los Internacionalistas de otros países. Tanto es así, que no merecen en mi opinión, el durísimo juicio que Marx hizo de ellos en una carta a Kugelmann, el 9 de Octubre de 1866.

La plena confianza de las masas

Varlin, desde su vuelta a París, realiza de forma práctica, un mentís a las afirmaciones de Marx. Ni ignorante, ni vanidoso, ni

mucho menos henchido de orgullo, se lanza a fondo, y con todo su entusiasmo, pero también con todo su realismo proletario, a todas las formas de lucha susceptibles de hacer progresar el movimiento obrero.

Varlin, primeramente, entra muy activamente en la preparación de la Exposición universal que tiene lugar ese año en París. Tendrá como en Londres una participación obrera, pero se trata de no hacer ninguna concesión al régimen. Que los encuadernadores tengan delegados, pero que cuenten con sus propias fuerzas. Cuando preside, el 13 de Abril de 1867, la Asamblea general de la Sociedad de crédito mutuo de encuadernadores, Varlin plantea el problema con firmeza, en la misma línea de la Internacional:

La Sociedad de crédito mutuo, teniendo por principio fundamental la emancipación de los trabajadores por ellos mismos, no debemos bajo ningún pretexto aceptar el patronazgo ni por consiguiente los fondos ofrecidos por la sociedad del fomento.

Y de tal forma aparece como el mejor conocedor de los problemas y el que mejor es capaz de exponerlos que sus camaradas encuadernadores le eligen para la comisión obrera por 98 votos de 111. Hasta su muerte, Varlin tendrá siempre la plena confianza de las masas.

Durante los trabajos de la comisión, él pone sobre el tapete temas importantes, como el trabajo de las mujeres. Incluso él ha progresado ya en ese tema, si lo comparamos con la intervención suya en Ginebra. No se trata ya de defender a la

mujer de la caridad y de la prostitución dándole medios para poder obtener su subsistencia, sino que se trata de reconocerle de forma plena la necesidad de trabajar con vistas a su liberación del hombre:

La mujer debe trabajar y ser retribuida por su trabajo. Los que quieren que rehúse de su derecho al trabajo, quieren ponerla siempre, bajo la dependencia del hombre. Nadie tiene el derecho de negarle el único medio por el cual puede ser realmente libre. Ella debe autoabastecerse y como sus necesidades son tan grandes como las nuestras, debe ser retribuida igual que nosotros. Que el trabajo lo realice un hombre o que lo realice una mujer, el producto es el mismo, y el salario debe ser el mismo también. De esta forma, la mujer no hace bajar el salario del hombre y su trabajo la hará libre.

Aquí tenemos un lenguaje extremadamente actual y mucho más avanzado incluso, que la mayor parte de las conversaciones mantenidas sobre la cuestión. Varlin está lejos de la misoginia proudhoniana, que relega a la mujer a las tareas del hogar, y plantea el problema con rigor, y en términos de clase.

En cuanto a su intransigencia frente al poder, la mantiene a lo largo de todas las reuniones de la comisión. Se podría observar aquí una forma un tanto limitada de obrerismo. Pero no representa nada de ello. Varlin, se da cuenta de hecho, del peligro que representan estos avances de Napoleón III. Son verdaderamente las pastillas envenenadas con azúcar que es necesario arrojar si no se quiere contaminar a la clase obrera y

dividirla. Ninguna participación, ninguna colaboración de clase. Varlin vuelve una y otra vez sobre este punto en sus artículos, como se puede ver más tarde, cuando antes de hundirse el Imperio tiende a los obreros la mano endulzada de la participación.

Sostener la huelga a toda costa

Varlin se aleja de la mentalidad proudhoniana también en otro tema, el de la huelga. Tolain, en ocasión de su intervención en el congreso de Lausana (Septiembre de 1867), expresa bastante bien las reticencias sobre la frase de Proudhon: «La huelga es un arma necesaria algunas veces, pero nunca justa».

Ya hemos visto que con los encuadernadores, Varlin ha aprovechado la brecha abierta por la impotencia creciente del régimen, al conducir una primera huelga, y después una segunda más dura y mejor estructurada.

Cada vez que puede sostiene las huelgas de otras corporaciones y pronto las de trabajadores extranjeros. A partir de 1867, y hasta la caída del Imperio, no cesa de proporcionar lo mejor de sus fuerzas para el sostenimiento de las huelgas. De hecho él comprende que es en la lucha donde se puede organizar la solidaridad obrera, y que la huelga es un arma política a empuñar contra este Imperio, que ve prolongada su agonía.

¿Qué hace pues Varlin, en esta época? Piensa primeramente en reunir la mayor cantidad de fondos posibles para poder mantener la lucha. Y organiza todo un sistema bastante minucioso de colectas (listas, recibos, confirmación de ingresos...) La gran honestidad de Varlin aparece en este momento al igual que su desvelo por administrar lo mejor posible un dinero ganado tan a duras penas por los trabajadores. Presta, igualmente, gran atención a la divulgación de información sobre estas huelgas con el fin de romper el aislamiento: escribe, va en persona, habla incansablemente del papel unificador que tiene la Internacional.

En esta apretada sarta de huelgas, Varlin ejecuta su acción conductora durante el año 1867. Inmediatamente encuentra eco, en todos los sectores de la producción, en las minas, en el sector textil, e incluso en los artesanos de París.

Las huelgas toman formas violentas en Roubaix, donde los tejedores e hilanderos protestan contra la intensificación del ritmo, que viene unida a la introducción de nuevas máquinas. La intervención —siempre tan rápida y brutal— de las fuerzas represivas, les conduce a tomar represalias contra las máquinas mismas.

Aunque la Internacional no aprueba esta forma de violencia, apoyándose en fórmulas del tipo de: «Considerad que las máquinas, instrumentos de trabajo, deben ser sagradas para vosotros», (lo que indudablemente es una afirmación discutible), pero no por ello apoya menos la huelga de los proletarios de Roubaix, ya que existe «solidaridad de intereses y miserias».

Vemos pues, que los Internacionales penetran con mucha flexibilidad y precisión en las contradicciones, partiendo de la realidad, de la práctica obrera y de los intereses de clase por encima de todo. Varlin, por lo que sabemos de él, contribuye en gran medida a proporcionar a la sección francesa de la AIT esta orientación de estrecho vínculo con las masas.

La huelga de los trabajadores del bronce de París, que dura los meses de Febrero y Marzo, es igualmente característica tanto por el nivel de conciencia de algunos obreros, como por la acción de la Internacional. La pluma de Jean Bruhat, último biógrafo de Varlin, condensa bastante bien los hechos referentes a este acontecimiento:

Esta huelga típicamente moderna señala un nuevo derecho: el que tienen los obreros para designar delegados con el fin de que discutan en su nombre con el patronato. Los trabajadores del bronce tienen, de hecho, su organización, la Sociedad de crédito mutuo y solidaridad de los trabajadores del bronce, llamada a menudo, la Sociedad de los cinco centavos, a causa de la cuantía de la cotización semanal. Por su parte, el patronato crea la Asociación de fabricantes del bronce. Los patronos quieren impedir que sus obreros se adhieran a la Sociedad de crédito mutuo, y no reconocen a esos «supuestos delegados» que vienen a «interponerse entre los fabricantes y los obreros» y que «con su intervención crean una situación de opresión y verdadero atentado al libre ejercicio de la industria y del trabajo». La solidaridad funciona a tope. Dieciocho representantes de las corporaciones obreras lanzan una llamada: ¡«Obreros estamos siendo atacados, y por tanto

alcémonos unidos todos»! La Internacional organiza una colecta de fondos en provincias y también en el extranjero. Varlin forma parte de una delegación que va a Londres a solicitar el apoyo de los sindicatos ingleses que, efectivamente, envían dinero. Gracias a esta solidaridad, los trabajadores del bronce acaban triunfando. Obtienen un aumento del 25 % y el derecho de adhesión a su Sociedad mutual ya no les es discutido.

«Salir de las masas...»

Esta profunda inserción en la realidad sociopolítica de su país, impide a Varlin participar en el segundo Congreso de la Internacional, que tiene lugar en Lausana en Septiembre de 1867. Pero no por ello participa menos en los trabajos preparatorios y, además, envía en nombre de los encuadernadores, la carta siguiente:

¡Encuadernadores de París!

Ciudadanos,

Al igual que el año pasado, habríamos querido hacernos representar en el Congreso, para discutir con nuestros colegas de todos los países los intereses generales de los trabajadores, es decir, nuestros intereses generales; pero las circunstancias en que nos encontramos no lo permiten. No obstante, lo lamentamos. A falta de delegados, os

enviamos por esta carta, algunas observaciones que debemos presentar sobre la marcha de la Asociación.

Primero ¿por qué el Consejo general no ha publicado el acta oficial del Congreso de Ginebra?

Mas aún, ¿por qué no ha publicado el boletín prometido por los estatutos (art. 5 párrafo, 2) y el reglamento (art. 2).

Sin embargo, el artículo primero del reglamento dice: «El Consejo General está obligado a ejecutar las resoluciones del Congreso». Entonces, si esta obligado a ejecutar las resoluciones del Congreso, esta mas obligado todavía, a ejecutar los estatutos y el reglamento, que son la obra del Congreso y que ademas son obligatorios para todos.

Nos parece entrever la respuesta del Consejo General: «La falta de dinero». Pero entonces, los treinta céntimos que cada miembro de la Internacional debe entregar, ¿es qué no han sido entregados? Después de hechos los cálculos del último Congreso, estos treinta céntimos deben bastar para cubrir todos los gastos y permitir incluso, amortizar la deuda del Consejo General.

Sea lo que fuere, y cualquiera que sea la situación financiera del Consejo General, lamentamos, que al menos, no haya publicado un número del boletín, los estatutos no indican que el boletín deba tener veinte o treinta páginas, por lo que se podía haber publicado en una sola hoja, lo que hubiera sido un gasto nimio y de buen efecto; quizás este buen comienzo hubiera traído al Consejo General muchas cotizaciones.

Esta publicación era tanto más necesaria cuanto que, la correspondencia escrita es muy insuficiente, según nosotros; no hemos recibido incluso, el programa del Congreso, que el Consejo General debe dirigir y enviar a todas las oficinas de correspondencia.

No queremos exagerar nuestras críticas, comprendemos que la labor del secretario encargado de la correspondencia para Francia debe ser dura; el sistema político bajo el cual vivimos, no permite la creación de una oficina central, y por ello es una carga onerosa el tener correspondencia con cincuenta secciones, comprendemos, pues, que haya podido hacerlo más o menos bien, pero refiriéndose a nosotros sobre todo, sabe que alguno de nosotros podía tener informaciones en la oficina de París; y eso era al menos bastante irregular.

Por lo tanto para hacerle más fácil la labor a nuestro secretario de correspondencia del Consejo General, nos permitimos darle un consejo: en la mayor parte de los casos, cuando las comunicaciones no se hacen sólo a una oficina, sino que al contrario, interesan a todas las oficinas, podría autografiar su carta, es decir, escribirla él mismo sobre el papel autográfico, con tinta autográfica y hacerla seguidamente, imprimir en litografía, sacando treinta o cincuenta ejemplares, según se necesitan; eso costaría poco y disminuiría considerablemente el trabajo, y solo le quedaría añadir a mano lo que se refiriera particularmente a cada sección.

No nos podemos figurar la cantidad de ventajas que

tendría mantener una correspondencia seria y continuada; nada perjudica más a la propaganda y a la acción de algunos hombres que emprenden la tarea de difundir las ideas, que la ausencia de elementos que puedan convencer y de pruebas de un comienzo de éxito. Después de haberlos acogido favorablemente en principio, al no ver ninguna prueba se termina por dudar.

Aunque otras secciones, sin duda, han experimentado los inconvenientes que señalamos; esperamos que los delegados tomen serias medidas para que esto no se produzca en el futuro.

Tenemos aún otra pregunta que hacer al Consejo General: ¿Por qué no ha enviado más pronto a las secciones el programa del Congreso? Nos parece que, para estudiar las graves cuestiones sociales que pueden promover nuestra emancipación, un mes es insuficiente. En nuestra opinión, tan pronto como un congreso termine, el Consejo General debía preguntar a las secciones, las cuestiones para debatir en el próximo congreso y hacer una especie de formulación de programa al menos seis meses antes. No pudiendo ir al congreso habríamos querido al menos enviar, bajo la forma de memoria nuestra opinión, es decir, el resultado de nuestros estudios, sobre las cuestiones que figuran en el orden del día, pero no conocemos el texto; así que, nos hubiera sido difícil discutirlos, aun suponiendo que hubiéramos tenido tiempo para hacerlo. Preferimos confiar en la sabiduría de los delegados presentes en el congreso; pero insistimos que en el futuro, las secciones tengan un conocimiento exacto del orden del día del congreso, con

suficiente antelación, con el fin de que puedan, de una forma o de otra, hacer saber sus opiniones, lo cual redundará en beneficio de todos.

Recibid nuestro saludo fraternal.

Por la sociedad de obreras y obreros encuadernadores:

La comisión administrativa

Varlin, presidente

Además del espíritu siempre práctico de Varlin, que da consejos teóricos para facilitar la buena marcha de la difusión de textos, vemos aquí su vigilancia de proletario reivindicando el derecho a estar informado de todo lo que ocurre dentro de su asociación. Varlin rechaza absolutamente el centralismo, cuando no le parece suficientemente democrático.

«Salir de las masas para volver a las masas», es para él un principio absoluto. Se dice que Varlin tenía una concepción antiautoritaria del poder obrero. Es un poco aventurado decirlo; muere demasiado pronto para poder afirmarlo categóricamente.

Por lo que se desprende de su vida y práctica militante, aparece por el contrario, como uno de los más ardientes partidarios de querer reagrupar, federar y organizar el movimiento obrero. Pero se niega a una gestión unilateral, que distribuye las consignas desde arriba. Según él la acción debe ser conducida por la clase obrera y no simplemente en su nombre.

¿No es ésta una actitud muy justa y avanzada por parte de Varlin, que ya desde este momento comienza a entrever las posibilidades de degeneración y los peligros del burocratismo que amenazan al movimiento obrero? (El futuro le dará la razón).

Primer acto represivo del imperio contra la Internacional

No contentos con estar ocupados activamente en las luchas y problemas interiores, los Internacionales toman también posiciones en lo que respecta a la política extranjera del II Imperio.

En Junio de 1866, Napoleón III había pensado movilizar a ciudadanos para tomar parte en la guerra entablada entre Prusia y Austria. El 17 de Junio los Internacionales salen en la prensa, con un manifiesto (lo firma Varlin) donde ellos hacen hincapié sobre el carácter universal de la democracia e invitan a todas las naciones al próximo congreso donde serán debatidos todos los problemas de la depauperación de los trabajadores y del enriquecimiento fabuloso de la aristocracia financiera.

En 1867, los Internacionales de París responden a una llamada que les habían lanzado sus camaradas obreros de Berlín:

Sin duda como ciudadanos, amamos la misma patria;

pero cuando el espíritu del pasado intenta eternizar los prejuicios, cuando los aduladores de la fuerza quieren despertar los odios internacionales, obreros, no olvidamos nunca que el trabajo que nos hace solidarios no podrá desarrollarse, si no es por la paz y la libertad. Vencedores o vencidos, no seremos menos víctimas de ello. En el nombre de la solidaridad universal invocada por la Asociación Internacional nosotros intercambiamos con vosotros el saludo pacífico que cimentará de nuevo la alianza indisoluble de los trabajadores.

Esto ocurría en Abril. En Noviembre del mismo año los Internacionales de París salen a la calle, para participar en las manifestaciones populares, y hostiles a la política de Napoleón III. ¿Qué significado tiene hacer combatir a la armada francesa al lado de las tropas pontificias en Mentana, en el Lacio, contra Garibaldi y «los camisas rojas» que quieren liberar a Roma de la mano de hierro del Vaticano?

Esta nueva toma de posición de los Internacionales, junto a su apoyo activo y múltiple de las diferentes huelgas que brotaban en todos los lugares del país, hace desbordar la paciencia del régimen hacia ellos. A fines del año 1867, se corre el velo que descubre el verdadero rostro represivo del Imperio: el 30 de Diciembre, al amanecer, la policía cae simultáneamente sobre los domicilios de los miembros de la comisión parisina de la Internacional, y la justicia lanza contra ellos una acusación de constitución de asociación ilícita.

Pero sin perder tiempo, incluso antes de pasar a juicio, los Internacionales parisinos resuelven el 19 de Febrero de 1868,

elegir una nueva comisión. El 12 de Marzo tiene lugar esta elección. Varlin es elegido y designado, junto a Landrin y Malon, como secretario de correspondencia. «La Asociación ha elegido entre sus miembros a aquellos que por su aptitud, su entrega, su notoriedad se señalan más». Este juicio no emana en absoluto de un biógrafo admirador de Varlin, sino del abogado imperial encargado de la acusación en el momento del segundo proceso de la AIT.

Creación de un restaurante obrero: «La Marmita»

Varlin se nos aparece, pues, en esta época, en el mismo corazón de la Internacional y del movimiento obrero. Además del apoyo a los huelguistas y de la denuncia de la política reaccionaria del Imperio, piensa que es necesario continuar poniendo en práctica los medios susceptibles de asegurar los lazos cotidianos de los trabajadores; de elevar su nivel de conciencia y de prepararlos para tomar en propia mano todos los aspectos de la vida, después de que se produzca la revolución social.

De esta forma alienta a la creación, con sus camaradas, de una cooperativa de consumo *La Hogareña*, y en la misma línea propone la idea de un restaurante obrero, *La Marmita*. En Febrero de 1868, redacta y difunde un llamamiento cuyo texto se reproduce más abajo, que nos muestra bien el conocimiento que tenía de las necesidades cotidianas de las masas:

¡A los obreros!

¡A las obreras! ¡A los consumidores!

Llamamiento para la formación de una cooperativa de cocina

Desde hace algunos años los obreros hacen grandes esfuerzos por obtener el aumento de sus salarios, esperando así mejorar su suerte. Hoy los especuladores se toman la revancha y hacen pagar caro las aspiraciones de los trabajadores haciendo subir los precios de los objetos de primera necesidad y particularmente de los de alimentación.

Con la proclamación de la libertad de comercio, la especulación se utiliza para explotarnos a placer.

¡Trabajadores! ¡Consumidores! no busquemos en otra parte que no sea en la libertad el medio de mejorar las condiciones de nuestra existencia. La asociación libre, multiplicando nuestras fuerzas, nos permite emanciparnos de estos intermediarios parásitos a los que vemos cada día incrementar sus fortunas, a costa de nuestro bolsillo, y a menudo de nuestra salud. Asociémonos pues, no solamente para defender nuestro salario, sino también para la defensa de nuestra alimentación cotidiana.

Ya se han formado sociedades de aprovisionamiento de artículos de consumo y proveen a sus miembros de artículos alimenticios de buena calidad y a precio de saldo; una gran sociedad cooperativa se organiza para fabricar y proveer a

sus socios de buenos productos a precios baratos; solamente las gentes hogareñas pueden aprovecharse de las ventajas de estas sociedades. Una numerosa población de obreros y de obreras absolutamente absorbida por un trabajo incesante, no puede alimentarse más que fuera, en los establecimientos públicos, donde se encuentran con el lujo y los precios elevados, o bien, con unos precios relativamente baratos, una comida malsana o un servicio indecente.

A esta numerosa población de trabajadores, y a todos vosotros, obreros, obreras sobre todo, los que veis desaparecer con gran rapidez vuestro exiguo salario, apelamos hoy.

Unámonos. Formemos una sociedad cooperativa de alimentación.

Algunas cotizaciones permitirán fácilmente la compra de utensilios de cocina y el poder pagar el alquiler de una vivienda donde algunos empleados, trabajadores como nosotros y nuestros asociados, nos prepararán una comida sana y abundante que podremos consumir a nuestro gusto en el propio establecimiento, o bien llevárnosla a nuestra casa.

No tiene que ser, ni lujoso, ni pomposo, ni brillante, sino limpio y confortable. Allí tendremos las ventajas que no se obtienen en los hogares: economía de tiempo, ya que es exactamente lo mismo cocinar para cincuenta personas que para dos o tres y no requiere mucho más

aprovisionamiento; mejor cocina, porque una persona de oficio y que consagra todo su tiempo y sabiduría a la cocina, debe hacerlo mejor, que una mujer sin instrucción culinaria y que a menudo se encuentra condicionada por el tiempo. Obtendremos incluso para nuestras provisiones, condiciones mejores que la mayor parte de los figoneros, uniéndonos para nuestras compras con las sociedades de consumo existentes.

Todos los consumidores preocupados por su bienestar deben unirse a nosotros, y pronto abriremos un primer establecimiento en el distrito 6, donde residen los que lo van a iniciar, y después sucesivamente, y a medida que nuestros recursos lo permiten los abriremos en todos los barrios donde hayamos reunido un número suficiente de personas que quieran adherirse.

Se puede uno adherir desde ahora, y conseguir de forma gratuita el proyecto del estatuto:

En la sede de la Sociedad civil de consumo «La Hogareña», calle de Saint Jacques 21, todas las tardes de ocho a diez y los domingos todas las mañanas; y en la casa de M. M. Loiseau, carpintero, que vive en la calle Hautefeuille, 20; o en la casa de Riflet, encuadernador, que vive en la calle Grégoire-de-Tours, 42.

El domingo próximo, 19 de Enero, a la una y media en punto en el anfiteatro de la Escuela de Medicina tendrá lugar una asamblea general.

Orden del día:

Discusión sobre los estatutos, y constitución inmediata de la sociedad.

Las adhesiones no serán definitivas hasta que no se llegue a la adopción de los estatutos; o sea, hasta que los que desean adherirse conserven la facultad de retirarse, si algunas de las disposiciones adoptadas por la asamblea no les satisfacen.

El comité de iniciativa del consejo de la sociedad «La Hogareña» y del consejo de la sociedad crédito mutuo de los obreros encuadernadores:

Varlin Eugene, encuadernador; Bourdon Antoine, grabador; Gouet León, encuadernador, Bouillet Just, encuadernador; Delacour Alfonso, encuadernador; Lemel Natkalie, encuadernadora; Varlin Louis, escribiente; Lagneau, estuchista.

Se ruega difundirla

Este restaurante tiene tal éxito, que pronto se abren otros tres, reagrupando alrededor de 8.000 socios.

Varlin no desempeña el papel de presidente honorífico; se ocupa de todo, organiza en particular las compras y la contabilidad. Pero él no abandona nunca la cuestión intelectual y política, ya que el restaurante se abona a seis diarios y a varios semanarios.

Cedamos la palabra a Charles Keller, uno de los que frecuentan *La Marmita*, con el fin de que nos permita sentir mejor el ambiente caluroso y proletario:

Se tomaban comidas modestas, pero bien condimentadas, y la alegría reinaba alrededor de las mesas. Los comensales eran numerosos. Cada uno iba en persona a buscar sus platos a la cocina, e inscribía el precio en la hoja de control que entregaba acompañada del dinero al camarada encargado de recibirlo.

Generalmente nadie se demoraba en dejar el sitio a los demás, y todo el mundo se iba tras haber satisfecho su apetito.

Sin embargo algunas veces, algunos camaradas prolongaban la estancia y charlaban.

También se cantaba. El gran barítono Alphonse Delacour nos cantaba de Pierre Du-pont, *el canto de los obreros, la locomotora*, etc.

La ciudadana Nathalie Lemel no cantaba; ella se dedicaba a filosofar y a resolver los grandes problemas con una simplicidad y facilidad asombrosa.

Primavera de 1868: La huelga de la construcción en Ginebra

Varlin, al que le gusta mucho la música y el canto apenas para por La Marmita, en esa primavera de 1868. Él se va a desahogar, esta vez fuera de las fronteras, en Ginebra, en una huelga tan importante políticamente que Varlin hace todo lo posible para que sea apoyada al máximo por los trabajadores franceses.

Cedamos la palabra a uno de los miembros del comité central de Ginebra de la AIT que, desde el comienzo de la huelga, el 26 de Marzo, escribió a Varlin:

Señor Varlin:

Los obreros de la construcción habiendo pedido un aumento de sueldo a sus patronos, y estos últimos no habiendo aceptado esta petición, se han unido y se han declarado en huelga en todas las corporaciones, aunque éste no sea el deseo de los obreros, que habrían preferido llegar a un acuerdo amistoso.

Henos aquí al frente de 3.000 obreros sin trabajo, cuyo más grande crimen consiste, a los ojos de sus patronos, en formar parte de la Asociación Internacional, que ellos han jurado derribar por ser una sociedad extranjera que recibe órdenes de París, Londres y Bruselas, y declarando que harán todo lo posible por impedir la solidaridad entre los obreros. La cuestión es muy grave: se trata del triunfo o la derrota de la Asociación en nuestro país. Es por lo que el comité central hace un llamamiento urgente al consejo general de Londres, para avisar a todas las secciones de

Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania para venir a ayudar a sus hermanos de Ginebra. El éxito de la causa depende de una acción decisiva y rápida. Dentro de pocos días, os llegarán nuevas cartas y más detalles; contamos con una respuesta inmediata, a fin de saber a qué atenernos...

*En nombre del comité central, Uno de sus secretarios,
Firmado: Jules Paillard*

Varlin, por otra parte, al recibir esta carta envía un despacho a Ginebra para obtener informaciones más precisas, lo que nos muestra una vez más su gran honestidad intelectual y política: no quiere arrastrar a la ligera a sus camaradas en acciones en las que no se conocen todos los elementos.

Y a partir del momento en que los internacionales de París, y más particularmente Eugène Varlin, se percatan de la importancia y de la justicia de esta lucha, ponen manos a la obra para apoyarla.

Esta vez cedamos la palabra a un enemigo de la AIT, el abogado imperial que, en el segundo proceso, levanta cargos de acusación contra Varlin y sus camaradas. Con tal vez haber encontrado el medio de afianzar su existencia. Actuó solo, y fue sólo en el último momento cuando nos desplaza Varlin para mantener esta huelga.

El 5 de Abril, Varlin, en el nombre de la comisión parisina, publica en la Opinión Nacional que esta abierta una suscripción para mantener la huelga de Ginebra, en las oficinas de la asociación. Hace imprimir un llamamiento a los obreros de todas las profesiones; circulan listas por

todos lados y en quince días, señores, los obreros de París, no solamente los de la construcción, sino también los de litografía, los de imprenta, y los hojalateros aportan a la comisión parisina, sumas que se elevan nada menos que a más de 10.000 francos.

Tenemos, de hecho, los recibos que prueban que los de tipografía han enviado 2.000 francos, los de litografía 500 francos, los hojalateros 1.000 francos y los ebanistas 50 francos. Tenemos aquí también un recibo de 250 francos, producto de diversas suscripciones recogidas por Varlin; mas aún, he aquí cartas que muestran la ayuda prometida a Varlin por los orfebres, los escultores en piedra y los talladores de cristal.

Vemos pues, señores, que la oficina de París ha trabajado enérgicamente para mantener la huelga de Ginebra. Se trataba, para la Asociación Internacional, de mostrar su fuerza y la manifestación, de la cual la huelga era la ocasión, ha aportado una nueva prueba de lo que os decía el 20 de Marzo, que la sección parisina es verdaderamente, por la actividad de sus miembros, y por la importancia de los recursos de que dispone, la cabeza y el corazón de la Asociación.

Notemos bien que Varlin y sus camaradas llevan a cabo toda esta campaña de sostenimiento casi abiertamente, ya que publican llamamientos en la prensa, cuando al final del primer proceso de la AIT, el tribunal había disuelto la oficina de París y condenado a los miembros de la primera comisión. Capacidad de decisión, audacia en la gestión, ánimo imperturbable,

internacionalismo proletario profundamente inserto en una situación concreta, conciencia cada vez mayor del aspecto político y de la lucha capital-trabajo, todo esto es lo que hace de Varlin un representante realmente ejemplar de esta primera hornada de la I Internacional.

Capítulo Tercero

Varlin defiende a los miembros de la AIT ante los tribunales

La defensa acusa

Cuando el poder, demasiado ridiculizado, lanza una segunda acusación contra la AIT, Varlin que esta vez está entre los advertidos asume la defensa colectiva de sus camaradas, lo que es el mejor signo de la confianza que ellos tienen en él. Y, en esta intervención, vemos manifestarse las cualidades intelectuales más raras: el rigor de razonamiento, la concisión y el vigor de la expresión, un dinamismo ligado a su ira de clase, la ironía que utiliza para denunciar a los explotadores, y también un gran calor humano para con los oprimidos.

Reproducimos los pasajes esenciales de la defensa que asume Varlin durante la audiencia del 22 de Mayo de 1868:

Se nos ha advertido, de no formar parte de una asociación no autorizada de más de 20 personas. ¿Es éste el motivo real de la advertencia? Pensamos que no, ya que, si es verdad que la igualdad ante la ley existe en Francia, nuestra condena traería también a estos bancos a todas las

sociedades toleradas, que son, como se sabe muy numerosas.

Para no hablar solamente de nosotros, si el motivo de la persecución es el que la advertencia indica, ¿por qué no se nos ha perseguido desde el primer momento? Hemos violado la ley, en ese caso, desde hace tres años, tanto como hoy. Sin embargo, admitamos, por un instante, con el ministerio público, que está ahí naturaleza del delito que se nos imputa.

Respondemos:

En principio y afirmamos que los derechos de reunión y de asociación son derechos naturales y primordiales; que bajo ningún pretexto, se les puede prohibir o restringir, porque no se pueden violar en detrimento de una clase, para beneficio de la otra. En el estado presente de cosas, por ejemplo, los capitalistas gozan, de hecho, de esos mismos derechos, y negárselos a los trabajadores, es negarse a hacer justicia.

Por otro lado, las leyes restrictivas de este tipo de derechos, no pueden ser, y cuando han existido no han sido más que leyes de excepción, y la ley de 1834, cuya violación comporta sobre todo una advertencia, no es otra cosa que una ley de excepción. Creemos que debemos afirmar aquí delante del tribunal que si no tuviéramos personas que defender, no aceptaríamos ni el debate ni el juicio, porque no podemos defendemos de haber ejercido un derecho que está por encima de todas las leyes y de todas las

prescripciones. La causa que nos conduce ante ustedes no es personal. No es solamente la causa de esta gran asociación internacional, de la cual sólo estamos aquí los mandatarios, sino también la de todos los trabajadores franceses, agrupados en sociedades de todo tipo, siempre toleradas pero nunca autorizadas.

Estamos, pues, en presencia de una ley, que las costumbres de nuestro tiempo rechazan, que la Revolución de Lebrero ha abrogado, y que la misma administración casi ha abandonado, y parece sólo conservarla para servirse de ella golpeando parcialmente con ella, según los hombres y según las ideas. ¿No se da allí la muestra flagrante de la desigualdad ante la ley? En suma, esta ley es aplicable o no lo es; si lo es, ¿por qué no se aplica indistintamente, y qué significan esos alientos administrativos que se prodigan a las sociedades obreras? ¿Significa esto que se esperaba de la cooperación otra cosa que no fuera una reivindicación pacífica, pero radical de la justicia, en las relaciones sociales tanto morales como materiales?, ¿o sería una trampa que se habría tendido a la buena fe del trabajador?, nos gustaría creer lo contrario.

Si la ley no es aplicable, ¿por qué no se abroga y por qué estamos nosotros aquí?

¿No son nuestros actos los que son recriminados? Hemos continuado la obra de la asociación, porque seguros de nuestros derechos no podemos prever la decisión de la justicia. Debemos salvaguardar los intereses de la asociación. ¿Si los dejamos paralizados, qué reparación nos

ofrecería la justicia por el perjuicio material que nos habría causado la prevención hecha a la asociación internacional, en el caso de que fuéramos absueltos?

El señor abogado imperial ha calificado de indecencia el nombramiento de una nueva comisión antes de la decisión del tribunal. No hemos faltado al respeto a la justicia, ya que ustedes no saben ni lo que es eso, y sin embargo ustedes no han esperado a la decisión del Tribunal Supremo, ante el cual vuestro fallo está en este momento retenido, para organizar una nueva persecución por el mismo motivo.

Antes de hablar de los actos de la nueva comisión debemos recordar en pocas palabras la historia de la Asociación Internacional, con el fin de demostrar que no nos hemos apartado del objetivo que nos proponíamos.

Nuestros predecesores os lo dicen ya: el origen de la Asociación Internacional se remonta al año 1862, es decir, a las delegaciones obreras en la Exposición de Londres. Pero su organización actual data del 28 de Septiembre de 1864.

Aquel día una gran asamblea, convocada por los obreros ingleses para recibir una representación de obreros de París que llevaban una respuesta a la dirección que los primeros les habían enviado unos meses antes, tenía lugar en Saint Martin's Hall. Las distintas sociedades de extranjeros residentes en Londres habían enviado delegados a esta reunión.

Los trabajadores franceses propusieron la creación de

esta asociación y la asamblea aceptó el proyecto de organización de una Asociación Internacional de Trabajadores, antes de establecer una alianza permanente de solidaridad entre los trabajadores de todos los países.

El reglamento provisional que ha sido leído delante de vosotros, y que en el consejo de Ginebra se proclamó como definitivo, fue igualmente aprobado en esta asamblea.

Este reglamento, traducido a varias lenguas llevó pronto en todos los países de Europa, e incluso en América, a una multitud de adhesiones personales o colectivas.

El Consejo General se estableció en Londres.

Igualmente, se había convenido en el proyecto, que un congreso tendría lugar cada año. El primero sería en Bruselas el año 1865. Los delegados franceses a su vuelta a París comunicaron al grupo que les había enviado, el proyecto del cual estamos hablando, y se convino en escoger un local, con el fin de abrir lo más pronto posible una oficina en esta ciudad.

En el mes de Enero de 1865, los periódicos publicaban el reglamento provisional de la asociación, y anunciaban que una oficina se abría en el número 44 de la calle de Gravilliers, para recibir adhesiones y suscripciones.

Al mismo tiempo, un ejemplar de este reglamento y de los estatutos generales se depositaba en la prefectura de policía y en el Ministerio del Interior.

El año 1865 fue consagrado casi enteramente a la propaganda. La Asociación Internacional tenía que hacerse conocer. Los progresos fueron lentos al principio. Sin embargo, después de algunos meses de existencia la Asociación contaba en París con un número bastante grande de socios, lo que nos hizo creer que la idea había sido comprendida y que tenía futuro.

Una subcomisión, compuesta de obreros pertenecientes a diversas profesiones, se formó, con el fin de ayudar a los encargados de la correspondencia en su tarea, y sobre todo con el fin de preparar el congreso que debía tener lugar en un futuro próximo.

Era urgente, de hecho, que Francia, que había concebido la Asociación fuera dignamente representada. A este efecto, un llamamiento fue hecho por los encargados de propaganda asistidos por esta subcomisión.

Sin embargo, el Congreso de Bruselas no tuvo lugar como se esperaba. La Asociación Internacional debía manifestarse por primera vez en público con una enérgica protesta contra las leyes de excepción.

El gobierno belga acababa de redactar de nuevo la ley sobre extranjeros, cuando la Asociación declaró, que no se reuniría en un congreso pisando sobre un suelo que ella creía libre algunos meses antes, afirmando muy alto, a la vista de toda Europa, el derecho absoluto de reunión, como había afirmado en Francia, al constituirse el derecho natural de asociación.

Una conferencia tuvo lugar en Londres en el mes de Septiembre de 1865, en la cual se convocó a los encargados de la correspondencia de todos los países donde había establecidos centros de comunicación.

En esta conferencia se elaboró el programa del Congreso de Ginebra, y seguidamente se puso en conocimiento de todos los socios por medio de los periódicos.

La Asociación crecía cada día más; su éxito estaba asegurado en lo sucesivo.

Según los informes leídos por los secretarios en esta conferencia, se acababan de formar grupos numerosos en Alemania, en Suiza, en Italia, en Dinamarca, y en Bélgica; y el secretario de Francia anunciaba que se estaban abriendo oficinas o que estaban a punto de abrirse, en Lyon, Marsella, Rouen, Caen, Nantes, Lisieux, Elbeuf y Neufchâteau.

Esta conferencia terminó con una fiesta que conmemoraba el aniversario de la fundación de la Asociación, y los delegados se separaron dándose una cita en Ginebra donde debería tener lugar el primer congreso.

En el curso del año 1866, la Asociación se manifestó de forma brillante a propósito de los sucesos militares, que tenían lugar en Italia y Alemania.

No hizo política, sino que afirmó los principios socialistas que la conducían.

Opuso al derecho de las armas, el derecho al trabajo; puso la alianza de los proletarios por encima de las enemistades de gobiernos.

Y por fin, en el mes de Junio, oponía el programa económico resultante del congreso de Ginebra, a las elucubraciones políticas de gabinete.

Preparaba al público, por medio de publicaciones casi semanales, para la gran reunión que debía establecer de una forma definitiva la Asociación Internacional que hasta entonces estaba en estado provisional.

En el mes de Julio siguiente, informaba a sus socios, siempre por la vía de los periódicos, de los esfuerzos realizados en provincias para la constitución de nuevas oficinas.

En el mes de Septiembre de 1866 tuvo lugar el Consejo de Ginebra. Diecisiete delegados franceses fueron a esta reunión, donde se discutió y votó el acuerdo fundamental.

La Asociación existía esta vez ya de una forma definitiva; y comenzaba a andar por la vía práctica.

No haremos hincapié sobre las deliberaciones de este congreso, que se hizo fuera de toda influencia de todos los partidos.

Los obreros demostraron que eran capaces de conducir y realizar ellos mismos su emancipación.

El congreso demostró que la cuestión del trabajo se veía por todos de la misma manera, y que los trabajadores no tenían más que unir sus esfuerzos para lograr el fin que les es común.

Los delegados franceses habían leído en Ginebra una memoria que no pudo salir a la luz en Francia, aunque los autores estuvieran dispuestos a aceptar la responsabilidad ante la ley de su país.

Esta prohibición no pudo ser salvada, a pesar de las gestiones que hicieron para ello. La memoria apareció sin embargo, enteramente, en el «Correo Internacional», lo que prueba la contradicción existente entre los poderes administrativos.

A partir de este momento, la asociación se desarrolló rápidamente. Sobre todo en Inglaterra, donde las instituciones políticas forzaban a los obreros a fundar grandes asociaciones, la Internacional cobró una gran extensión.

Gracias a la influencia que adquirió ocupándose de las huelgas que con rapidez se sucedieron en este país, se convirtió en la tabla de salvación para los obreros explotados por un mercantilismo sin parangón.

La oficina de París aportaba su apoyo moral a estas luchas, advirtiendo públicamente a los obreros de todas las profesiones, que dicha huelga tenía lugar en Inglaterra, y que era una digna acción ayudar a sus hermanos trabajadores.

La asociación llegaba, en efecto, a obligar a los patronos a retirar su ultimátum en la huelga de los cavadores en Londres.

En Francia, los trabajadores del bronce entraron también en huelga. Los patronos, de esta profesión, querían forzar a los obreros a destruir ellos mismos la sociedad de crédito y de solidaridad que habían fundado.

Esta vez, la lucha era una lucha moral; ya no se discutía más sobre el salario, sino que se quería por medio del hambre abolir un derecho.

La asociación no defraudó en su misión, y quizás su intervención allí fuera de las más eficaces, ya que puso en práctica por primera vez, el principio de solidaridad que tanto proclamaba.

Demostró, con esta huelga, que el antagonismo que existía entre los pueblos se había extinguido para siempre; y que el pueblo inglés, que se decía que era nuestro mayor enemigo, y nuestro más poderoso rival, fue el que vino casi en solitario, en ayuda de la Sociedad francesa del bronce.

Otras huelgas tuvieron lugar al mismo tiempo, ya sea en Francia, ya sea en Inglaterra, y todas encontraban un apoyo en la Internacional.

Los mecánicos de varios ferrocarriles, en Inglaterra; y los sastres, en París.

En Inglaterra, Alemania, Suiza y Bélgica se trabajaba con

ardor para apoyar los esfuerzos de todos los obreros que reclamaban su derecho a vivir defendiendo un salario siempre inseguro.

Durante este tiempo la asociación daba a conocer la deplorable situación de los obreros de las minas, de Fuveau, que reclamaban que no se agravara más su situación, ya tan precaria y peligrosa.

Aunque estos mineros no formaban parte de la asociación, las diferentes oficinas no pudieron por menos que cumplir con su deber, reclamando para ellos, los derechos de hombre y de ciudadano, en virtud del párrafo siguiente:

«El congreso considera como un deber, el reclamar los derechos de hombre y de ciudadano, no solamente para los miembros de la asociación, sino también para cualquiera que cumpla sus deberes: ni derechos sin deberes, ni deberes sin derechos.»

Nuestros esfuerzos no fueron en vano, ya que se fundaba una oficina en esa localidad en el mes de Agosto de 1867. En el intervalo entre estas huelgas, los obreros de Berlín enviaban a sus compañeros de París un saludo fraternal en favor de la paz.

En este documento, los alemanes aunque situados en un territorio mucho más libre que el nuestro, abandonaban sin embargo la cuestión política para ocuparse de cuestiones sociales, que ellos ponían por encima de toda discusión política.

Les respondimos en el mismo sentido.

La Internacional en ininidad de ocasiones, ha mostrado su horror a la guerra, que es el enemigo del trabajo.

Acabamos, señores, de hablar de huelgas en las cuales, la asociación ha jugado un importante papel.

Parece, a primera vista, que la asociación es un agente huelguístico, tal como lo ha dicho el señor procurador. Es necesario explicar esto.

La Asociación Internacional no admite la huelga en un principio; cree que es un medio antieconómico; lo declaró en Ginebra y lo declara en todos los lugares.

Bastaría citarles extractos de la memoria que se leyó en Ginebra para demostrárselo. Pero preferimos mejor dar lectura a la declaración siguiente, hecha en una asamblea de obreros alemanes que tuvo lugar en Berlín, el lunes 15 de Julio de 1867, que contiene algunas de nuestras ideas en pocas palabras, sobre este punto, y que prueba que la huelga es contemplada por los trabajadores de la misma manera en todas partes.

He aquí la declaración:

«Los obreros de sastrería de Londres han resuelto, en la lucha legítima del trabajo contra el capital, ponerse en huelga, y han pedido expresamente a los obreros de Berlín que vengan a ayudar.

Aunque la asamblea sea de la opinión de que las huelgas no son un buen medio, para proporcionar una victoria decisiva a la causa del trabajo, cree sin embargo, que los obreros de Berlín están obligados, en la gran lucha entre el trabajo y el capital que es una lucha europea comenzada en todos los pueblos civilizados, a responder a la llamada que se les ha hecho, en virtud de la confraternidad de los trabajadores, y decide en consecuencia que apoyará con todas sus fuerzas al comité instituido por los obreros.»

En Septiembre de 1867, la asociación celebraba su segundo congreso en Lausana. Allí, los delegados informaban de los progresos de la Internacional, que en un año, podemos decir que había invadido toda Europa.

Dejemos de un lado todo lo que concierne a este congreso; nuestros predecesores os han informado ya de ello, sería una repetición inútil.

Bastará recordar, para convencerlos de la fuerza de la idea social, el incidente que tuvo lugar en el Congreso de la paz, al cual el congreso obrero había enviado una delegación.

La Asociación Internacional hizo comprender a los miembros de este congreso que la guerra no existía solamente entre naciones, sino que existía sobre todo entre individuos; y que, por consiguiente, toda reforma que no tenga por objeto hacer desaparecer la lucha de intereses entre ciudadanos sería incompleta. Añadía que suprimir la falta de solidaridad que existía entre los hombres, era

igualmente suprimir, de un plumazo, la guerra entre naciones.

La Asamblea aceptó la declaración hecha por los delegados del congreso obrero.

Llegamos ahora a la situación presente. Los periódicos anunciaban, en el último mes de Septiembre, que se realizaban diligencias judiciales contra la asociación, y que tenían lugar pesquisas al mismo tiempo en casa de los señores Polain, Murat, Héligon y Chemalé.

¿Qué significaban estas diligencias y cuál debía ser la conducta de los miembros de la antigua comisión?

Su primer acto fue un acto de prudencia, y suficientemente justificado por lo que acababa de tener lugar.

Suspendieron las reuniones del jueves y dieron a conocer esta decisión por vía periodística.

Seguidamente esperaron. El procedimiento judicial estaba en marcha. En primer lugar se les acusa de esconder una sociedad secreta bajo el velo de la Asociación Internacional. Prueban que no temían el acta de acusación que de hecho fue deshechada.

Durante este tiempo preparan su defensa, esperando, sin duda con impaciencia, el día en que podrán justificar su conducta.

Ese día no llegaba y ningún emplazamiento les era hecho, y se temía que los intereses de la asociación en París peligrasen si esta situación de espera se prolongaba.

Tomaron entonces una decisión que no dudamos en señalar como la más sabia.

La comisión dimitió en su totalidad y los socios eligieron una nueva gracias al llamamiento del 19 de Febrero.

Se responde a este llamamiento, y el 9 de Marzo la nueva comisión se constituía según el reglamento de la oficina de París.

Nuestros actos, puramente administrativos, han tenido poca importancia. Tras habernos constituido y haber anunciado a los socios por medio de los periódicos que hemos trasladado la oficina a otro local, y apenas habiendo tenido tiempo para rehacer las listas de socios, una nueva citación nos ha sorprendido.

Esta vez la causa era la participación activa llevada a cabo por nuestra parte para apoyar la huelga de los obreros de Ginebra.

¿Debíamos ocuparnos de esta huelga? ¿Por qué no?

¿Es que el derecho de huelga no está reconocido por la legislación francesa? ¿Es que no era algo inherente a la Asociación Internacional ocuparse de los intereses inmediatos de los trabajadores y en consecuencia de las huelgas? No teníamos otra solución que continuar lo que

habían hecho nuestros antecesores, ocupándose de las huelgas de los cesteros, de los mecánicos de calefacción en Inglaterra, Roubaix y Fuveau, y de los trabajadores del bronce.

La oficina de París plasma la expresión exacta del objetivo que se proponían los fundadores de la Asociación Internacional: crear un medio permanente de relación entre los grupos de trabajadores de diversos países y establecer entre ellos una alianza federativa.

Sin este medio de relación, los obreros de la construcción de Ginebra, frente a una huelga general que se encontraban en la imposibilidad de sostener, no habrían obtenido, o al menos no tan deprisa, el apoyo de los trabajadores de París, Londres, Alemania, y Suiza, el cual necesitaban bastante. Fue suficiente al comité de Ginebra prevenir simultáneamente a las diferentes oficinas, para que inmediatamente llegaran recursos de todos lados.

La huelga de Ginebra produjo en la gente una conmoción mucho más considerable que otras huelgas a las que hemos asistido.

Allí la huelga cobró la importancia de una lucha social entre el pueblo y la burguesía.

En lugar de permanecer como espectadora, más o menos interesada, en la lucha, la burguesía ginebrina manifestó su simpatía por los empresarios; ella los mantuvo. Estaba en su derecho; pero nosotros no le haríamos ningún reproche, si su participación en la lucha hubiera sido leal.

Si los panaderos ginebrinos tenían el derecho estricto, el derecho legal de negar el pan a los obreros en huelga, la humanidad les negaba este derecho.

Pero, ¿por qué estas maniobras indignas, estas informaciones falsificadas, difundidas por todos los periódicos para confundir a la opinión pública, estas intimidaciones de todo tipo, estas amenazas de tropas francesas, de tropas federales? (...)

Ahora, repitamos lo que hemos dicho en muchas ocasiones.

La huelga, para nosotros, no es un medio bárbaro de regular los salarios; no lo empleamos nunca sin lamentarlo; ya que es penoso para el obrero, privarse él mismo y a su familia, durante varias semanas, o durante varios meses quizás, todo esto para no obtener nunca un salario equitativo.

La Asociación Internacional se proponía llegar, diante el estudio de las cuestiones económicas, unos medios pacíficos para regular la remuneración del trabajo; pero las trabas que se han puesto a nuestros estudios no son precisamente para acelerar la solución del problema social y tendremos, sin duda, necesidad a menudo de recurrir a la huelga para defender nuestro pan.

Estas son las razones que teníamos que aclarar. Hay otro punto sobre el cual deseamos también hacer hincapié.

Si ante la ley la situación es, la vuestra de jueces y la

nuestra de acusados, ante las ideas somos dos partidos diferentes, vosotros el partido del orden a toda costa, el partido de la estabilidad y nosotros el partido reformador, el partido socialista. Examinemos de buena fe cuál es este estado social que nosotros somos culpables de declarar perfectible. La desigualdad lo corroe, la falta de solidaridad le mata, los prejuicios antisociales lo estrujan con su mano de hierro. A pesar de la Declaración de los Derechos Humanos y las reivindicaciones populares, en algún momento victoriosas, la voluntad de algunos puede hacer y hace correr la sangre a chorros en las luchas fratricidas de los pueblos, que, teniendo los mismos sufrimientos deben tener las mismas aspiraciones.

Los placeres no son más que para unos pocos, que los agotan con refinamiento; la masa, la gran masa, languidece en la miseria y en la ignorancia, aquí agitándose bajo una opresión implacable, allí siendo diezmados por el hambre, y por todos los lados pudriéndose con los prejuicios y supersticiones que perpetúan su esclavitud.

Si entramos en detalles, vemos que las operaciones de bolsa hacen brotar la inquietud y la iniquidad, y que los pachás financieros crean a su gusto la abundancia o la penuria, sembrando siempre alrededor la miseria, la ruina y la horrible bancarrota.

En la industria, una concurrencia desenfrenada y hecha sobre las espaldas de los trabajadores ha roto todo equilibrio entre la producción y el consumo.

Faltan brazos para lo necesario, y sobran para lo inútil y superfluo; mientras que millones de niños pobres no tienen ni siquiera ropas, se exhiben en las exposiciones mantones a precios fabulosos que además han costado más de diez mil jornadas de trabajo.

El salario del obrero no le da lo necesario para vivir, mientras a su alrededor florecen individuos a los que sobran recursos sin haber realizado un esfuerzo acorde.

La Antigüedad murió por guardar en sus flancos la plaga de la esclavitud; a la era moderna le ocurrirá a su tiempo, si no tiene en cuenta los sufrimientos de un gran número de personas, y si persiste en creer que todos deben trabajar e imponerse privaciones, para procurar el lujo a algunos, y si ella no quiere ver las atrocidades de la organización social de las que podemos sacar comparaciones como estas:

«Si vierais una bandada de palomas lanzarse sobre un campo de trigo, y si, en lugar de picotear cada una a su gusto, y noventa y nueve se ocuparan de amasar el trigo en un solo montón, no tomando para ellas más que la paja y los deshechos; y si reservaran ese montón, su trabajo para una sola de entre ellas, a menudo la más perversa paloma de toda la bandada; y si formaran un círculo, de complacientes espectadores, todo un largo invierno, mientras que ésa iría devorando, atracándose, haraganeando y pavoneándose a derecha e izquierda; y si otra paloma más intrépida, y más decidida que las otras, tocara un solo grano, todas las otras volarían sobre ella, le arrancarían las plumas y la despedazarían; si vierais eso, no

estaríais viendo otra cosa que lo que está establecido y se practica entre los hombres.

(Doctor W. Palley, de la universidad de Oxford, extraído del periódico La Cooperación, Mayo 1868)

¡Lastimosa verdad!

¿No pertenece a los noventa y nueve el que nace en la miseria, llevando sangre empobrecida, en ocasiones padeciendo hambre, mal vestido, sin casa, separado de su madre, la que debe abandonar para ir al trabajo, pudriéndose en la inmundicia, expuesto a mil penalidades, llevando a menudo desde la infancia en su cuerpo, el germen de las enfermedades que le llevarán a la tumba?

Desde que posee la más mínima fuerza, a los ocho años, por ejemplo, debe ir al trabajo, donde encuentra una atmósfera malsana, y donde, extenuado y rodeado de malos tratos y de malos ejemplos se verá condenado a la ignorancia y a todos los vicios. Alcanza la edad de su adolescencia sin que cambie su suerte. A los veinte años se ve forzado a abandonar a sus padres que tendrían necesidad de él, para ir a embrutecerse en los cuarteles, o a morir en el campo de batalla sin saber por qué. Si vuelve, podrá casarse, lo cual no complace al filántropo Malthus ni al ministro Duchâtel, que pretenden que los obreros no necesitan ni casarse, ni tener una familia, y que nada les obligue a permanecer en la tierra si no pueden encontrar un medio de vida.

Si se casa, la miseria entra bajo su techo, con la carestía y

el desempleo, las enfermedades y los niños. Si, por causa de que su familia sufre, reclama una más justa remuneración de su trabajo, se le condena a pasar hambre, como en Preston; se le fusila como en la Fosse-Lépine; se le mete en prisión como en Bolonia; se le somete al estado de sitio como en Cataluña, se le lleva ante los tribunales como en París...

El señor presidente: *No podemos dejar de replicar a esas últimas palabras: no se arrastra a nadie ante la magistratura, se lleva ante ella a los advertidos, que a menudo son tratados con demasiada indulgencia; retractaros de esas últimas palabras, o no podré dejaros continuar hablando en nombre de la defensa.*

Varlin después de consultar a sus compañeros de comisión: *las retiro.*

El señor presidente: *No es preciso tomar consejo para eso; vuestra defensa debe ser completamente libre y no debe estar limitada más que por el respeto a la ley y la decencia; ¿retiráis las palabras por vuestra propia voluntad?*

Varlin: *las retiro.*

El señor presidente: *Continuad vuestra defensa.*

Varlin: *Este infeliz escala con dificultad, su calvario de dolores y de afrentas; llega a la edad madura sin recuerdos, y contempla la vejez con espasmo: si está sin familia, o si su familia no tiene recursos, irá, tratado como un malhechor a morir a un asilo de mendigos.*

Y sin embargo este hombre ha producido cuatro veces más de lo que ha consumido. ¿Qué ha hecho, pues, la sociedad con su excedente? Lo que la paloma número cien.

Aquel que entra en la vida saludado por la alegría de todos los suyos. Todos los agasajos y las abundancias reinan alrededor de su rica cuna. Su infancia se pasa entre las caricias que le son prodigadas, y los placeres de su edad. El preceptor o el colegio abrirán nuevos horizontes a su inteligencia, si es estudioso los laureles escolares le proporcionarán el sabor anticipado de la gloria. Todos los placeres le sonríen en su juventud: el lujo, los juegos, el buen comer, todo le incita, todo le embriaga.

Cuando se siente colmado de placeres la vida de familia se le abre con todos sus dulzores. Un óbolo de su fortuna envía a los peligros, en su lugar, al hermano de la joven que él ha comprado o seducido; pero no importa, exhibirá su escaso patriotismo al igual que las dignidades y los títulos. Contempla el porvenir sin preocupaciones y persigue el sueño de sus ambiciones, ¿no es rico?

Y sin embargo, este hombre no ha producido nada, no ha hecho más que gozar de las privaciones de noventa y nueve de sus hermanos.

Consultad la historia y veréis que todo pueblo al igual que toda organización social en los que prevalece una injusticia, y no han querido escuchar la voz de la equidad, entran en la desintegración; de que lo que nos consuela, en nuestro tiempo de lujo y de miseria, de autoridad y de esclavitud, de

ignorancia y de abatimiento de caracteres, de perversión del sentido moral, es poder deducir de las enseñanzas del pasado que en tanto un hombre pueda morir de hambre a la puerta de un palacio donde todo abunda, no habrá ninguna estabilidad en las instituciones humanas.

Fijaros en la época actual y veréis un odio entre la clase que quiere conservar y la clase que quiere reconquistar; veréis un recrudecimiento de supersticiones que se creían destruidas en el siglo XVIII; veréis un egoísmo desenfrenado, y una inmoralidad por todos los lados; éstos son los signos de la decadencia; el suelo se hunde bajo vuestros pies; ¡tened cuidado!

Una clase que no ha aparecido sobre la escena mundial nada más que para cumplir con la justicia social y que ha estado oprimida en todas las épocas y todos los reinos, la clase trabajadora pretende aportar un elemento de regeneración. Sería inteligente por vuestra parte aplaudir su advenimiento racional y permitirle cumplir su obra de equidad.

Un viento de libertad absoluta es el único que puede depurar esta atmósfera cargada de injusticias y de tormentas para el futuro. En lugar de oprimir, ya que las opresiones estallan tarde o temprano, dejad que los que tienen fe en el porvenir establezcan la justicia social; la confianza renacerá y veremos desaparecer los síntomas de decadencia que entristecen a los observadores.

Cuando una clase ha perdido la superioridad moral que la

hacia dominante debe apresurarse a rectificar, si no quiere ser cruel, porque la crueldad es el destino normal de todos los poderes que caen. Que la burguesía comprenda que, ya que sus aspiraciones no son lo suficientemente amplias como para atender a las necesidades del momento, no tiene otra solución que unirse a la joven clase, que trae consigo una regeneración más justa: la solidaridad y la igualdad por la libertad.

«No existe arte por encima de las clases»

He aquí los méritos intelectuales, políticos, e ideológicos de Varlin, y de otros militantes de la primera Internacional.

¿Cuál es el reflejo que nos da de ellos la literatura burguesa? Digamos primeramente que el lugar reservado a los trabajadores es mínimo.

Individuos borrachos, rostros embrutecidos, obreras en posesión de sexualidad agresiva y vulgar, la mayoría de las veces silencio, como si la inmensa masa de productores no existiera.

Y cuando los obreros aparecen en el curso de una novela, suscitan, en rigor, la piedad a causa de sus penosas condiciones de trabajo y de existencia, pero nunca se les presenta en su totalidad, quedan siempre en un plano inferior en la cuestión afectiva, y sobre todo intelectual.

Tal como nos aparece Etienne Lantier, uno de los escasos obreros de la producción literaria burguesa: es el instigador de huelga, en «*Germinal*». Zola, que tiene la reputación —bien usurpada— de amigo del pueblo, rompe con su escepticismo, e incluso muestra su desprecio de burgués cuando se trata de pintar a Etienne en una función que no es otra que la de trabajador manual:

Era la época en la que Etienne comprendió las ideas que zumbaban en su cabeza. Hasta ese momento, no había sentido más que la revuelta del instinto, en medio de la agitación de sus camaradas. Se hacía todo tipo de preguntas: ¿por qué unos son pobres? ¿por qué otros son ricos? ¿Por qué aquéllos están siempre bajo el pie de éstos, sin tener nunca la esperanza de ocupar su lugar? Su primera etapa fue comprender su ignorancia. Una vergüenza secreta, y una pena escondida le roían desde entonces, él no sabía nada, no podía nunca conversar de las cosas que le apasionaban, la igualdad de todos los hombres, la equidad que deseaba que reinara, en el reparto de los bienes de la tierra. Por ello se puso a estudiar por gusto, sin ningún método, como los ignorantes enloquecidos por la ciencia... Hace que le envíen libros, de los que la lectura mal dirigida acaba por exaltarle... La vergüenza de su ignorancia se iba disipando para dejar paso al orgullo de pensar.

Impregnado de una concepción individualista del mundo, Zola, no ve otra cosa en la militancia obrera que un medio para el trabajador de hacer carrera:

Acababan de nombrarle secretario de la asociación, e incluso recibía pequeñas pagas por sus escritos. Eso le volvió casi rico. Si un minero casado no llega casi a terminar el mes, un muchacho sobrio, no teniendo ninguna carga, puede realizar algunas economías. Desde entonces, se operó en casa de Etienne una transformación lenta. Instintos de coquetería y de bienestar adormecidos en su pobreza, se revelaron, haciéndole comprar vestidos de paño. Se pagó un par de finas botas, y de un golpe pasó a jefe y todo el caserío de mineros se agrupó a su alrededor. Esas fueron las primeras satisfacciones agradables del amor propio, se embriagó con los primeros placeres de la popularidad: estar a la cabeza de los demás, mandar, él, tan joven que hasta hace poco era un obrero, le llenó de orgullo y engrandecía su sueño de una próxima revolución, donde él desempeñaría un importante papel. Su rostro cambió, se volvió grave, se oía hablar a sí mismo; mientras que su ambición naciente enfebrecía sus teorías y le empujaba a ideas combativas.

El acercamiento a esta gestión de pequeño arribista comparada con la tan generosa y tan proletaria de un Eugène Varlin basta para desenmascarar las concomitancias burguesas del autor. Podemos remitirnos al idéntico jueguito con otro personaje de *Germinal*, Pluchart, el único representante de la I Internacional.

Capítulo Cuarto

La acción militante

«Sin los parisinos, estaríamos perdidos»

Pero dejemos a Zola y sus cómplices con sus pretensiones de escritores realistas, consagrándose a la misión de enseñar al lector la «verdad». Y volvamos al mundo de los verdaderos proletarios, de aquellos que han hecho avanzar la revolución con su espíritu de organización, de sacrificio y con su valor cotidiano.

Esta intervención de Varlin que denuncia el poder imperial, en lugar de encogerse a la defensiva, va a provocar, como era de esperar allí, las iras del tribunal: la oficina parisina de la AIT es disuelta de nuevo; en cuanto a los nueve inculpados, son condenados a 100 francos de multa y a tres meses de prisión.

El día 6 de Julio de 1868, Varlin y sus camaradas son encarcelados en Sainte-Pélagie. No podrán, pues, participar en el tercer Congreso de la Internacional que tiene lugar en Bruselas en Septiembre. Los delegados ginebrinos, en recuerdo de la huelga victoriosa de los obreros de la construcción, les

rindieron un justo homenaje, concluyendo su informe con estos términos: «Sin los parisinos, estaríamos perdidos».

Desde su prisión, estos indomables parisinos envían una carta a los congresistas:

Ciudadanos:

La oficina de París se encuentra en la imposibilidad de hacerse representar en el congreso a consecuencia del juicio que ya conocéis.

Nosotros, miembros de la última comisión, en este momento detenidos en la prisión de Sainte-Pélagie, creemos deber aprovechar la ocasión de la reunión del congreso, para dirigir a todos los miembros de la Asociación Internacional, una protesta contra la arbitrariedad que pesa sobre nosotros y que nos impide rendir cuentas de nuestra gestión.

No tenemos que daros detalles sobre las circunstancias en las que fuimos llamados para la administración de la oficina de París, los debates de nuestro proceso os son sobradamente conocidos.

Sintiendo mucho no poder tomar parte en los trabajos, seguiremos con interés las discusiones sobre las diversas cuestiones del programa, cuya solución interesa en sumo grado a la clase trabajadora.

Hemos sabido con satisfacción que una gran parte de las sociedades obreras parisinas se van a hacer representar en

el congreso; las persecuciones, de las cuales la Asociación Internacional ha sido objeto han contribuido, sin ninguna duda a este resultado.

La prontitud con la cual estas sociedades aportan su concurso y su apoyo moral a nuestra obra social, es una prueba de que nuestra propaganda no ha sido estéril y de que las ideas de la Asociación Internacional han penetrado profundamente en la población obrera.

En cuanto a nosotros, estamos firmemente resueltos a continuar nuestra obra individualmente, puesto que nos es ahora imposible actuar colectivamente.

Os enviamos todas nuestras simpatías y nuestros saludos más fraternales.

Firmado: A. Combault; E. Varlin; E. Landrin; Humbert; B. Malon; Charbonneau; G. Mollin; A. Bourdon; L. Granjon.

Prisión de Sainte-Pélagie, 4 de Septiembre de 1868.

A pesar de estar lejos, manifiestan su desacuerdo sobre un punto importante. De hecho, por mayoría, los delegados de Bruselas habían rehusado participar en el congreso que organizaba en Berna, la Liga de la Paz y de la Libertad, al estimar que este grupo, «no tenía ninguna razón de ser frente a la labor de la Internacional», y habían exhortado a los congresistas de Berna a que se les unieran en Bélgica. Varlin no está de acuerdo con esta actitud que él juzga sectaria y firma

una carta colectiva dirigida directamente a los miembros del congreso de Berna, reconociendo la utilidad de la Liga, y lamentando «la invitación a disolverse dirigida a la Liga por los miembros del Congreso de Bruselas». En esta carta, aparece un argumento que constituye motivo de reflexión: «Desde el punto de vista de la libertad, cuya conquista perseguimos, ninguna asociación aislada puede adjudicarse el derecho a ser la expresión exclusiva de las aspiraciones de los trabajadores».

«La lucha entre el capital y el trabajo se acentúa cada vez más»

Tan pronto como salen de la prisión, los Internacionales despliegan sus fuerzas en todos los sectores y simultáneamente.

El análisis de la situación en sus reuniones semanales, del balance y de las directrices de los congresos, y de la potencia misma del empuje obrero, barren, en Varlin, los restos de proudhonismo que hubieran podido acantonarse, en la no violencia y las cuestiones estrictamente económico-sociales.

Tanto es así, que utiliza el arma de la huelga al máximo, pero con mucha sutileza táctica, a la vez para dislocar el viejo edificio imperial y para reforzar el movimiento obrero, unificándole, como vemos en estas cartas del 8 y 9 de Enero de 1869 dirigidas a Emile Aubry, responsable de la sección de Rouen de la AIT, con el cual mantiene una correspondencia regular:

Mi estimado Aubry:

Duret me ha comunicado que ha recibido tu carta, al mismo tiempo que me ha informado de las que le habías dirigido anteriormente relativas a la huelga.

He sabido, con satisfacción, que las Trade Unions van a venir en ayuda de los trabajadores del algodón; pero creí, al principio, que la carta que me dirigiste a Londres, tenía como objeto, la petición de información acerca de los salarios de los trabajadores del algodón ingleses, y de los precios de venta de las cotonadas (tela de algodón superior), lo cual me parecía muy interesante conocer, en vista del anunciado acuerdo, por medio de la circular de los obreros de Sotteville-les-Rouen, entre los fabricantes de algodón, para llegar a reducir el precio de coste, aplicando muy probablemente a sus obreros una reducción de salario.

Cuando recibimos tu primera comunicación con la circular, pensamos que la huelga no era muy importante en número, que los distritos algodoueros podrían a duras penas bastarse para mantenerla, y que nos pediríais más nuestro apoyo moral que material. Por ello nos hemos contentado con abrir una suscripción entre los encuadernadores y amigos reservándonos el llamar a toda la población obrera de París hasta que la huelga se generalizara, es decir, si se llevaban a cabo las manifestaciones que pondrían en práctica la resolución que señalabas en la circular.

Debes comprender, que la suscripción es un medio que es preciso utilizar, pero del que no hay que abusar, porque puedes llegar a agotarlo. Entonces, en París, tenemos casi continuamente suscripciones en curso en cada profesión, sea para un camarada que ha tenido un accidente, sea para mantener una huelga en una profesión similar o con la cual nos encontramos en un trato casi permanente, por lo que es preciso que una huelga alcance proporciones enormes para que se pueda hacer un llamamiento general con una mínima seguridad de ser correspondido: por ejemplo, la huelga de los trabajadores del bronce, que contaba con tres o cuatro mil obreros, o la huelga de Ginebra, que comprendía una decena de profesiones a la vez.

Si la huelga de los trabajadores del algodón cobrara una mayor extensión, puedes contar con que haremos todos los esfuerzos posibles para mantenerla. Pero hasta ese momento, hemos creído necesario contentarnos con hacer circular la suscripción entre nosotros y sin divulgarla. Nos dirás, si los esfuerzos que haces para contactar con trabajadores de otras empresas, nos permiten llegar a un resultado favorable. Diles que deben mantenerse primero por ellos mismos, con el fin de merecer el apoyo de sus hermanos de otros países en el caso de que la lucha se generalizara. Diles sobre todo, que deben agruparse, organizarse, solidarizarse, y entrar en la liga internacional de trabajadores para poder asegurarse el concurso de todos y poder conjurar todos los peligros. ¿Es necesario decírtelo? Es lo que tenéis que hacer para que esta huelga sea motivo de propaganda.

Lamentamos no tener un periódico para defender la causa del trabajador, nuestra causa, contra los periódicos burgueses. A propósito, ¿cómo va vuestro proyecto sobre el periódico? Sin duda no tendréis todavía el dinero necesario para comenzar. Te adjunto un programa que nos ha hecho Cluseret, nuestro compañero detenido en Sainte-Pélagie. La ha realizado sobre la petición que le había sido dirigida por una profesión bastante importante. Dudo de la posibilidad de que se realice; pero se podrá modificar. Dinos en una próxima carta qué recursos monetarios habéis reunido, y como redactor lo que te haría falta para empezar. Sin duda habrás recibido el periódico «La Igualdad», órgano de las secciones de la Asociación Internacional de la Suiza francesa. El número de muestra anuncia a sus abonados la esperanza de recibir correspondencia de Rouen. Sin duda, tú o uno de vuestro grupo se ha comprometido. En cuanto a la candidatura obrera, veo con satisfacción que estáis resueltos a establecerla. Lyon ya se ha resuelto en este sentido. Marsella nos ha enviado una petición de información. Espero que lleguemos pronto a un entendimiento sobre este tema y que a pesar de los abstencionistas, furibundos proudhonianos, entraremos en la lid electoral concurriendo junto a los republicanos burgueses de todas las tendencias, con el fin de dejar bien clara la escisión entre el pueblo y la burguesía.

Un saludo fraternal a todos nuestros amigos de Rouen.

Firmado: E. Varlin.

9 de Enero de 1869

La huelga de los hilanderos de lana de Vienne (Isere) ha concluido. La caisse de sou¹ les había concedido un préstamo de 1.000 francos, de los que 500 les habían sido enviados en seguida, pero lo devolvieron inmediatamente en vista de que la huelga acababa de terminarse cuando lo recibieron. Los hilanderos habían agotado todos sus recursos; y como su huelga paraba a todas las otras especialidades laneras, creyeron necesario contentarse con algunas ligeras concesiones que les hicieron los patronos.

Siempre tuyo.

Firmado: E. Varlin.

«La mayoría de los obreros es comunista»

Varlin se apodera al igual de un nuevo arma que el régimen concede a los trabajadores, con muchas restricciones y represiones violentas que acostumbran a hacer todos los regímenes liberales en la agonía: este arma, son las reuniones públicas.

Teóricamente no se debía hablar de política ni de religión; entonces se habla de filosofía, historia y economía, lo que

1 «La caja del centavo». (Se refiere a una caja de resistencia) N. del T.

viene a ser lo mismo. Varlin que siempre hace hincapié sobre la necesidad de preparar a los trabajadores para los sucesos futuros de la revolución, participa asiduamente en estas reuniones obreras que permiten una aproximación a los problemas importantes, una gran confianza en sí y una toma de conciencia más clara. Va, pues, a estas reuniones no en plan de orador buscando conquistar un público, sino como observador que escucha a las masas. «Llegaba solo, nos dice Foulon, su biógrafo, estrechaba las manos que se tendían hacia él, y se instalaba modestamente en la penumbra de la sala.»

Encontramos el reflejo del clima de discusión y de represión de estas reuniones en uno de los artículos que Varlin envía a *L'Egalité*, órgano de la AIT en Ginebra:

París, 30 de Marzo de 1869

El gobierno francés quiere una revuelta. Esto es lo que se oye decir en París, por aquellos que se ocupan de la dignidad humana, del bienestar de todos: del socialismo.

Los ocho meses de discusiones públicas descubren este hecho extraño de que la mayoría de los obreros activamente reformadores es comunista. Esta palabra, comunismo, levanta tanto odio en el campo de los conservadores de todas clases como la víspera de las jornadas de Junio. Bonapartistas, orleanistas, clericales y liberales se unen en un conmovedor grupo para chillar contra los infames, los pordioseros y los sarnosos. Cuanto más los obreros militantes de París se obstinan en llamarse comunistas, más se afanan los conservadores en

combatirlos; cada uno desempeña admirablemente su papel; los clericales, orleanistas y liberales fulminan desde sus pulpitos, desde sus periódicos, y el gobierno intenta merecer los elogios de los más acérrimos partidarios de la represión a ultranza. La gran mayoría de los oradores de las reuniones públicas (podemos decir casi todos los que proclaman el comunismo) son encarcelados, condenados o emplazados; las condenas suelen oscilar entre dos y seis meses de prisión o entre 100 y 2.000 francos de multa. Estos últimos días se ha descubierto que la infatigable sexta sala no era suficientemente expeditiva y se ha ensayado el arresto preventivo. En consecuencia han sido arrestados: Boudaille, Bachellery, Amouroux, Garrau, Gustave Flourens y Peyrouson. Boudaille fue arrestado en su casa, aunque se defendió valientemente y derribó a un comisario y dos agentes; pero no obstante ocho agentes de policía se lo llevaron. Gustave Flourens, hijo del célebre sabio y heroico defensor de la libertad cretense, ha sido arrestado en plena calle, por la noche.

En opinión de la autoridad no son suficientes provocaciones; se ha tomado por norma dar orden a los comisarios de policía de hacer levantar casi todas las sesiones desde el comienzo. Ultimamente, en la reunión de Montmartre, Gustave Flourens, presidente, rehusó obedecer el mandamiento del comisionado de la autoridad y se deliberó apaciblemente hasta las once de la noche. Al día siguiente, alrededor de doscientos agentes uniformados rodeaban las inmediaciones de la sala de reunión. Sin embargo, la reunión tuvo lugar, pero el presidente de la víspera fue arrestado. Por otra parte, los periódicos

oficiales y oficiosos El País, El Pueblo (¡qué profanación de título!), El Constitucional, etc. tocan a rebato contra las reuniones públicas y lanzan el terror a la opinión pública con la ayuda de informes falsificados. Ultimamente ha aparecido un folleto titulado Las reuniones públicas en París; es una reedición de los supuestos informes dados por El País, seguidos de reflexiones lamentables aliñadas para el uso exclusivo de los buenos conservadores de Francia y de Navarra. El gobierno la expande con profusión, por medio de pesados paquetes, y la expide a provincias para helar de espanto a nuestras aldeas con «el espectro comunista y revolucionario» (al uso oficial). Y eso no es todo, El País repite que con los enemigos no se discute. ¡«Se les suprime, añade, y ante un nuevo Junio no retrocederemos! ¡Nuestros padres han fundado el Imperio, debemos conservarlo!». ¿Qué sucedería si a estos agentes asalariados del despotismo y a sus insolentes provocaciones respondiera la revolución misma? Sobre este punto toda apreciación sería imprudente, y el periódico La Igualdad no tiene por qué ser un filón de informaciones del que pueda sacar partido la policía francesa; por eso, aunque bien involuntariamente, nos limitamos a decir que la cuestión social ha surgido de golpe, interrumpiendo la digestión de los que gobiernan y de los que disfrutan, y que el sistema comunista muy poco definido todavía está cada vez ganando más adeptos entre los que se extenuan en los talleres y entre los que día a día están luchando contra el hambre. Podemos, desde ahora, afirmar que, si la máquina gubernamental no es descompuesta desde este momento, socialismo no hará una brillante aparición en las próximas elecciones.

Mayo de 1869: Los Internacionales frente a las elecciones

Los Internacionales se movilizan igualmente en el terreno de las elecciones generales que deben tener lugar en Mayo de 1869. Apoyan las candidaturas, y sobre todo proponen un programa que recoge las orientaciones mismas de la AIT.

A los electores de 1869

Ciudadanos:

Ha llegado el momento en que el partido socialista y democrático debe afirmarse.

El momento de las elecciones se aproxima: vamos a ser llamados de nuevo a elegir a los mandatarios que deben representarnos.

No seguiremos la rutina de otras veces.

En lugar de adherirse a candidatos que no se dan a conocer a los sufragistas más que por una notoriedad más o menos establecida, el pueblo soberano debe él mismo hacer su programa, establecer la lista de reformas de que tiene necesidad y seguidamente elegir entre los ciudadanos a aquellos que le parezcan los más aptos para expresar su voluntad.

Como principio absoluto, los mandatarios deberían ser siempre revocables, y en todo instante, desde el momento

en que no cumplan con sus responsabilidades; pero teniendo en cuenta las dificultades actuales, debemos pedir como mínimo, que estén siempre en contacto con sus votantes y que cada año se les ratifique o no, por medio del sufragio universal.

¡No hay tiempo que perder!

Es preciso que todos los grupos socialistas formulen su programa lo más rápido posible, y que hagan las concesiones necesarias con el fin de que se pueda establecer un acuerdo para llegar a un programa común.

En cuanto a nosotros, he aquí las reformas que creemos urgentes:

1. Supresión de los ejércitos permanentes: armamento para todos los ciudadanos.

2. Supresión del presupuesto para el culto; separación de Iglesia y Estado: libertad de discusión religiosa y filosófica.

3. Reforma general de la legislación; elección de la magistratura, temporalmente y por sufragio universal; establecimiento de un jurado para los asuntos civiles y criminales.

4. Enseñanza laica e integral, obligatoria para todos, y a cargo de la nación; plus alimenticio para los niños durante el período de sus estudios.

5. *Supresión de los privilegios ligados a los grados universitarios.*

6. *Libertad de asociación.*

7. *Libertad de reunión sin restricciones.*

8. *Libertad de prensa, de imprenta y de librerías; abolición del timbre y de la fianza.*

9. *Libertad individual garantizada por la responsabilidad efectiva y permanente de todos los funcionarios cualquiera que sea su rango.*

10. *Establecimiento del impuesto progresivo; supresión de todos los impuestos indirectos, sobre concesiones u otros.*

11. *Liquidación de la deuda pública.*

12. *Expropiación de todas las compañías financieras y apropiación por la nación, para transformarlas en servicios públicos, de la banca, de los canales, de los ferrocarriles, transporte, seguros y minas.*

13. *Los municipios, los departamentos y las colonias serán liberados de toda tutela en lo que concierne a sus intereses locales y administrados por mandatarios libremente elegidos.*

Avizard, tornero de cobre, 32 calle de Malte; Bourdon, grabador, 7, calle Louis-le-Grand; Collot, fabricante de

herramientas de madera, 74, Ernestine; A. Delacourt, encuadernador, 10, calle de la Parcheminerie; Doudeau, marmolista, 774, boulevard de Clichy; E. Drosse, grabador, 22 calle de la Banque; J. Durand, cortador de calzado, 507, Saint-Denis; Fruneau, carpintero, 15, calle de Charenton; T. Gauthier, cestero, 24, calle de los Jardins-Saint-Paul; J. P. Clerome, publicista, 24, calle de Feydeau; A. Harle, mecánico, 26, Sévigné; J. P. Heligon, impresor sobre papeles pintados, 45, calle de la Grande-Truanderie; Levy Lazare, óptico, 26, calle Sévigné, A. Lucié, fabricante de tintas, 8, calle Saint-Paul; J. Minet, pintor sobre porcelana, 29, calle de los Trois-Bornes; Parent primogénito, bisutero, 28, calle de la Chopinette, G. Sylvestre, impresor en grabado en dulce, 137, calle Saint Jacques; Sauva, sastre, 31, calle Molière; C. Terret, mecánico, 11, calle de los Moulins; E. Varlin, 33, calle Dauphine. (Todos miembros de la Internacional).

Si estas elecciones no dan el poder parlamentario a los candidatos obreros, acentúan de forma espectacular las contradicciones en el seno del régimen puesto que 3 millones de votos van para la oposición (lo que constituye 1.400.000 votos más que en las elecciones de 1863) y el apoyo masivo de los votos obreros a los candidatos republicanos desenmascaran su republicanismo burgués o les aboca a una radicalización que no entraba en sus cálculos.

Artimañas y provocaciones del poder

El Imperio vencido en las urnas va a intentar recuperar terreno en la calle, como lo muestra el análisis que hace Varlin en el siguiente artículo publicado el 19 de Junio de 1869 en *La Igualdad*:

El resultado de la primera vuelta del escrutinio electoral había sorprendido a todo el mundo en Francia. La mayoría aplastante dada al radicalismo en París y en las ciudades, y al mismo tiempo el descalabro casi general de los liberales mostraba netamente la situación; de un lado, «los irreconciliables», la revolución; del otro, los conservadores, el statu quo. Todas las tendencias intermedias, todos esos hombres de temple moderado, todos esos políticos con pocos medios que quieren conciliar el agua y el fuego, la paz y la guerra, la libertad y la autoridad, la soberanía del pueblo y la del imperio, todos o casi todos habían fracasado.

Este resultado, tan pasmoso como imprevisto, pudo asustar a mucha gente; pero a nosotros socialistas y radicales, amigos de las situaciones definidas, nos satisfacía plenamente. (...)

Algunos días antes del escrutinio de la nueva elección (dado que ninguno había obtenido la mayoría suficiente) se corrió la voz de que el 7 de Junio por la noche, la policía se

proponía aprovechar la emoción, que por el resultado del escrutinio no podía faltar, fuera éste bueno o malo, para intentar un golpe, provocar a los ciudadanos, golpear y dispersar a los grupos y proceder a las detenciones.

Algunos periódicos se habían hecho eco de este rumor y habían aconsejado a los ciudadanos evitar toda reunión y en especial todo choque. El aviso pasó casi inadvertido. Los ciudadanos no podían creer en tales maniobras. Sin embargo, en el comité Rochefort, en las oficinas del Rappel y en otros diversos lugares donde la multitud se apiñaba para conocer el resultado del escrutinio, armados con llaves inglesas y en grupos de cincuenta, de cien y algunas veces de más, se precipitaban sobre la multitud inofensiva golpeando, atropellando y deteniendo a los ciudadanos que hacían intención de resistir o que lanzaban gritos. Varios miembros del comité Rochefort, que se encontraban entre la multitud para anunciar el resultado fueron también arrestados.

La emoción era grande esa noche en París. Pero era una emoción triste. El resultado del escrutinio desfavorable a los radicales y por si fuera poco los atropellos de los agentes de policía y las detenciones, habían sembrado la contrariedad en todos los rostros.

Las calles, bulevares, arrabales, retumbaban con los gritos repetidos sin cesar de «¡Viva Rochefort!»! ¡Viva Raspad! ¡Viva La Lanterne!». En varios cafés en los que estos gritos eran repetidos igualmente entraron violentamente los policías encontrando la resistencia de los

consumidores que les lanzaron jarras y botellas de cerveza, y tazas a la cabeza. En estos lugares se efectuaron aún más detenciones.

La provocación de la policía fue flagrante. Todos los hombres serios lamentaban profundamente esta actitud y evitaban encontrarse en las riñas, dándose cuenta perfectamente de hacia donde se quería ir.

Después de que pasó esa noche se pensaba que la calma se restablecería al mismo tiempo que desaparecería la emoción. Así debería haber sido. Pero, no se contaba con la policía.

Al día siguiente y en los sucesivos, un espectáculo ciertamente extraño se iba a ofrecer a los ojos de los parisinos.

Después de que el día transcurrió tranquilo, por la noche bandas de individuos que salieron de no sé dónde, recorrían algunos barrios, cantando la Marsellesa y chillando «¡Viva Rochefort, Viva La Lanterne!» Los mirones que pronto se convirtieron en una masa compacta, y un gran número de jóvenes ingenuos, aumentaron en poco tiempo el número de alborotadores. Después se sucedieron las roturas de cristales, de lámparas de gas y de escaparates de tiendas, los vuelcos de quioscos e incluso las tentativas de hacer barricadas en el Boulevard Montmartre con tres quioscos volcados y algunos bancos. Al final la policía llegó.

Y cosa curiosa, los agentes de policía y los municipales a pie y a caballo se encontraban ya bien agrupados antes de

la hora de la revuelta, y en los barrios donde ésta debía producirse. Se escondieron en el patio de una alcaldía, en correos y en otros lugares y salían justamente cuando los destrozos se habían consumado, para restablecer el orden y arrestar a los ciudadanos atraídos por la curiosidad o por el ruido.

Como varios periódicos se quejaban de que los agentes, en la brutalidad, descuidaban los requerimientos legales antes de dispersar a los grupos, se quiso representar la comedia completa. Entonces, comisarios, ceñidos con fajines y precediendo a los guardias de París, a pie y a caballo, vinieron a hacer los requerimientos legales diciendo a la multitud que se dispersara.

En vista de estos requerimientos, la muchedumbre se retiraba por las calles adyacentes y volvía a continuación, detrás de la tropa quien, después de haber recorrido algunos hectómetros, ya no encontraba a nadie delante de ella y debía dar media vuelta para empezar de nuevo la ceremonia.

No podríamos por menos de reírnos del chasco de la policía en este asunto si, dándose cuenta de que ninguno de los hombres de acción caía en sus emboscadas, no se hubiera decidido a arrestarlos en sus casas. Fue así como el jueves 10 de Junio, entre las 2 y las 4, una veintena de ciudadanos conocidos por su actividad y energía, fueron separados de su familia y de sus ocupaciones ordinarias, después de haberse realizado pesquisas en sus domicilios. Se les acusa de complot contra la seguridad del Estado.

Entre los ciudadanos arrestados, se encuentran dos miembros de la Asociación Internacional, Héliçon y Murat; los miembros del comité Raspail, dos candidatos socialistas, Briosne y Lefrançais, cuatro redactores del Réveil y dos del Rappel y algunos otros ciudadanos.

Por la tarde y al día siguiente de estas detenciones, el despliegue de fuerzas se volvió más imponente aún. Esta vez fueron los escuadrones de coraceros y de cazadores los que cargaron en las calles y en los bulevares en los que tronaba el motín. Pero, amarga burla, nadie resistía y las calesas y coches descubiertos llenos de damas mundanas seguían a los escuadrones para ver de cerca esta revolución de fantasía.

Felizmente, la opinión pública no cayó en la trampa de esta odiosa maniobra. Los ciudadanos no tomaron las armas, no dieron al gobierno la ocasión que él pedía de salvar una vez más a la sociedad, el pretexto que él buscaba, para volver a poner en vigor la ley de seguridad general que le hubiera permitido deportar sin juicio a los ciudadanos que le molestan (...)

Capítulo Quinto

La implantación de secciones de la AIT

A la represión sangrienta del poder responde la resistencia obrera

Habiendo fracasado en sus detestables provocaciones, el poder intenta neutralizar la resistencia obrera, cada vez más viva, entregándose a una brusca acción represiva, a la que nuestros regímenes burgueses están acostumbrados.

Tomemos de nuevo el informe presentado en el Congreso de Basilea en septiembre de 1869, que deja muy claros los hechos y muestra, al mismo tiempo, las relaciones dialécticas entre la cólera obrera y la Internacional:

Vamos a mostrar mediante dos casos típicos cuáles son las relaciones de la Internacional con las huelgas francesas. En la huelga de Saint Etienne y en las masacres de la Ricamarie que fueron su consecuencia, el mismo gobierno francés no se atrevió a sostener que la Internacional hubiera tomado parte en ella. En Lyon, no fue la Internacional la que lanzó a los obreros a la huelga, sino la huelga quien los lanzó a la Internacional.

Los mineros de Saint Etienne, de Rive-de-Giers y de Firminy, habían pedido, de una forma tranquila pero firme, a los directores de las compañías, reducir la jornada de trabajo que era de doce horas de duro trabajo subterráneo, y revisar los salarios. Al no haber concluido bien las tentativas conciliadoras, se pusieron en huelga el día 11 de Julio. Era para ellos de vital importancia, conseguir el apoyo de los obreros que continuaban trabajando. Para impedirselo los directores de las compañías pidieron y obtuvieron del prefecto de la Loire un bosque de bayonetas. El 12 de Junio, los huelguistas encontraron los pozos guardados por los soldados. Para estar seguros de su lealtad, los directores entregaron a cada soldado un franco por día. Los soldados ganaron el dinero apresando a sesenta mineros deseosos de conversar con sus camaradas de los pozos. Estos prisioneros fueron enviados el mismo día a Saint Etienne escoltados por 150 hombres del cuarto de línea. Antes de la salida de estos valientes guerreros, un ingeniero de minas de la firma Holzer y Dorian, les hizo beber sesenta botellas de cognac, y les aconsejó tener cuidado con los prisioneros, porque los mineros eran unos salvajes, unos bárbaros y unos antiguos presidiarios.

El aguardiente y el sermón eran los mejores medios para preparar un choque sangriento. Un grupo de mineros, con sus mujeres y niños, les siguieron, les rodearon en lo alto del pozo del Moneel (barrio de la Ricamarie), en el momento en que pasaban por el desfiladero y les pidieron que soltaran a sus prisioneros.

Los soldados, después de haberse negado, recibieron un

montón de pedradas; entonces sin previo aviso, hicieron fuego con sus mosquetes; quince personas murieron, de las cuales dos eran mujeres y uno de ellos un niño y un número considerable fueron heridos. Las torturas de los heridos fueron horribles. Uno de ellos era una pobre niña de 12 años, Jeanne Petit; su nombre permanecerá inmortal en el martirologio del proletariado. Dos balas le penetraron por detrás, una se alojó en el muslo, la otra le atravesó la espalda, rompió su brazo y salió por el hombro derecho. Los mosquetes seguían haciendo maravillas.

Sin embargo, esta vez el gobierno no reconoció siquiera que no sólo había cometido un crimen, sino también una tontería. Ya no era aclamado como el salvador de la sociedad por la burguesía. Todo el consejo municipal de Saint-Etienne presentó su dimisión, denunciando la barbarie de los soldados, insistiendo sobre el extrañamiento del «cuarto de línea». La prensa francesa fue presa del horror. Incluso periódicos conservadores, Le Moniteur Universel, abrieron suscripciones para las víctimas. El gobierno se vio obligado a hacer cambiar de guarnición el «cuarto de línea». En estas circunstancias tan difíciles era urgente encontrar un chivo expiatorio para ser sacrificado en el altar de la indignación pública; como siempre se escogió a la Asociación Internacional de Trabajadores. Los supuestos revoltosos, para ser juzgados, fueron ingeniosamente clasificados en diez categorías, indicándose su respectiva maldad. Los que estaban inscritos primero, los más perversos, fueron acusados particularmente de ser sospechosos de haber obedecido una consigna procedente del extranjero y dada por la Internacional.

La prueba fue concluyente: «El interrogatorio y la escucha de los testigos, —dice un periódico francés—, no han permitido asegurar claramente la participación de la Internacional. Los testigos afirman solamente la presencia, a la cabeza de las bandas, de desconocidos con blusas blancas, y gorras. Pero ninguno de estos desconocidos ha sido arrestado, y por supuesto, no está en el banquillo». A esta pregunta: «¿Cree usted verdaderamente en la intervención de la Internacional?», un testigo responde: «lo creo, pero no hay pruebas».

Poco después de la masacre de la Ricamarie, la danza de las revueltas económicas se abría en Lyon por los «ovalistes», la mayoría mujeres. Ellas se dirigieron a la Internacional que, mediante sus miembros de Francia y Suiza principalmente, les ayudó a mantener la lucha. A pesar de las tentativas de intimidación hechas por la policía, los obreros públicamente proclamaron su adhesión a la Internacional y entraron formalmente enviando sus cotizaciones al Consejo General.

En Lyon, como antes en Rouen, las mujeres desempeñaron un noble y poderoso papel en el movimiento. Otros oficios de Lyon siguieron el ejemplo de los «ovalistes»: y reclutamos más de 10.000 nuevos miembros entre esta heroica población que, desde hace más de treinta años escribieron sobre su estandarte el grito de guerra del proletariado moderno: «Vivir trabajando o morir combatiendo».

Durante todo este tiempo el gobierno francés continuaba

realizando sus mezquinas provocaciones contra la Internacional. En Marsella, se prohibía a nuestros miembros reunirse para elegir un delegado. Las mismas provocaciones se repetían en otras ciudades. Pero los obreros del continente así como los de otros países, comenzaron a comprender finalmente que el medio más seguro de conquistar sus derechos es ejercerlos con sus pros y sus contras».

«La revolución política y las reformas sociales se complementan»

Las cartas que Varlin envía a Aubry nos muestran bien la función cada vez más política de las huelgas y el clima prerrevolucionario que se desarrolla en Francia:

París, 6 de Agosto de 1896

Mi estimado Aubry:

He recibido tu carta del 30 del pasado julio, con el envío de 100 francos para las familias de los ciudadanos arrestados a continuación de las elecciones, en el último mes de julio. Te lo agradezco en el nombre de todos los camaradas de París. Pero sobre todo debo felicitaros, por vuestra ayuda a los «ovalistes» de Lyon. Estábamos muy apenados por no poder hacer nada por ellas, en París; nos sentimos tanto más felices cuanto que las otras secciones

de la Internacional han podido sostenerlas para hacerles triunfar.

Viendo que tantas huelgas se producían a la vez, habíamos temido ver a los obreros fracasar en la mayor parte de los casos. Felizmente ha ocurrido otra cosa, sobre todo en Lyon, donde casi todas las corporaciones que han ido a la huelga han obtenido 10 horas de trabajo como reivindicación. Considero siempre un mejor resultado el lograr la disminución de la duración de la jornada de trabajo que el lograr una elevación de salario; tú sabes por qué.

En cuanto a tu opinión de que el elemento burgués no ha sido extraño a los dos tercios de las huelgas que se han producido en los últimos tiempos, mantengo una opinión contraria a la tuya, pero no trataré de hacerte aceptar mi opinión; tengo el mismo tiempo que tú para mantener una interminable correspondencia sobre este controvertido punto. Si nos encontramos en Basilea o en París, volveremos a hablar. Sin embargo, niego que los burgueses hayan intervenido en las huelgas, reconozco que han sacado todo el partido posible de este movimiento, para hacer recaer todo el peso sobre nuestra organización política y social, y precipitar la revolución política provocando el descontento general. No puedo ni lamentarlo ni reprobarlo porque nos sirven al mismo tiempo que se sirven ellos.

Ahora debo sacar a colación una cuestión más de tu última carta. Te parece creer que el medio en que vivo está

más preocupado por la revolución política que por las reformas sociales. Debo decirte que para nosotros la revolución política y las reformas sociales se complementan y no puede ir una sin las otras.

La revolución política sola no sería nada, pero pensamos, que dadas las circunstancias contra las que tropezamos nos será absolutamente imposible organizar la revolución social, mientras vivamos bajo un gobierno tan arbitrario como el que tenemos.

Recuerda que últimamente, nosotros, los delegados de las sociedades obreras nos reunimos para discutir un proyecto de federación. Y ¿qué pasó? que nuestras reuniones fueron prohibidas por la prefectura. Enviamos una carta pidiendo explicaciones al prefecto, con la firma de treinta corporaciones —no hubo respuesta. Hemos escrito al ministro —ninguna respuesta tampoco. Vamos a dirigirnos a la opinión pública. Hemos redactado un manifiesto que vamos a hacer firmar a todas las comisiones obreras después lo daremos a la prensa y volveremos a empezar nuestra obra a pesar de todo.

Un saludo fraternal.

Firmado: E. Varlin

Adjunto los estatutos de la caja de los 5 céntimos.

«París, 18 de Agosto de 1869

Mi querido Aubry:

Te adjunto una carta del ciudadano Franquin, uno de los miembros más devotos del comité de solidaridad de los impresores litógrafos. No dudo, que le harás llegar las informaciones que necesita. Por ello te la dirijo a ti.

Te envío, al mismo tiempo, el recibo de 100 francos que me pedías en tu última carta, necesario para la contabilidad de vuestro cajero, pues pensé que mi acuso de recibo, que se ha cruzado con tu última carta, podría ser suficiente provisionalmente, a la espera de una nueva ocasión para escribirte.

No tengo nada nuevo que comunicarte.

Las corporaciones obreras se preparan a mandar, de aquí, una quincena de delegados al Congreso de Basilea. La policía es muy obstinada y pone todas las trabas posibles al nombramiento de los delegados y a la discusión del programa.

Malon ha vuelto de Tourcoing, donde no pudo trabajar, al ser señalado como uno de los jefes más activos de esa terrible Asociación Internacional de los Trabajadores. Pero su viaje, no ha sido un viaje perdido para la causa, pues si los patronos le han recibido mal, no ocurrió lo mismo con los obreros; y, para aprovechar su desplazamiento al igual

que la simpática acogida que le dispensaron los trabajadores, constituyó varias secciones de la Internacional en Roubaix, Tourcoing, Watrelos y en otros pequeños pueblos vecinos.

La amnistía del día 15 ha puesto en libertad a todos los prisioneros, a cuyas familias sosteníamos. Nos sobra una suma bastante fuerte para otra ocasión.

Abrazos fraternales.

Firmado: E. Varlin

Septiembre de 1869: el Congreso de Basilea

En Septiembre de 1869 tiene lugar, en Basilea, el IV Congreso de la AIT. Esta vez, Varlin, sí puede participar en él. En el programa dos cuestiones importantes: la abolición de la propiedad individual del suelo y del derecho hereditario. Por mayoría aplastante se reconoce la necesidad de abolir la propiedad territorial. Pero la supresión de la herencia no reunirá un número suficiente de votos; se dejará, pues, en suspenso esta cuestión.

En el informe que Varlin hace del congreso, en el periódico *Le Commerce*, vemos su posición colectivista y el argumento, muy sólido, que desarrolla (Varlin formaba parte de la minoría que quería que el derecho hereditario fuera abolido, sin modalidades transitorias):

Los individualistas, es decir, los partidarios de la propiedad individual, pues esos señores se enfadan si se les llama individualistas, los partidarios de la propiedad individual, digo, hacen un supremo esfuerzo por defender su causa; invocan la ausencia de los obreros agrícolas, en el congreso, para pedir el aplazamiento: se les responde que la tierra no pertenece a los obreros de los campos, que todos los hombres tienen un derecho igual a la tierra, que, por lo tanto, podemos discutir de hecho y de derecho; pues, si los agricultores no están aquí, no es nuestra culpa, ya que estaban invitados a venir. Invocan entonces el temor de ver a los campesinos levantarse en masa contra nosotros, armados con sus guadañas y bieldos, el día en que queramos desposeerlos de su pedazo de tierra, al proclamar la propiedad colectiva. A esto, se les responde que no se trata, de ninguna manera, de desposeer al campesino que tiene su parte, sino, al contrario, de hacerle beneficiario de una más justa repartición, al mismo tiempo que se beneficiará de las ventajas de la aplicación de métodos científicos y mecánicos a la agricultura, aplicación posible únicamente con el gran cultivo.

Finalmente, los individualistas tratan de demostrar que el individuo es la base de la sociedad, que el derecho individual es superior al derecho colectivo; que no se puede someter la persona humana al arbitrio de la mayoría, dado que con frecuencia un hombre tiene razón en contra de toda la especie; se cita a Galileo, que afirmaba, él solo contra todos, que la tierra giraba; se cita, aún, algunos otros hombres para probar que los descubrimientos, las invenciones, los grandes progresos realizados lo han sido

siempre por individuos. Es necesario no asfixiar al individuo bajo los pies de la colectividad, si no se quiere que todos los progresos se paren.

Los colectivistas replican que el hombre no es, por sí mismo, mas que un animal sociable; sólo puede desarrollarse y convertirse en una persona humana, si vive en una colectividad; los grandes hombres son producto de la colectividad, es gracias al concurso del medio en el que se han desarrollado, como han podido convertirse en grandes sabios o en grandes literatos; dejados a su suerte desde la infancia, apenas si podrían llegar a pronunciar algunos sonidos incoherentes o a crear algunos objetos rudimentarios, a pesar de su excelente disposición individual.

Entonces los individualistas rechazan la colectividad por ser una concepción a priori que quiere imponerse, sin haber sido nunca experimentada. Los colectivistas observan que esta razón sería una traba para todo progreso; no se puede rechazar una innovación porque no ha sido experimentada.

Por otra parte, si la propiedad colectiva no ha sido experimentada, la propiedad individual lo viene siendo desde hace cinco mil años, y todos sabemos qué resultado de miseria para el pueblo ha traído, en todas las épocas.

«Elementos de organización de la sociedad futura»

Uno de los objetivos de este Congreso de Basilea era el

desarrollo de las sociedades obreras, así como su federación.

En el artículo aparecido el 11 de Marzo de 1870, en *La Marseillaise*, Varlin profundizó en la noción de «sociedad obrera» para dejar claro el papel táctico y estratégico que tienen que jugar en el proceso revolucionario. Las compara, de algún modo, con el tejido estructural de un régimen socialista.

Mientras que nuestros hombres de Estado tratan de sustituir un gobierno parlamentario y liberal (estilo Orléans) en el régimen del gobierno personal, y esperan con ello desviar la revolución que avanza amenazadoramente para sus privilegios; nosotros, socialistas, que, por experiencia, sabemos que todas las viejas formas políticas son impotentes para satisfacer las reivindicaciones populares, debemos, aprovechando todos los errores y torpezas de nuestros adversarios, acelerar la hora de la liberación. Debemos emplearnos activamente en la preparación de los elementos organizativos de la sociedad futura, a fin de volver más fácil y más cierta la obra de transformación que se le impone a la revolución.

Los Estados políticos no han sido, por decirlo así, más que la continuación del régimen de conquista que preside el establecimiento de la autoridad y la servilidad de las masas: gobiernos republicanos, como en Suiza o en Estados Unidos; constitucionales y oligárquicos, como en Bélgica o en Inglaterra; autocráticos, como en Rusia; es siempre la autoridad la encargada de mantener a las masas en el respeto a la ley establecida, para el provecho de unos pocos. Esta autoridad puede ser más o menos rígida, más o

menos arbitraria; pero eso no cambia la base de las relaciones económicas, y los trabajadores quedan siempre a merced de los detentadores del capital.

En definitiva, la revolución próxima no debe quedarse simplemente en un cambio de etiqueta gubernamental, o en reformas de detalle; deberá emancipar radicalmente a los trabajadores de toda explotación: capitalista o política, y establecer la justicia en las relaciones sociales.

La sociedad no puede dejar ya por más tiempo, al arbitrio de los privilegiados, por nacimiento o por éxito, la disposición de la riqueza pública; al ser producto del trabajo colectivo, no puede ser empleada más que en provecho de la colectividad; todos los miembros de la sociedad humana tienen el mismo derecho a las ventajas que se derivan de ello.

Pero esta riqueza social sólo puede asegurar el bienestar de la humanidad, a condición de ser puesta en marcha por el trabajo.

Si, pues, el capitalista, el industrial, el comerciante, no deben disponer por más tiempo arbitrariamente de los capitales colectivos, ¿quién los hará fructificar para beneficio de todos? ¿Quién, en una palabra, va a organizar la producción y la distribución de los productos?

A no ser que queramos volver a llegar a un Estado centralizador y autoritario, el cual nombraría los directores de fábrica, de manufactura, de los departamentos de distribución, los cuales nombrarían a su vez a los

subdirectores, capataces, jefes de taller, etc., y finalizar así en una organización jerárquica, de arriba a abajo, del trabajo, en la cual el trabajador no sería más que un engranaje inconsciente, sin libertad ni iniciativa; a no ser que queramos esto, nos vemos forzados a admitir que los trabajadores mismos deben tener la libre disposición, la posesión de sus instrumentos de trabajo, bajo condición de intercambiar sus productos a precio de coste, para que exista reciprocidad de servicios entre los trabajadores de las diferentes especialidades.

En torno a esta última idea, se reúnen la mayor parte de los trabajadores que, desde hace años, persiguen con tesón la emancipación de su clase. Es también la que ha prevalecido en los diferentes congresos de la AIT.

Pero no hay que creer que una organización tal pueda improvisarse fácilmente. No basta, por ello, únicamente con la dedicación, inteligencia y energía de algunos hombres. Es preciso que los trabajadores, llamados a trabajar juntos en libertad y bajo la férula de una igualdad recíproca, estén ya preparados para la vida social.

Una de las más grandes dificultades que los fundadores de las sociedades de todo tipo, intentadas desde hace años, han encontrado, es el espíritu de individualismo desarrollado en exceso en la mayor parte de los hombres, e incluso en aquellos que piensan que sólo mediante la asociación, pueden mejorar los trabajadores las condiciones de su existencia, y esperar su emancipación.

Entonces, las sociedades obreras bajo la forma en que existen actualmente, poseen ya esa inmensa ventaja de habituar a los hombres a la vida en sociedad, y a prepararles también para una organización social más amplia. Se habitúan no solamente a ponerse de acuerdo y a entenderse, sino también a ocuparse de sus asuntos, a organizarse, a discutir, a razonar sobre sus intereses morales y materiales, y siempre desde el punto de vista colectivo, ya que su interés personal, individual y directo, desaparece desde que forman parte de una colectividad.

Junto a estas ventajas, que cada una de estas asociaciones puede procurar a sus miembros, hay en el mismo hecho del desarrollo de la sociabilidad, un motivo más para su recomendabilidad a todos los ciudadanos que aspiran al advenimiento del socialismo.

Las sociedades corporativas (de resistencia, de solidaridad, sindicatos) merecen nuestros elogios y simpatías, ya que son ellas las que configuran los elementos naturales de la edificación social del porvenir; son ellas las que fácilmente, podrán convertirse en asociaciones de productores, son ellas las que podrán poner en acción los instrumentos sociales y la organización de la producción.

Muchos de los miembros, son a menudo inconscientes al principio del papel que estas sociedades están llamadas a desempeñar en el futuro; primeramente, ellos no piensan más que en resistir a la explotación del capital o en obtener algunas mejoras concretas; pero pronto, los grandes esfuerzos que hacen para sólo conseguir a veces resultados

insuficientes, o incluso algunas veces negativos, les llevan fatalmente a buscar con ahínco las reformas radicales que pueden emanciparlos de la opresión capitalista. Entonces, comienzan a estudiar las cuestiones sociales y a enviar representaciones a los congresos obreros.

El Congreso de la Asociación Internacional que tuvo lugar en Basilea, en Septiembre último, ha aconsejado a todos los trabajadores a agruparse corporativamente en sociedades de resistencia, con el fin de asegurar el presente y prepararse para el futuro. Me propongo hacer un estudio sobre las diferentes formas de sociedades obreras corporativas y sobre su progresivo desarrollo, a fin de hacer conocer a los trabajadores que aún no se han integrado en ellas, las ventajas que pueden resultar de su organización, y de hacerles aprovechar la experiencia duramente adquirida en estos últimos años por las otras corporaciones. Es preciso que los nuevos grupos se coloquen al mismo nivel que los antiguos, ya que sólo por la solidaridad, y por la unión universal de los trabajadores de todas las profesiones y de todos los países, llegaremos con toda seguridad a la supresión de privilegios y a la igualdad de todos.

E. Varlin

«La revolución en traje de obrero»

Varlin hace todo lo posible para desarrollar estas sociedades

obreras y, lo que es más, darles una dimensión más organizada federándolas. Lo que no es una pequeña labor, ya que la estructura misma de las corporaciones había separado a los trabajadores, aislándoles en el ghetto de la especificidad profesional, y algunas veces incluso creando conflictos violentos en el interior mismo de cada corporación. Era pues toda una mentalidad ancestral la que había que hacer evolucionar, sobre todo la que poseían los artesanos de París, que aún pensaban en términos del pequeño taller y del pequeño patrón. Pero las crisis económicas cíclicas, la competencia de la máquina, el alza constante de los precios, la inestabilidad en el empleo, y por otra parte la acción múltiple de la Internacional apoyando las huelgas, y propagándolas más allá de la frontera, todo eso libera a la clase obrera de sus antiguas argollas para proyectarla hacia una lucha cada vez más unificada y organizada.

En París, Varlin consigue agrupar sesenta sociedades obreras; otras federaciones lo hacen en Rouen, Marseille y Lyon. A comienzos de 1870, Varlin consigue igualmente federar las diferentes secciones de la AIT. Y de esta forma se configura un embrión de poder obrero, que nos muestra Jules Vallès en un pasaje de *«El insurrecto»*:

¿Conoce usted, entre el Templo y el Castillo del Agua, no muy lejos del Ayuntamiento, una plaza muy húmeda y encajonada entre algunas hileras de casas? Están ocupadas en los pisos bajos por pequeños comerciantes cuyos niños juegan en la acera. No pasan coches. Las buhardillas están repletas de pobres.

A este triángulo vacío se le llama la plaza de la Corderie... Mira bien la casa que está detrás del cuartel y mira al mercado. La más apacible de todas. ¡Subid!

En el tercer piso, hay una puerta que se podría derribar de un empujón, y por la cual se entra a una sala grande y vacía como un aula de colegio.

¡Saludad! He aquí el nuevo Parlamento.

Es la Revolución, la que está sentada en esos bancos, allí, de pie contra esos muros, apoyada en esa tribuna: ¡La Revolución en traje de obrero! Es aquí donde la Asociación Internacional de Trabajadores celebra sus sesiones y donde la federación de corporaciones obreras da sus citas.

En Octubre de 1869, el poder imperial intenta vencer una vez más la resistencia obrera. En las minas de Aubin, en el Aveyron, el ejército dispara sobre los huelguistas. El balance es sangriento: catorce muertos, de los cuales, dos mujeres y un niño.

Varlin y los Internacionales firman un manifiesto, incitando al reagrupamiento de las fuerzas obreras para combatir al capital:

Los delegados de las sociedades obreras, reunidos para ultimar un pacto federativo, protestan con toda su energía contra los actos sangrientos de que han sido víctimas los trabajadores de las minas de Aubin. En vista de estos atentados contra la vida y los derechos del pueblo, declaramos que nos es absolutamente imposible vivir bajo un régimen social en el cual el capital responde a

manifestaciones quizá en alguna ocasión turbulentas, pero siempre justas, con los disparos. Los trabajadores saben lo que tienen que esperar de esta casta, que no ha exterminado a la aristocracia, más que para heredar sus injustas pretensiones.

¿Merecía la pena que para llegar a tales resultados, el pueblo tuviera que sellar con su sangre la proclamación de los derechos del hombre? Los hechos acaecidos nos autorizan a afirmar nuevamente que el pueblo no puede esperar el triunfo de la justicia, más que de sus propios esfuerzos.

Apoyar, popularizar las huelgas.

A pesar de estas represiones sangrientas, los obreros multiplican las huelgas. En Elbeuf, los hilanderos de la lana, en París los curtidores.

E, incansablemente, Varlin organiza un gran movimiento de solidaridad, como vemos a través de esta carta a Emile Aubry:

París, 8 de Noviembre de 1869

Mi estimado Aubry:

Te escribo estas palabras, con el fin de explicarte la situación en la que nos encontramos aquí, y de prevenirte

con tiempo que no puedes contar con París esta semana, y para que podáis hacer un nuevo esfuerzo en otras secciones y obtener los recursos que necesitáis.

Ya te he hablado de la huelga de los curtidores y de la difícil situación en la que nos pone. Los delegados de las sociedades obreras se han comprometido moralmente en sus asambleas generales, empujándoles a la huelga general y asegurándoles la ayuda monetaria de las sociedades obreras. Una vez comprometidos ante los obreros e incluso ante los patronos curtidores (pues todos los miembros de la cámara sindical de los patronos se presentaron a una asamblea general de los obreros a la cual habían sido invitados), sostuvieron que la promesa que se había hecho sin titubeos, pero sin pensarlo bien, no sería vana sin embargo, teniendo que hacer grandes esfuerzos para conseguir cumplirla.

Se pensaba que la huelga no podía durar más de ocho días dada la cantidad considerable de mercancías en fabricación (alrededor de 1 millón), y que se echa casi completamente a perder si permanece detenida durante quince días o tres semanas como mucho. Se esperaba que los patronos se rindieran si la primera paga se repartía íntegramente, ya que los patronos pensaban que no se encontraría la suma en cuatro días. Eran necesarios 8.000 francos; la primera paga se hizo, pero los patronos no se rindieron: nueva asamblea general de los obreros curtidores, nuevas promesas de los delegados; mas tarde, después de la asamblea, reunión de los delegados para cambiar pareceres. Se necesitaban para el domingo, ayer,

12.000 francos. En tiempos normales, esta suma se hubiera encontrado con bastante facilidad, pero hoy las cajas están agotadas. Sin embargo pudo ser encontrado más o menos, y la paga pudo efectuarse, pero ¡mediante qué esfuerzos!

Hoy nos preparamos para la paga del domingo. Las sociedades desplazan sus últimos fondos, venden sus últimas acciones; la suscripción en los talleres se lanzan hasta el último extremo y, para sacar dinero de todos sitios, vamos a hacer una reunión pública esta semana sobre el problema de las huelgas actuales, ya que no debemos olvidar que, además de los curtidores, tenemos a los fabricantes de brochas en huelga desde hace seis semanas; los tejedores sobre cañamazo desde hace ocho semanas; los doradores de madera desde hace quince días, y... a todos los hiladores de lana a quienes de ninguna manera olvidamos.

Si algunas de nuestras huelgas finalizaran, aún podríamos ayudarlos; pero debes comprender que en este momento todos nuestros esfuerzos son para París.

Varias veces ya se me ha preguntado si no sería posible obtener algo de la provincia o del extranjero. Pero yo contesté que la provincia os sostiene; en cuanto al extranjero, tú ya conoces mis gestiones. Hasta el momento sin resultado. Me alegraría saber si Bruselas se ocupa de nosotros; acudid a ellos. Yo mismo voy a escribir hoy aún. Recibí tu manifiesto, y lo he llevado inmediatamente a La Réforme y al Réveil. Aparecerá, sin duda, mañana.

Le Travail, al publicar un artículo sobre Elbeuf que lo resume perfectamente, no ha tenido lugar para hacerlo reproducir.

9 de Noviembre

Nuestra reunión pública tendrá lugar el domingo próximo: procura enviarme para ese día las últimas noticias de nuestra huelga, para que podamos darlas a conocer.

Fraternalmente tuyo.

E. Varlin

«Un periódico para afirmar el socialismo revolucionario»

Para romper el aislamiento que contribuye el fracaso de ciertas huelgas, los Internacionales empuñan de nuevo el arma de la prensa. En Suiza, en Bélgica y en la mayor parte de los países de Europa se crean varios semanarios, órganos de la AIT. Los franceses publican regularmente allí, tanto noticias como análisis de la situación. Varlin está entre los escritores más asiduos. Incluso en Francia, en donde el régimen se ha visto obligado a liberalizar la prensa, participa con sus camaradas en la fundación de diarios como *Le Commerce* o *Le Travail*.

Pero el acontecimiento verdaderamente importante es la aparición de un nuevo diario, el 19 de Diciembre de 1869, *La Marseillaise*, lanzado por Henri de Rochefort que está en la oposición desde hace algunos años y que acaba de ser elegido

diputado de Belleville. Periodista muy popular por lo mordaz de sus ataques contra el régimen.

Varlin y sus camaradas de la AIT forman parte de la redacción. Varlin precisa los objetivos del periódico a sus corresponsales Aubry y Richard:

París, 25 de Diciembre de 1869

Mi querido Aubry:

Le Travail ha muerto; ya no reaparecerá más. He esperado hasta hoy para darte informaciones precisas y definitivas. No es ni por la presión administrativa ni a causa de malversaciones, por lo que ha cesado de aparecer. Había sido creado por la iniciativa de Douvet y con sus propios recursos; la fianza había sido anticipada por él; en fin, era propiedad suya; al no cubrir sus gastos, el periódico ha debido pararse.

Douvet se equivocó, en este asunto, al no prevenimos con algún tiempo de anticipación, puesto que podríamos tal vez haber encontrado el medio de afianzar su existencia. Actuó solo, y fue sólo en el último momento cuando nos anunció que el periódico no podía continuar y que dejaba de aparecer. El fin desastroso de la huelga de los empleados de comercio fue el último golpe que recibió Le Travail, que había sido fundado con la ayuda de la cámara sindical de los empleados de comercio, bajo el título Le Commerce. Un gran número de abonados entre los empleados de comercio aseguró su existencia en los primeros tiempos; después de su derrota, no renovaron sus abonos. Avisados con tiempo,

hubiéramos podido salvar esta dificultad. Ahora, habiendo todo acabado de este lado, es preciso que nos volvamos a otros; es lo que acabo de hacer. He ido esta mañana a ver a Millière, el director de La Marseillaise, y te mando inmediatamente un abono, al igual que a los otros corresponsales de la Internacional que pagaréis, espero, enviando de vez en cuando artículos sobre el movimiento social en nuestra comarca.

Es necesario que te dé algunas explicaciones sobre La Marseillaise, no sea que vayas a creer que no es más que una máquina de guerra contra el imperio. Desde hace mucho tiempo, el partido socialista sentía la necesidad de tener un órgano para favorecer la propagación de sus doctrinas, y para defenderlas de los ataques de los diarios burgueses de todos los partidos, los únicos existentes hasta entonces. Ya se habían hecho gestiones para llegar a crear un periódico, cuando las últimas elecciones vinieron a facilitar la labor, al agrupar a todos los ciudadanos activos del partido socialista alrededor de Rochefort, y conduciéndole al Cuerpo Legislativo, a pesar de todos los ataques, de todas las críticas, y de todas las calumnias que los periódicos publicaron sobre él. Después de esta elección, la necesidad del periódico se hacía más imperiosa; con Rochefort en la Cámara, era necesario un periódico en el país, para afirmar y apoyar el socialismo revolucionario. Fue así como se concibió La Marseillaise.

Para hacer un periódico en Francia, sobre todo un periódico diario que pueda hacer frente cada día a los otros periódicos, es preciso mucho dinero, y el partido socialista,

entre los demás partidos, se distingue por su escasez de medios. Con sus propios recursos, es evidente que no se hubiera podido crear un órgano, pero con Rochefort la dificultad estaba salvada, no por su fortuna, ya que no era demasiada, sino por su nombre.

Un periódico hecho por Rochefort tiene asegurado el éxito. En Francia la masa es atraída antes que nada por lo que brilla, y como la seguridad del éxito da confianza a los capitales, Rochefort ha encontrado fiadores. Con la cuestión financiera solventada, el resto era más fácil.

Los socialistas acérrimos y sobre todo los miembros de las sociedades obreras se han reunido en asamblea privada y han discutido las condiciones en las cuales se haría el periódico. Millière, nombrado director, se encarga al mismo tiempo de mantener la línea socialista del periódico. Esta línea ha sido afirmada por la casi totalidad de los delegados de la Internacional en el Congreso de Basilea, es decir, el socialismo colectivista, o comunismo no autoritario.

Los fundadores se proponen no solamente hacer propaganda, sino también reunir a todo el partido socialista europeo, y establecer, por medio del periódico, relaciones permanentes entre todos los grupos.

En una palabra, preparar la revolución social europea. Para informarte más concretamente del espíritu de los fundadores, debo decirte que en nuestras reuniones, hemos sido casi unánimes, en reconocer que no estábamos preparados para la revolución; que era preciso aún un año

o dos de propaganda activa hecha por el periódico, de reuniones públicas y privadas y de organización de sociedades obreras, para llegar a ser dueños de la situación y estar seguros de que la revolución no se nos escapará de las manos en beneficio de republicanos no socialistas.

La parte política del periódico no es más que un accesorio, ya que un periódico debe ser variado para que pueda ser leído; la parte social es la mas importante para nosotros. Es necesario que nos esforcemos en convertirla en interesante y seria, para que cada día cobre más extensión en el periódico. Por ello necesitamos del concurso de todos nuestros amigos, me decía Millière en nuestra entrevista de esta mañana.

La semana próxima, empezaré, con nuestro amigo Malon, a proporcionar algunos artículos para reforzar la redacción socialista que hasta el momento no se compone más que de Millière, Verdure y Dereure, exdelegado de la Cámara sindical de zapateros del Congreso de Basilea. Con tu concurso y el de otros corresponsales de la Internacional, conseguiremos que La Marseillaise sea un órgano serio y un poderoso auxiliar. Contamos con vosotros.

Ahora, una pequeña observación: los artículos cortos siempre se leen más; por consiguiente, cuando tengas muchos hechos que consignar, envía dos pequeños artículos en lugar de uno largo; eso creará más variedad, y dará más atractivo al periódico, además de que estarás más seguro de ser leído.

En cuanto a las suscripciones como resulta imposible que un trabajador pueda gastarse 54 francos por año para su periódico, podrías aconsejar a tus amigos que se agrupen en número de cinco, diez o más, con el fin de coger suscripciones colectivas. Te cito el ejemplo de La Marmite, donde, mediante 20 céntimos a la semana podemos leer seis periódicos diarios y varios semanarios.

Le Siécle es quizás también en Rouen el periódico de los comerciantes de vino y taberneros. Podrías organizar contra él una campaña similar a la que se ha hecho en París y de la cual puedes leer algunos extractos en Le Travail.

Es necesario combatir a nuestros enemigos por todos los medios posibles, y en el punto en que nos encontramos, nuestros mayores enemigos son los republicanos moderados, y los liberales de todas las tendencias.

No te cuento nada de la huelga de los curtidores que hemos declarado concluida desde hace diez días, y que deja una estela de 400 hombres sin trabajo, a los que no podemos proporcionar ni siquiera pan. Anteayer, querían ir a saquear sus anteriores talleres y a perseguir a los esquirols que les han reemplazado. Felizmente se les ha retenido, pero ya estamos fastidiados de este asunto. Los huelguistas han ido a ver a Rochefort a la Cámara Legislativa, no sabiendo a quién encomendarse; les ha enviado a la oficina de La Marseillaise, donde se les dio 200 francos, que los hambrientos se han repartido en la plaza de las Victorias.

Cuando desees obligaciones para su taller social me lo comunicas: te las enviaré.

Un abrazo fraternal.

E. Varlin

Capítulo Sexto

Presencia en las luchas obreras

La ira de las masas parisinas

Es precisamente el asesinato de un joven periodista de *La Marseillaise*, Víctor Noir, a manos de un miembro de la familia imperial, el que revela, en el gran día, la ira hirviente de las masas parisinas, al mismo tiempo que su capacidad para no estallar prematuramente en un movimiento insurreccional. Cedamos la palabra a Jules Vallès que en su libro «El Insurrecto» explica con la precisión que le otorga su posición de clase, ese clima de ira popular:

En la espera, París se agita. Hay una reunión en Belleville. En la gran sala de Folies, el pueblo se amontona rugiendo.

Por encima de la oficina, ondeaba un velo fúnebre, y a la sombra de este harapo se agolpaban alrededor del féretro las explosiones de furor contra el asesino y los emplazamientos a la lucha.

«¡Es preciso acabar con esto!».

De nuevo una frase que fue lanzada antaño, en las horas trágicas, una palabra recogida en el horizonte de la historia, es la que sale del cementerio de los insurrectos de otros tiempos, para convertirse en el lema de los insurrectos de mañana.

Mujeres por todos los lados. —¡Gran signo!

Cuando las mujeres se mezclan en la lucha, cuando el ama de casa empuja a su marido, cuando arranca la bandera negra que ondea sobre la marmita para enarbolarla por la calle, es que el sol sale sobre una ciudad en revolución.

El 12 de Enero, son más de 100.000 personas las que protestan contra un régimen corrompido y sangriento siguiendo al cortejo fúnebre de Víctor Noir. Una muchedumbre indignada y armada por si acaso...

Vallès estaba en el cortejo:

Por todos lados, bien en pequeños grupos o en batallones como nosotros, París asciende hacia Neuilly. Caminamos al paso en grupos de cien y cogidos del brazo en grupos de cuatro.

Son pedazos de ejércitos los que se buscan, son jirones de República los que se pegan a la sangre del muerto. Es la bestia que Prudhomme llama la hidra de la anarquía que saca sus mil cabezas, unidas a un tronco de una misma

idea, con ascuas de ira que brillan desde el fondo de sus órbitas.

Los labios no silban; el guiñapo rojo no se mueve apenas. No hay nada que decir porque se sabe lo que se quiere.

Los corazones se hinchan con la esperanza de la lucha —las gargantas también.

Si entráramos dentro de esta multitud encontraríamos todos los pertrechos de los artesanos, toda la chatarra de las cocinas: el cuchillo, la chaira, el taladro, la lima, los cubrecabezas de corcho, todos preparados para agujerear la carne de los soplones. ¡Como veamos a uno... lo despedazamos!

¡Y ojo con los policías! Si desenvainan, chocaremos las herramientas de trabajo con las de matar.

Toda esta cólera en potencia no explota. Con gran pesar del gobierno, que contaba con la formación de barricadas y de enfrentamientos, en los que iba a mostrar su fuerza, yugulando el movimiento. Engels comenta el suceso en este sentido en una carta que dirige a Marx el 1 de Febrero de 1870: «¿Qué más se puede desear (en los medios gubernamentales) que sorprender en las afueras de París, o incluso en el interior de las fortificaciones que tienen pocas salidas, a toda la masa revolucionaria de París «en flagrante delito?»».

Varlin por su parte analiza la situación de la misma manera, subrayando la necesidad de no dejarse desbordar por los acontecimientos, sino al contrario dominarlos, preverlos y

organizados. Observamos estas preocupaciones en las siguientes cartas:

Estimado Bastelica:

Acepto de muy buen grado el puesto que me ofrecéis y que forma parte de mis atribuciones de secretario de correspondencia de la cámara federal.

Aquí también nos ha cogido de sorpresa, y por ello hemos tomado nuestras medidas para no encontrarnos nunca más en una situación tan inestable. La cámara federal apenas constituida (a decir verdad, no lo está todavía), no estaba para ocuparse de una abstención, o de una acción, en el caso de que se produjera un movimiento político. Ahora bien, sucedió que todos los delegados de la cámara federal se encontraban en el entierro de Víctor Noir, sin que se hubiera acordado nada, los unos querían ir a París, es decir a combatir; los otros más circunspectos, querían mantener el carácter pacífico de la manifestación; por otra parte, fueron los dos sentimientos que durante toda la jornada dividieron a la muchedumbre. Debo añadir que la mayor parte de los miembros de nuestras sociedades se encontraban también en el entierro sin que antes tampoco se hubiera acordado nada, lo cual hacía ver el mismo problema, es decir, la división de opiniones.

Esta situación nos emocionó, y al día siguiente la sesión de la cámara federal se dedicó casi totalmente a la discusión de lo que habría que hacer en un caso parecido; estas situaciones se suceden y se sucederán, y no hace falta

decir que, si se dan, algunos optarán por la batalla haciéndose masacrar, mientras que otros no pensarán ni siquiera en la lucha.

Pero de ahora en adelante trataremos de consultarlo todos juntos. Además nos hemos puesto en contacto con Rochefort, que, por su parte, no intentará ninguna acción, sin contar con nosotros; de esta forma, podremos contar con la unidad de acción si es necesaria en un caso parecido.

La intervención de la provincia podrá sernos útil para desconcertar al gobierno. Tomo nota de vuestra proposición con alegría e ilusión, y voy a tratar de conseguir la participación de otros centros: Lyon, Rouen, Roubaix, etc.

Saludos y fraternidad.

E. Varlin, París, 19 de Enero de 1870

Estimado Aubry:

Contesto a tu carta del 17 de los corrientes. Estás equivocado si piensas que la influencia de nuestra federación ha contribuido probablemente a impedir que la manifestación del 12 de Enero se transformara en insurrección. Los delegados de la cámara federal no se habían reunido ni citado con antelación, se encontraron todos, con la mayoría de los miembros de las sociedades

obreras en el entierro de Noir; y te aseguro que la mayor parte de ellos estaban dispuestos a actuar si Rochefort hubiera dicho: «¡A París!».

Rochefort era dueño del movimiento. Fue bastante inteligente y razonable como para no dar una orden funesta y enviar a la masacre a los mejores soldados de la revolución.

Es sólo a él a quien debemos agradecer el desenlace de la jornada. En cuanto al pueblo, si no se lanzó a la ofensiva por sí mismo, fue porque en primer lugar faltaban las armas, y porque, además, comprendía que la posición estratégica era de las peores.

Los delegados de la cámara federal vieron el peligro que representa para la causa popular el abandonar la dirección a uno o a varios hombres.

Circunstancias parecidas a las del 12 pueden repetirse. Es necesario que la población obrera no esté expuesta a que en un barrio la contraseña sea «combate» y en otro «calma». Para evitar cualquier malentendido peligroso y para impedir también que algunos individuos se apoderen del movimiento, hemos decidido que de ahora en adelante seguiremos con atención el movimiento político, y que en cualquier ocasión nos consultaremos sobre lo que hay que hacer. El espíritu se eleva; la revolución progresa; no hay que dejarse desbordar.

No creo que los partidos burgueses multicolores deseen ahora la revolución. Desde hace un año las ideas se han

esfumado, y temen el socialismo, que ven crecer. Sin lugar a dudas una revuelta derrotada les satisfaría, ya que sería una ocasión para proscribirnos; pero nosotros seremos tanto mas prudentes cuanto más solos nos encontremos. Debemos de un solo golpe cortar todas las cabezas de la hidra; no podemos fallar, por eso dudamos.

Si, sin embargo, como tú dices, se agravan los derechos restringidos de los cuales disfrutamos; si, por ejemplo, se arranca a Rochefort de su escaño para encerrarlo en prisión, ¿qué deberíamos hacer?...

E. Varlin

Huelga en el feudo del «zar del Creusot»

Al mismo tiempo, pero esta vez en provincias, se manifiesta la resistencia obrera. Y además en el corazón mismo del bastión industrial del Imperio, en los dominios de «el zar del Creusot», Eugène Schneider. El Creusot en 1870 es la más fuerte concentración obrera de Francia e incluso de Europa continental: 10.000 productores que extraen carbón o trabajan el hierro en los altos hornos y talleres. Es también el feudo capitalista por excelencia donde se manifiesta la unión patronato-poder de forma más escandalosa, ya que Schneider es a la vez el gran amo de este complejo industrial y presidente de la Cámara Legislativa.

El Creusot es una población obrera, muy a menudo de origen rural, con frecuencia analfabeta, ferozmente explotada: condiciones espantosas de trabajo, alza del coste de la vida, baja de salarios, omnipresencia de la explotación patronal, apoyándose, por supuesto, en el poder llamado espiritual de la Iglesia.

Pero, cansados de fatigas y miserias, los trabajadores del Creusot, después de años de silencio y de sumisión, manifestarán bruscamente su existencia votando masivamente en Enero de 1870, por la gestión obrera de su monte pío y eligiendo entre ellos delegados. E incluso dejan de trabajar en todos los talleres el 19 de Enero, cuando se enteran de que tres de sus delegados han sido despedidos.

¡Un verdadero trueno en el cielo patronal!

Schneider hace venir inmediatamente 3.000 soldados y ordena la vuelta al trabajo para el 23 de Enero. Pero, ese día, sólo 123 obreros se presentan en los talleres. Es la primera vez que Schneider recibe un revés obrero de tal fuerza. Y, hecho más grave aún, el acontecimiento encuentra eco en la prensa que envía reporteros.

La Marseillaise, el diario más leído —ya que tiene una tirada de 100.000 ejemplares—, lanza una campaña en favor de los huelguistas. Los Internacionales de París publican el 27 de Enero, un manifiesto al final del cual encontramos naturalmente la firma de Varlin:

Doce mil obreros de Creusot están en huelga. Piden la gestión de su sociedad de socorro mutuo, la vuelta a los

talleres de sus camaradas despedidos sin motivos, y el despido de un capataz, causa principal del conflicto.

Como siempre en circunstancias parecidas, el director ha pedido y obtenido la ayuda de la fuerza militar. Así como en Lépine, como en Dour, como en Seraing, como en Frameries, como en La Ricamarie, como en Carmaux, el ejército es colocado enfrente de los obreros cuya presencia molesta y exaspera.

¿Cuáles serán las consecuencias? ¿Será una nueva hecatombe de proletarios?

Nunca sabríamos protestar bastante contra el propósito tan singular de estas gentes que, no contentas con detentar todas las fuerzas económicas, quieren disponer además, y lo hacen, de todas las fuerzas sociales (ejército, policía, tribunales, etc.) para el mantenimiento de sus exclusivos privilegios.

Tales son las consecuencias de la egoísta y burguesa doctrina de la economía política.

Los economistas desconociendo de hecho la complejidad de los fenómenos sociales y, descuidando el aspecto intelectual y sobre todo moral, reducen la ciencia social a las condiciones del mercado.

*El industrialismo es el causante de ello. En este sentido, la alteración del sentimiento social ha llegado a un punto tal que los industriales, al preconizar enérgicamente el anárquico *laissez-faire*, *laiser-passer*, desconocen en efecto*

el derecho del trabajador, en el momento actual, a negar su ayuda a un trabajo demasiado opresivo y demasiado mal remunerado.

Todopoderosos ante un obrero solo lo oprimen en nombre de la pretendida libertad económica, pero tan pronto como se encuentran ante una fuerza obrera colectiva piden la represión en el nombre del orden. ¿Es que su estrechez de miras les hace creer que el orden verdadero no es más que el aplastamiento de los productores y el ahogo de toda aspiración legítima?

A la vista de este hecho extraordinario, por lo demás, en nuestro estado de opresión, política y de anarquía industrial, en un estado que deja en la miseria a los mismos que han producido la inmensa acumulación de capital suficiente para la creación del bienestar físico y moral, si existiera una justa repartición de los productos —hemos creído tener que alzarla voz.

Una vez constatada la injusticia de nuestro régimen económico y sus deplorables resultados, felicitamos a nuestros hermanos de Creusot por su calmada reivindicación y por la dignidad de su actitud.

Este manifiesto con muchos otros artículos de denuncia apareció en el periódico de Rochefort, *La Marseillaise*. El poder intenta, pues, dar a la cabeza, haciendo arrestar a Rochefort el 7 de Febrero. Pero este arresto de todo punto arbitrario de un hombre conocido y popular produce perturbaciones en París. Encontramos eco de ello en una carta de Varlin a Richard:

París, 9 de Febrero de 1870

A las 5 de la tarde

Mi querido Richard:

¡Desde el lunes por la tarde, estamos con el ¿quién vive? Hubo intentos de formar barricadas, alertas, cargas de caballería y de agentes de policía; pero hasta ahora nada serio.

Ayer por la tarde, martes, una delegación obrera fue en busca de algunos diputados de izquierda para pedirles que dimitieran en protesta contra el ultraje hacia el sufragio universal cometido por el ministerio Ollivier. Si los diputados hubieran accedido a esta petición, sería la señal para un levantamiento general; los obreros estaban preparados: un acto de los diputados burgueses habría arrastrado a la burguesía y, a la vista de la unanimidad de levantamiento, el ejército habría ciertamente dudado y la revolución estaría hecha.

Pero la gestión era en vano, con seguridad; no se podía esperar nada de esos señores, lo sabemos desde hace mucho tiempo. Una entrevista ha debido tener lugar hoy, pero... no conozco su desenlace aunque lo supongo.

¿Podrías tomar, en Lyon, la iniciativa de una manifestación enérgica para conseguir la dimisión de los diputados lyoneses? Raspad aceptaría muy probablemente; esto sería, para muchos ciudadanos, la decadencia de toda la izquierda, definitivamente; pues lo principal, el único

resultado que se puede sacar de las gestiones realizadas, no es más que el descrédito cada día más grande de los hombres de la izquierda, de los republicanos burgueses.

Pronto te mandaré más detalles.

Tuyo.

E. Varlin

Los Internacionales de París publican una nueva protesta contra la política represiva del régimen:

La soberanía popular ha sido pisoteada. La indignación llega al máximo: se dan valientes muestras de energía.

Por primera vez desde hace 19 años, se han levantado barricadas; la sangre de ciudadanos desarmados, a veces de niños inofensivos, ha corrido bajo las feroces cargas de la policía.

La revolución moral está hecha. Podemos decir a todas las opiniones honradas: la ruina, la humillación, la vergüenza se van a acabar. La revolución, puede decirse, está empezando a hacerlo.

En circunstancias tan solemnes, el deber de todo buen ciudadano es decir con orgullo lo que piensa sobre la línea de conducta a seguir; es lo que, por nuestra parte, hacemos.

Aunque estamos decididos a arriesgar nuestras vidas por el triunfo de la revolución, lo decimos sinceramente, nos parece que no ha llegado aún el momento de emprender una acción decisiva e inmediata.

La revolución avanza a grandes pasos; no obstruyamos su marcha con una impaciencia muy legítima, pero que podría convertirse en desastrosa.

En el nombre de la república social que queremos todos, en el nombre de la salvación de la democracia, invitamos a nuestros amigos a no comprometer una situación tal.

Cada hora nos da oportunidades nuevas. Ya que cada hora disminuye las fuerzas del despotismo y aumenta las nuestras.

Estamos llegando al fin.

No permanezcamos de brazos cruzados. Entre el bonapartismo y Francia, la separación es clara. Actuemos mediante la propaganda, y sobre todo mediante la organización; en una palabra, aceleremos el triunfo definitivo, pero no lo pongamos en peligro con una acción demasiado precipitada.

«Cuando la arbitrariedad y la injusticia hayan desaparecido...»

Este texto no será firmado por Varlin, puesto que entretanto,

el 13 de Febrero, el poder lo arresta, intentando así conseguir otro responsable del conflicto del Creusot. Varlin es arrojado en secreto a la prisión de la Santé; y la policía se apodera de todos los papeles que encuentra en su domicilio.

Numerosas protestas se elevan, como es lógico, ante este nuevo arresto arbitrario. Temiendo sin duda un proceso o por faltar un cargo de acusación preciso, la justicia imperial suelta a Varlin, el 26 de Febrero, sin darle explicaciones. Varlin, tan pronto como sale de la cárcel, reemprende sus actividades de apoyo y propaganda, como lo demuestran las cartas siguientes:

París, 19 de Febrero de 1870

(Prisión de la Santé)

Cámara Federal de las Sociedades obreras, París.

Estimado Richard:

Dato la presente en la prisión de la Santé donde he cometido la tontería de dejarme encerrar. Qué quieres, no creía que el mandamiento fuera serio. Después de haberme apartado durante cinco días, no obstante sin esconderme, me dejé atrapar a la salida de la asamblea general de La Marmita.

En fin pasemos a hablar de nuestros asuntos.

Si voy a permanecer largo tiempo prisionero, con seguridad la cámara federal me sustituirá como secretario. Entre tanto, tengo que hacer una última comunicación que

los acontecimientos me han impedido mandártela antes.

Como te preveía en una de mis últimas cartas, la cámara federal no puede enviar delegación a vuestra próxima asamblea general. La razón es la que ya te indicaba: la dificultad que tenemos para cubrir los gastos de la federación. Merece la pena que te indique las razones de esta dificultad financiera en la que nos encontramos, sera tal vez una enseñanza de la que puedas beneficiarte con vistas a la organización de vuestra federación.

Conoces la existencia de la caja federativa de prevención de los cinco céntimos («caisse du sou»); te envié, creo, algunos ejemplares de sus estatutos. Es una federación restringida en lo que concierne a sus objetivos, es verdad, pero que ya ha rendido numerosos servicios a las corporaciones en huelga desde su fundación en 1863. Todas las corporaciones adheridas deducen cinco céntimos sobre la cotización de sus miembros por semana para así constituir un fondo de solidaridad general, al cual renuncian las corporaciones adheridas para su uso propio y que se emplea especialmente para ir en ayuda de las huelgas; el comité federal vota directamente préstamos sobre estos fondos.

Por antagonismo con la «caisse du sou», los broncistas y otras corporaciones obreras, que tomaron la iniciativa de la cámara federal se opusieron enérgicamente a que las sociedades adheridas se comprometieran materialmente de alguna manera. Los gastos debían repartirse después de haberlos hecho.

Discutimos durante dos meses al menos para saber si ellos serían repartidos entre las sociedades adheridas a partes iguales o en razón del número de sus socios, este último sistema terminó por prevalecer y se aceptó definitivamente. Actualmente tenemos ya gastos relativamente considerables en concepto de instalación de nuestra sede, gastos de correspondencia, de oficina, de reunión, de impresión, etc. Todos estos gastos han sido adelantados por algunas sociedades deseosas de ver a la cámara federal establecerse. Pero hay que saldarlos definitivamente, y se duda a la hora de votar las contribuciones necesarias. Se ha hecho ya un llamamiento que supone 10 céntimos por socio; esto es insuficiente, pero es preciso que primero ese desembolso sea hecho para pedir una nueva contribución.

En suma, continuamos con una lentitud y unas desavenencias imposibles. Te aconsejo decididamente que pidas, como la caja, 3 céntimos por semana sobre la cotización de los miembros de las sociedades adheridas, o, lo que viene a ser lo mismo, como a la federación de Rouen, 20 céntimos por mes por cada miembro.

De esta forma, siempre tendrás un fondo suficiente no solamente para cubrir todos los gastos de la federación, sino también para constituir un capital de garantía para los préstamos que vuestra federación pudiera hacer. Por ejemplo: yo hubiera deseado que nuestra cámara federal garantizara las obligaciones que emitimos para el taller de producción de los curtidores; hubiera deseado que, cuando nos hemos dirigido a las sociedades obreras de provincias o

del extranjero para obtener préstamos en favor de las huelgas parisinas, nosotros pudiéramos igualmente garantizar estos préstamos. Pues los curtidores, los sastres, los mecánicos de Bruselas, etc., no conocen a los curtidores. Ellos pueden confiar en la federación parisina que representa un grupo importante de corporaciones, pero no se les puede pedir que otorguen la misma confianza a una corporación aislada, a la que no conocen.

Y todas esas garantías, necesarias si queremos internacionalizar el crédito, la cámara federal de las sociedades obreras de París no puede darlas, dado que ella está fundada sobre un simple lazo moral.

La «caisse du sou» aventajó a la cámara federal en este último punto de vista. En la huelga de los obreros fabricantes de instrumentos quirúrgicos, que tuvo lugar últimamente, después de la de los curtidores, la «caisse du sou» garantizó un préstamo de 1.000 francos a los tipógrafos de Bruselas.

Igualmente, la federación de Rouen garantizó los préstamos a los hiladores de Normandía. Como garantizó también las obligaciones que acaba de emitir para montar un taller social a los litógrafos de Rouen.

Añadiría aún que subvenciona el periódico que ella misma publica. Si queremos conseguir que todo grupo de trabajadores tenga su propio órgano, como esto es indispensable, es necesario poderle sostener hasta que pueda mantenerse por sí mismo.

Como ves, en este momento represento el papel de secretario infiel, ya que en lugar de servir a la federación a la que represento, la descuido en gran medida. Espero que no me denuncies cuando escribas a otro articulista. Por otra parte, tengo esperanzas de llevarla a una mejor organización. La corporación de los encuadernadores, a la cual yo represento, forma parte al mismo tiempo de la caja y de la cámara federal al igual que de otras corporaciones; nos proponemos conseguir la fusión de dos grupos que se completarán el uno al otro, ya que uno es esencialmente práctico mientras que el otro es demasiado teórico, o más bien idealista; no encuentro la palabra.

Hasta que salga de la prisión, si tienes algunas noticias que mandar a la cámara federal, dirígelas a Theisz, 12 calle de Jessait, al secretario de correspondencia adjunto.

No me escribas aquí, la carta sería leída en el juzgado.

En cuanto a los 200 estatutos de la Internacional que he dirigido a Palix, puedes mandar el montante, es decir, 9 francos, a Dalacour, 52, calle d'Assas, cajero de la sociedad de encuadernadores que proporcionó los anticipos para la impresión.

Salud e igualdad.

E. Varlin

París, 8 de Marzo de 1870

Mi querido Aubry:

Habrás sabido de mi arresto preventivo en la cárcel durante quince días. Después de mi puesta en libertad, provisional sin duda, puesto que no he sufrido tan siquiera un interrogatorio y he salido sin explicación alguna, intento recobrar el hilo de mis ocupaciones, y te aseguro que produce un extraño efecto el ser excluido de la vida pública y reaparecer súbitamente a continuación, sin transición entre ello. Además los montones de papeles, correspondencia, impresos, que se me quitaron y que no me han sido aún devueltos, contribuyen a aumentar la sensación de esta especie de interrupción de mi existencia. Se me ha privado de mi agenda en la cual tengo una gran cantidad de direcciones, y cuando quiero escribir a algún antiguo articulista, si la memoria me falla no sé cómo dirigir mi carta.

¿Y tú quieres que me vuelva menos revolucionario, a la vista de un estado parecido de cosas, que parece agravarse por días? Cuando la arbitrariedad y la injusticia hayan desaparecido, cuando la justicia reine sobre la tierra, no seré revolucionario por mas tiempo, pero hasta que ese día llegue, cree que cuanto más se me exponga a soportar los golpes del despotismo, más me enfadaré con él y mas peligroso me volveré. Pero te equivocas si piensas por un instante que descuido el movimiento socialista en favor del

movimiento político. No, es únicamente desde el punto de vista socialista por lo que busco la acción revolucionaria, pues debes comprender que no podremos hacer nada, en cuanto a la reforma social, si el viejo estado político no desaparece. No olvidemos que en este momento, el Imperio no existe mas que de nombre y que el gobierno es la injuria de los partidos. Si, en circunstancias graves, el partido socialista se dejara adormecer por la teoría abstracta de la ciencia sociológica, podríamos muy bien despertarnos una buena mañana con amos nuevos más peligrosos para nosotros que los que sufrimos en este momento, por que serían más jóvenes y, consecuentemente, más vigorosos y más poderosos.

Al preparar la organización social futura, debemos velar por el movimiento político. Ante la petición de las secciones lyonesas de la Internacional, las secciones parisinas han deliberado sobre el envío de un delegado a la gran asamblea que debe celebrarse en Lyon, el domingo. Fui nombrado ayer tarde delegado, a este efecto, en una reunión de los delegados de las diversas secciones. A continuación se propuso formar una federación de las secciones internacionales parisinas. Una comisión de ocho miembros se encarga de elaborar un proyecto de estatutos que se someterá a continuación a las secciones. Con ella habrá una tercera federación obrera en París; es lamentable, pero en fin, la mala intención de las sociedades parisinas que no quieren unirse a la Internacional nos obliga a ello. En un futuro, veremos si hay posibilidad de fusionarlas.

Las secciones son ya trece. Cinco son corporativas, cinco locales, cinco suburbios o barriadas de París, y tres círculos: círculo de estudios sociales, círculo socialista y círculo positivista.

El movimiento está en vías de arreglo.

Albert Richard me dice, en una de sus cartas, que cree que irás a Lyon. Si es así, y lo deseo, te ruego que me lo comuniques, para ir juntos. Bastelica, de Marsella, allí estará. Habrá también delegados de Ginebra, de las montañas de Neufchâtel y de los alrededores de Lyon. Será, como dices en La Réforme Sociale, un pequeño congreso. Me alegraría mucho que fueras. A parte del mitin, podríamos discutir sobre muchos puntos. Sería de mucha utilidad. He recibido el domingo seis ejemplares del n.º 5 de La Réforme Sociale. Gest me remitió los números dos y tres. Si tú pudieras enviarme el número cuatro, me vendrían bien. Si te quedan aún ejemplares del número uno y dos, y si no te molesta, ¿podrías enviarme o traerme una decena del número uno y una treintena del dos para completar la distribución del Informe de la huelga de Elbeuf a las sociedades parisinas? Pero que quede claro, que si no quedan, no importa...

Varlin acude a Lyon para participar en la gran reunión del 13 de Marzo, que señalará oficialmente los comienzos de la federación lyonesa de las sociedades obreras. Manifestación imponente, pues reúne alrededor de 5.000 delegados así como

numerosas delegaciones venidas de provincias y del extranjero. Varlin, en un artículo aparecido el 30 de Marzo en *La Marseillaise*, comenta este mitin:

La asamblea general de los lyoneses adheridos a la AIT, a la cual tuvimos el honor de asistir, como delegado de las secciones parisinas, fue verdaderamente notable, tanto por el mérito de los discursos pronunciados y la importancia de trabajo realizado, como por el buen orden que no cesó de reinar entre esta numerosa asamblea de cinco mil trabajadores

La burguesía puede continuar negando a los trabajadores las capacidades políticas y organizativas, a fin de hacerse imprescindible para conservar el monopolio de los asuntos públicos, pero la prueba está ahí, y es que los trabajadores saben reunirse por miles, discutir tranquilamente de sus intereses más queridos y de entenderse, casi siempre con unanimidad, sobre las resoluciones a tomar.

¡Que diferencia respecto a las asambleas, por no citar más que la del Palais-Bourbon!

Esta diferencia está muy clara; los trabajadores, en sus reuniones, no tienen que defender privilegios, no es la ambición la que les guía en sus deliberaciones, quieren la justicia para ellos mismos al igual que para todos, y en estas condiciones es fácil entenderse.

El objetivo de esta asamblea de trabajadores lyoneses era reunir en federación a los grupos hasta entonces aislados, y de coordinar sus esfuerzos en una acción común, con el fin

de reunificar las reivindicaciones del trabajo y de hacerlas más pujantes y eficaces.

Hasta el momento los esfuerzos de esta población lyonesa tan activa y enérgica se perdían a menudo en vanas divisiones de opinión. Lo mismo que en París, hace años, unos sostenían que la cooperación bastaba para librar al pueblo de la explotación; otros, los más numerosos, no veían otro medio que la revolución política para sustraer al pueblo de las arbitrariedades y del despotismo.

En medio de estos elementos opuestos, es donde la Asociación Internacional colocó su bandera. En seguida, se convirtió en el punto de mira de todos los ataques, su objetivo era al mismo tiempo la prosecución de las mejoras prácticas realizables en la sociedad actual, y el estudio de la reorganización radical de la sociedad, es decir, la revolución social.

El pasado año tuvieron lugar numerosas huelgas en las cuales la imperiosa necesidad arrastró a la mayor parte de los obreros lyoneses, obligándoles a reconocer que padecían tanto de las condiciones económicas como de las políticas, y haciéndoles dirigirse hacia la Internacional para obtener, el apoyo de sus hermanos de otros países. Con ello, la desilusión que experimentaron al darse cuenta de la traición de los diputados radicales, pero burgueses, a los que habían conceptuado como revolucionarios les llevo a comprender lo que la Asociación Internacional inscribió en el primer punto de sus estatutos, que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

En esta nueva situación tan favorable, debió pensar la oficina lyonesa de la Internacional, en la organización corporativa y federativa de los trabajadores lyoneses, y después de haber ayudado con vigor el pasado año, a la constitución de sociedades corporativas debió, en conformidad con el Congreso de Basilea, completar su obra, este año, al reunir en una federación a todas estas sociedades. Es el objetivo que debía alcanzarse en la última reunión.

«Tendamos una mano amiga a los mineros del Creusot»

Varlin pasa tras esta asamblea lyonesa algunos días en el feudo de Schneider. Se informa, multiplica las conferencias e intervenciones, y todo ello conduce a la creación de una sección de la AIT.

Apenas marchó para realizar otros contactos en provincias, la huelga estalla de nuevo en Creusot, esta vez son los mineros. Schneider saca de nuevo a «sus fuerzas del orden burgués»: tres regimientos comandados por dos generales. Los huelguistas son arrestados. Se crea un comité de huelga, en el que participa un parisino de la AIT, Benoît Malon, joven tintorero. La resistencia se refuerza y se extiende a las mujeres de los mineros, que impiden que los amarillos rompan la huelga. Se hacen suscripciones en toda Francia y en el extranjero por medio de las secciones de la AIT. El 6 de Abril, las secciones de París lanzan un segundo manifiesto en *La Marseillaise*:

Una vez mas, el proletario esclavizado, hambriento, y ultrajado, se rebela contra la opresión aplastante del capital.

La huelga del Creusot presenta el defecto fundamental del estado económico actual, más que todas las que hemos visto hasta ahora.

El suelo, causa primera de la existencia de la humanidad, las máquinas, producto del trabajo colectivo de varias generaciones, están monopolizados en las manos de algunos capitalistas que detentan asimismo los medios de subsistencia de toda una población y obligan incluso a las mujeres a sublevarse, a revolverse desesperadas contra esta monstruosa explotación.

La ley proporciona al capitalista el derecho de reducir a la esclavitud al proletario, por medio del hambre; ¡pero eso no es bastante!

Igualmente, arranca de sus familias a los hijos de los proletarios para someterlos a una disciplina embrutecedora y obligarles a proteger al rico desvergonzado y egoísta, y a intimidar, perseguir y arrestar a sus hermanos que, en un supremo heroísmo prefieren el hambre absoluta a ese hambre lenta que les imponen los potentados de la sociedad moderna.

Aubin, La Ricamarie en Francia, Lépine en Bélgica y Basilea en Suiza muestran que el mal que padecemos no se ha localizado, sino que se extiende a todo el universo.

¡Trabajadores de todos los países, tendamos una mano amiga a los mineros del Creusot, que luchan con tanto ánimo y abnegación por la causa común a todos: la emancipación del trabajo!

¡Y vosotros hermanos! ¡Continuad con vuestra tenaz resistencia, no cedáis, no temáis ninguna resistencia extranjera, el trabajo no tiene fronteras: los trabajadores del mundo entero están con vosotros!

Salud y solidaridad.

Volvemos a encontrar el mismo acento de internacionalismo proletario en este magnífico «comunicado a las mujeres del Creusot» que hacen aparecer los obreros de Lyon, en el número del 13 de Abril en *La Marseillaise*:

Ciudadanas:

Vuestra actitud firme y enérgica, haciendo frente a las insolentes provocaciones del feudalismo actual, es vivamente apreciada por los trabajadores de todos los países, y nosotros nos vemos en la obligación de felicitaros.

No cedáis ciudadanas; demostrad a esta aristocracia desvergonzada y rapaz que los explotados, hoy día unidos y solidarios, no se dejarán intimidar por sus odiosos procedimientos; podemos pasar hambre, ser encarcelados, pero nunca ser sometidos por ellos, porque sabemos que la victoria final nos pertenece.

Ese día los opresores de todas las razas habrán acumulado tantos daños, levantado tanta indignación que, no hace falta ser profeta, para prever una revancha magnífica.

Y sin embargo nuestros gobernantes podrían haber evitado estas eventualidades aceptando las reformas sociales y económicas a medida que iban saliendo a la luz. ¡Pero no! Para arreglar la disputa entre explotadores y explotados, entre parásitos y productores, el Imperio no ha encontrado otro medio mejor que los fusiles, que acaba de poner a disposición de la clase capitalista, su cómplice y aliada, la que, amparada tras los cuerpos de 800.000 soldados, desafía insolentemente al mundo trabajador.

El desafío se ha lanzado, la guerra está declarada y no cesará hasta el día en que el proletariado sea el triunfador, hasta el día en que los mineros puedan decir: ¡las minas son nuestras!, los agricultores: ¡la tierra es nuestra!, y los obreros de todos los oficios: ¡el taller es nuestro!

Veis, amigas, que esta lucha que sostenéis tan valientemente no es más que la primera fase de una gigantesca revolución económica y social, de la cual la historia no ofrece ningún ejemplo, porque su divisa es: ¡no más explotadores, sólo trabajadores!

Permitidnos un consejo, ciudadanas: Sed enérgicas, y no olvidéis que sois hijas del pueblo y madres de familia. Hablad sólo con el lenguaje de la verdad a los soldados que os rodean, víctimas de la desgracia, y sometidos como

vosotras bajo el yugo del despotismo. Decid a esos desgraciados hijos del pueblo, que los hombres que les han ordenado perseguir no son, como se les ha dicho, creadores de problemas, gentes sospechosas ni gentes pagadas por un partido político, sino vuestros padres, vuestros hermanos, vuestros esposos, vuestros amigos, honestos ciudadanos, sus hermanos en el orden social, y que no han cometido otro crimen que el de reivindicar el derecho más sagrado del hombre, el de vivir trabajando. Estad seguras, de que estas palabras les impresionarán, y les harán relexionar sobre el triste papel que les han impuesto al enfrentaros a vosotras, y si conseguís ganarlos para la causa de los oprimidos que es la suya, la de los 5.000 soldados acampados en el Creusot, el proletariado os lo agradecerá eternamente.

Y ahora, ciudadanas, esperando el triunfo de la causa de los trabajadores estrechamos vuestras manos y os gritamos: ánimo y esperanza.

Firman:

Virginie Barbet; Anais Aury; Marie Gillot; Louise Tailland; Marie Pingeon; Clotilde Comte; Anne Jacquier; Louise jacquier; Marie Macón; P. Macón; Eleonore Berlioz; Marie Picoud; Marguerite Robergeon; la esposa de Prost; la esposa de Palix; etc.

Para hacer frente a esta movilización obrera de una magnitud no conocida hasta entonces, el poder pega fuerte: en el

proceso de Autun, los veinticinco huelguistas que están en el banquillo de los acusados soportan duras condenas que llegan hasta tres años de prisión.

Schneider continúa reclutando tropas por toda la región; paralelamente, intenta una atrayente forma de mercachiflería: bonos para pan y tocino, —firmados por el cura, como debe ser— se distribuyen a las mujeres de los huelguistas para conseguir a cambio que convencen a sus maridos de volver al trabajo. La escuela ligada al patronato como la Iglesia, actúa como inquisidora policial, al proponer a los niños como tema de redacción: «La huelga: ¿qué se dice en tu casa de ella?».

Esta huelga sin duda fracasa en el plano de las reivindicaciones mismas, pero su repercusión, y la solidaridad que suscita en todo el país y más allá de las fronteras, el reagrupamiento y la organización de la resistencia obrera en el seno de la Internacional, hacen de ella una auténtica victoria de toda la clase obrera y anuncian otras luchas, aún más duras, en el Creusot mismo, donde un año después será proclamada la Comuna.

«Esta idea de federar a todas las sociedades pertenece exclusivamente a Varlin»

A pesar de que se moviliza para apoyar a los huelguistas del Creusot, no por ello Varlin continuaba menos con sus viajes al Norte, y a Normandía, y con su acción organizadora del movimiento obrero. Como nos muestra esta carta a Aubry, del 11 de Abril, entra en todos los detalles de la organización con

el fin de acelerar el reagrupamiento de todas las fuerzas dispersas. Presiente la inminencia de sucesos capitales para la revolución y la necesidad de actuar rápidamente para estar preparados en el momento que se avecina:

Lille, 11 de Abril de 1870

Estimado Aubry:

El sábado y el domingo mantuvimos dos nuevas reuniones privadas en las que debí explicar otra vez la organización corporativa y federativa de los obreros.

Con el fin de no perder más tiempo, pedí que se entraría rápidamente en la práctica, y, sobre mi proposición, se decidió que se formaría inmediatamente una pequeña sección de la Internacional, que reuniría los esfuerzos de los ciudadanos de buena voluntad de todas las profesiones.

Esta sección deberá tomar la iniciativa en la organización de los sindicatos corporativos, a medida que vaya reuniendo los elementos necesarios, a continuación servirá como lazo federativo entre las corporaciones organizadas.

La sección debe organizarse por medio de un consejo federal, compuesto de nueve miembros nombrados por la asamblea general de todos los socios y de dos delegados de cada corporación federal.

Los socios no encuadrados pagan diez céntimos por semana; y los miembros de las sociedades, cinco céntimos por semana igualmente. Como ves hemos copiado un poco

de tu federación y otro poco de la de Lyon. Creo que ahora el movimiento va a continuar.

Le Progrés du Nord promete apoyar la campaña. Dudo que su participación sea muy activa, pero nos será útil de todas formas para dirigir a las diversas corporaciones comunicaciones y llamamientos, y sobre todo para responder a los ataques, a los que la propagación del movimiento deberá hacer frente. Ya L'Echo du Nord del viernes publicó una pequeña nota con una insidiosa maldad que Le Progrés ha sacado a la luz inmediatamente, lo que forzó a L'Echo a la retirada. Como existen muchas industrias similares entre Normandia y el norte, tu federación está llamada a entablar relaciones con la de Lille. Provisionalmente, puedes dirigir tus comunicaciones a la dirección del ciudadano Patrice, 10 calle de Molinel.

La gran reunión proyectada no podrá tener lugar antes de tres semanas. Lo que importaba después de todo era organizar; y es en lo que nos hemos volcado.

A ti c...

P. D. ¿Podrías mantener correspondencia con Le Progres du Nord? He aquí su dirección: 48, calle de la Esquermoise (filié).

Sus esfuerzos que ya concluyen en París, en lo que respecta a las sociedades obreras, se dirigen el 18 de Abril de 1870 hacia la federación de las secciones parisinas de la AIT (el dossier

policial precisa: «Esta idea de federar a todas las sociedades pertenece exclusivamente a Varlin»).

Paul Lafargue que asiste a esta reunión que agrupa alrededor de 1.200 participantes, hace partícipe a Marx de su entusiasmo en una carta del 20 de Abril:

Lo que tenía de positivo esta asamblea era la necesidad de centralización que todos los miembros sentían, y la conciencia clara y precisa de que la clase obrera poseía su individualidad como clase y su antagonismo con la burguesía. Os habría gustado asistir a esta manifestación, a vos el caballero de la lucha de clases.

El proceso de federación se desarrollaba activamente puesto que en ese mes de Abril de 1870, las secciones de París, Lyon, Marsella y Rouen se federaban preparando la coordinación para el plan nacional, del que hablaba ya Varlin en su carta a Richard, del 20 de Noviembre de 1869:

Obtendríamos así una fuerza considerable, añadía él, y que sería de gran importancia en los acontecimientos que se preparan. Podríamos sobre todo empezar a estudiar los medios de organizar los trabajos una vez hecha la revolución, porque es necesario que estemos preparados para ese día, si no queremos ser frustrados una vez más.

De esta forma la Internacional cobra cada vez mas importancia en la vida política del país, como lo atestigua el extracto de una carta enviada a su padre por Laura Marx —desde hace poco la mujer de Paul Lafargue:

La Internacional hace aquí prodigios. Los obreros alimentan una confianza sin límites en la asociación; se forman secciones cada día. La iniciativa de cada nuevo movimiento entre los obreros, de cada nueva huelga es atribuida en alguna medida a la Internacional, y a su vez cada huelga, como se puede ver, ayuda a la Internacional, atrayendo a sus filas un número siempre creciente de sociedades y de individuos.

Varlin exiliado en Bélgica

Esta influencia, no oculta sino muy manifiesta, inquieta cada día más al poder imperial.

Tanto, que los Internacionales entran directamente en el ruedo político, incitando a los trabajadores a abstenerse en el referéndum organizado por el Imperio. (El problema planteado estaba redactado en los siguientes términos: «El pueblo aprueba las reformas liberales realizadas en el seno de la constitución desde 1860 por el emperador»).

En una carta a Emily Aubry, Varlin precisa las razones de la posición abstencionista de la AIT:

París, 20 de Abril de 1870

Estimado Aubry:

Remité a los delegados de las sociedades obreras los 20 números de La Réforme Sociale, que me enviaste.

En sus dos últimas sesiones, la cámara federal se ocupó a fondo de otras cuestiones, lo que le impidió ocuparse de vuestro congreso. Creo incluso que sería prudente dejarle un poco en segundo plano, a causa del plebiscito, y la preocupación general en este momento.

La cámara federal y las secciones internacionales de París resolvieron hacer un comunicado conjunto antiplebiscitario del mismo.

Protestamos contra el Imperio en particular, y en general, contra todas aquellas individualidades que se creyeran en el derecho de poder formularle preguntas al pueblo sin permitirle discutirlos. Reivindicamos la soberanía absoluta del pueblo, y el gobierno directo por el pueblo. Afirmamos la república social universal. Protestamos contra el plebiscito y contra su resultado, sea cual sea, y recomendamos a nuestros hermanos trabajadores la abstención en todas sus formas. Esta cuestión es la que ha ocupado toda la última sesión de la cámara federal.

Tuvimos el lunes nuestra asamblea general de miembros de las secciones parisinas de la Internacional para constituir la federación. No añadiré ningún detalle más a los que te aportó La Marseillaise. No me sobra el tiempo: debo dejar París mañana por bastante tiempo y tengo aún mucho que hacer. Dirige de ahora en adelante tu correspondencia para la cámara federal a Theisz, 12, calle de Jessaint, en París;

para la caja federativa de los cinco céntimos, a Lombard (secretario), 318, calle de Saint-Martin, en París; para la Internacional, a Langevin, en Grenelle París, 60, calle de L'Eglise.

No puedo enviarte las direcciones de las sociedades parisinas, como me lo pediste; pero, como todas las sociedades forman parte de alguna de las tres federaciones, puedes dirigir tus cartas, para la totalidad de las sociedades que componen una federación, al secretario de dicha federación, que las hará llegar directamente.

La cámara federal cuenta con cuarenta sociedades; en la caja federativa existen veinte; y en la Internacional otras veinticinco.

He tomado las medidas siguientes para el arreglo de nuestras cuentas...

Puedes dirigir a Delacour, 52, calle de Assas, en París, el montante de los 500 estatutos de la Internacional que te entregué...

Intenta enviar el reglamento de los estatutos tan pronto como sea posible, a fin de que podamos, sin un nuevo desembolso, saldar la tercera tirada.

Fraternalmente tuyo.

E. Varlin

Antes de la intrusión de la AIT en sus manejos políticos, el régimen imperial decide dar de nuevo uno de sus grandes golpes —que no será más que un golpe al aire. Antes de la apertura del escrutinio plebiscitario, ordena realizar persecuciones contra los Internacionales de París y provincias, el pretexto que se da es la existencia de un complot contra la preciosa vida del emperador.

Varlin está en provincias, en Chalons-sur-Saone, cuando se entera que una orden de comparecencia ante el juez se lanza contra él. Le aconsejan que vaya a Suiza. Varlin duda ya que la mayoría de sus camaradas parisinos están ya en la cárcel. ¿Debe hacerse el héroe? Toma el tren para París. Pero algunos camaradas le persuaden para que no se entregue. Se deja convencer por lo acertado de sus argumentos y parte para Bruselas.

Allí encuentra algunos compañeros de la AIT, en particular a Eugène Hins, que le ayudan a buscar trabajo (como todos los proletarios, sólo cuenta para sobrevivir con la venta de su fuerza de trabajo).

Demasiado conocido por sus actividades «subversivas» debe tomar un pseudónimo e ir a Anvers para encontrar un trabajo como encuadernador, muy mezquinamente pagado. Y se ve obligado a asistir, en la calidad de simple testigo, a los acontecimientos que precipitan a los trabajadores en la guerra, pero arrastrando al mismo tiempo al Imperio a una caída definitiva.

Junio de 1870: Tercer proceso de la Internacional

El plebiscito tiene lugar el 8 de Mayo. Los campesinos votan masivamente por Napoleón III, bajo la influencia de una intensa propaganda contra los «rojos», y los comunistas. Los Internacionales, particularmente en el Midi, montaron una campaña de información para los campesinos, pero les faltó tiempo para desarrollarla en profundidad. En los centros urbanos, la oposición al régimen es muy viva: en París, sobre 405.000 inscritos, hay 184.000 noes y 83.000 abstenciones. Y esta oposición sigue acentuándose en el campo de las luchas obreras. Nunca hubo tantos trabajadores en huelga, y esto ocurre en todos los sectores y en todas las regiones de Francia.

La apertura, el 22 de Junio, del tercer proceso contra la oficina parisina de la AIT no detiene el movimiento, sino todo lo contrario. Miles de parisinos sostienen con su presencia a los treinta y ocho inculpados (en cabeza de los cuales se encuentra el «encuadernador Eugène Varlin, 31 años, en fuga»). Los internacionales, como en el proceso precedente, levantan orgullosamente la cabeza, hacen una defensa muy ofensiva, subrayando sin ambigüedades el antagonismo de clase.

Leo Frankel, joven obrero húngaro, precisa bien el objetivo de la AIT: «La Asociación Internacional no tiene por objetivo un aumento del salario de los trabajadores, sino la abolición de la figura del asalariado». Y en la última audiencia, el 5 de Junio, insiste en la potencia de esta unión obrera:

La Asociación Internacional es un árbol que ha echado

raíces en todos los países, y sería una ingenua empresa querer sacar la savia que corre en el interior de su corteza cortando alguna de sus ramas.

A los que no saben interpretar los signos de los tiempos, a los que se imaginan que el movimiento social va a pararse con este proceso, a esos yo dirijo la frase de Galileo: E pur si muove. (Y sin embargo se mueve).

La unión de los proletarios de todos los países es ya un hecho consumado; ninguna fuerza podrá dividirlos de ahora en adelante.

El veredicto, que es muy duro (un año de prisión para los «cabecillas», entre los que está Varlin), no hace más que reforzar el prestigio de la AIT. Se edita inmediatamente el acta de este proceso con un prefacio que huele a pólvora:

Estamos lejos de lamentarnos de las persecuciones de que somos víctimas, ya que son cada vez, el resultado inmediato de la activación de nuestra propaganda, de la multiplicación de las fuerzas de nuestra gran asociación, y del avance en la realización de nuestras esperanzas: o sea, el advenimiento de la república social universal.

Antes de la apertura del proceso, Marx explica ya a Engels en una carta, todo lo positivo de este nuevo «puñetazo» imperial:

Los miembros franceses de la Internacional demuestran ante nuestros ojos al gobierno francés, la diferencia que

existe entre una sociedad política secreta y una verdadera asociación obrera. Apenas se puso en prisión a todos los miembros de los comités de París, Lyon, Rouen, Marsella etc., (de los cuales una parte se refugió en Suiza y Bélgica), los periódicos anuncian que secciones dos veces más numerosas les reemplazan, haciendo las declaraciones más insolentes y provocativas (teniendo incluso el cuidado de indicar sus direcciones privadas).

El gobierno francés hizo que deseáramos desde hace tiempo, transformar la cuestión política: Imperio o República, en una cuestión de vida o muerte para la clase obrera.

En «El Insurrecto», Vallès subraya con claridad la relación entre la escalada y la organización de las luchas por encima de las fronteras, y el inmenso pánico de la clase dominante que la conduce a golpear en seco:

¡Cuidado con la efervescencia roja!

¡Ellos la necesitan, la quieren! La miseria les desborda, el socialismo les invade.

El pueblo sufre, tanto a las orillas de l'Sprée como en las riberas del Sena. Pero esta vez su sufrimiento tiene abogados con blusa, y no hay más que tiempo de hacer una sangría, para que la savia de la nueva fuerza se escape por el corte, para que la exuberancia de las masas se pierda con el estruendo del cañón, como el fluido que va a morir a la tierra con el estruendo del rayo.

Sea vencedora o vencida, la corriente popular habrá sido ya despedazada por las bayonetas en línea y quebrantada por el vaivén de las victorias y las derrotas.

Así piensan los pastores de la burguesía francesa o alemana, que la contemplan desde arriba y desde lejos.

Por otra parte, los pantalones rojos claro y los calzones cortos de Compiégne no dudan en absoluto de la marcha triunfal de los regimientos franceses a través de una Alemania conquistada

¡A Berlín! ¡A Berlín!

Capítulo Séptimo

Caída del Imperio

«¡Cuidado con la efervescencia roja!»

Dentro de ese clima de patriotismo que intensifican los comunicados, las falsas noticias y los artículos triunfalistas de la prensa burguesa («estamos preparados y más que preparados»; «no faltará ningún botón de polaina»...), la AIT lanza, el 12 de Julio, un llamamiento a los trabajadores de todos los países:

A los trabajadores de todos los países

Trabajadores:

Una vez más, bajo el pretexto del equilibrio europeo, del honor nacional, las ambiciones políticas amenazan a la paz del mundo.

Trabajadores, franceses, alemanes, españoles, que nuestras voces se unan en un grito de desaprobación hacia la guerra.

Hoy, las sociedades no pueden tener otra base legítima que no sea la producción y el reparto equitativo.

La división del trabajo, aumentando cada día las necesidades del intercambio, ha hecho a las naciones solidarias.

La guerra por una cuestión de preponderancia o de dinastía, no puede ser a los ojos de los trabajadores, más que un criminal absurdo.

En respuesta a las aclamaciones bélicas de aquellos que se exoneran del impuesto de la sangre, o que encuentran en las desgracias públicas, una nueva fuente de especulaciones, protestamos.

Nosotros que queremos la paz, el trabajo y la libertad.

Protestamos:

Contra la destrucción sistemática de la raza humana;

Contra la dilapidación del oro del pueblo, que no debe servir más que para hacer fecundas la tierra y la industria;

Contra la sangre vertida por la odiosa satisfacción de vanidades, de amores propios, de ambiciones monárquicas ofendidas o no saciadas.

Con toda nuestra energía protestamos contra la guerra, como hombres, como ciudadanos y como trabajadores.

La guerra, supone el despertar de los instintos salvajes y de los odios nacionales.

La guerra es el medio tergiversado por los gobiernos para ahogar las libertades públicas.

La guerra es el aniquilamiento de la riqueza general, producto de nuestro trabajo cotidiano.

Hermanos alemanes:

En nombre de la paz, no escuchéis a esas voces pagadas o serviles, que buscarán confundirnos sobre el auténtico espíritu de Francia.

Permaneced impertérritos ante las provocaciones sin sentido, porque la guerra entre nosotros sería una guerra fratricida. Permaneced en calma, sin comprometer vuestra dignidad, la de un pueblo grande y animoso.

Nuestras divisiones no conducirían, a los dos lados del Rin, más que al triunfo completo del despotismo.

Hermanos españoles:

Nosotros también, hace veinte años, creimos ver clarear el alba de la libertad. Que la historia de nuestros errores os sirva al menos de ejemplo.

Dueños hoy de vuestros destinos, no os sometáis como nosotros a una nueva tutela. La independencia que habéis conquistado, sellada con vuestra sangre, es el bien

supremo. Su pérdida, creemos, es para los pueblos mayores, la causa de las lamentaciones y remordimientos mas amargos y dolorosos.

Trabajadores de todos los países: suceda lo que suceda, con nuestros esfuerzos comunes, nosotros, miembros de la AIT, que no conocemos fronteras, os dirigimos como muestra de solidaridad indisoluble, las felicitaciones y saludos de los trabajadores de Francia.

Esta llamada no deja entrever más que la voluntad de paz de las masas. En París, al igual que en provincias, es patente la hostilidad hacia la guerra considerada como «un juego de príncipes» ruinoso. Los trabajadores parisinos gritan «¡Viva la paz!», enfrentándose a los provocadores pagados por el régimen que se quedaban roncos chillando «¡A Berlín!» y «¡Abajo Prusia!».

Del lado alemán la clase obrera reacciona: los Internacionales de Berlín responden a la llamada de sus camaradas franceses. Y ese es un hecho nunca visto en la historia de los pueblos, tal como lo subraya Marx en su primer Comunicado del Consejo Federal:

Mientras que la Francia y la Alemania oficiales se lanzan a una lucha fratricida, los obreros de Alemania y de Francia intercambian mensajes de paz y amistad. Este hecho único y sin parangón en la historia del pasado abre la vía a un porvenir más luminoso. Prueba que al contrario de la vieja sociedad, con sus miserias económicas y su delirio político, una nueva sociedad está en trance de nacer, cuya regla

internacional será la paz, porque en cada nación reinará el mismo principio: ¡el trabajo! La pionera de esta nueva sociedad es la AIT.

«El ejército francés ha perdido toda iniciativa»

Frente a una burguesía cada vez más reticente, y frente a una voluntad de lucha creciente de las masas, el Imperio realizó el 19 de Julio, su última jugada de poker: declara la guerra a Prusia.

Napoleón III espera tomar la ofensiva frente al ejército prusiano (superior desde todos los puntos de vista), lanzando una maniobra ofensiva ultrarrápida, franqueando el Rin en un tiempo récord lo que le permitiría cortar en dos el ejército enemigo. Pero esta maniobra, para realizarse, debería apoyarse sobre un sistema militar bien establecido e impulsado por un mando experto. Este no era el caso: el ejército imperial estaba atrapado en el lazo de la malversación, la corrupción moral y de la más completa inexperiencia.

Por eso, desde la declaración de guerra, un inmenso desconcierto se apoderó del país. Los generales buscaban a sus tropas, y estas mismas, buscaban su equipo y sus armas. Y a menudo, un movilizado del Norte debía ir a buscar su equipo y su fusil a la otra punta de Francia, e incluso algunas veces a Orán o a Philippeville.

La utilización de los ferrocarriles acrecienta aún más la desorganización general. En cuanto, al aprovisionamiento de las tropas de víveres y material, las cabezas pensantes del ejército ni siquiera habían pensado ponerlo en práctica. Consecuencia: la marcha triunfal sobre Berlín se embarulla desde el comienzo con la lentitud de la movilización y la ineptitud de los jefes. El ejército prusiano puede pues agruparse, tomar la ofensiva y romper las líneas francesas en Alsacia, en Wissembourg el 4 de Agosto.

Desde el 7 de Agosto, los comunicados imperiales se apresuran a afirmar: retirada del ejército de Metz, necesidad de proclamar el estado de sitio en París y de prepararse para la defensa de la ciudad. El 8 de Agosto, Engels desde Londres proporciona su diagnóstico: «El ejército francés ha perdido toda iniciativa».

Esta derrota de Wissembourg, las mezquinas tentativas del poder —pronto desenmascaradas— de disfrazar los hechos, y la inconsistencia de las órdenes imperiales, provocan en París una viva efervescencia. Los trabajadores salen a la calle para gritar: «¡Es el ocaso!», «¡Viva la República!». Y la tensión es tal que Napoleón III prefiere desguarnecer sus fronteras para concentrar en París a 40.000 hombres. Los diputados de la izquierda se acercan a los orleanistas para prepararse a combatir el movimiento revolucionario que se fragua. El 14 de Agosto, Blanqui intenta un asalto a la Villette para apoderarse de las armas, pero esta tentativa desligada de las masas fracasa y se salda con numerosas detenciones.

Varlin, desde su exilio, intenta analizar en una carta a una

camarada de la AIT, Marie Iatskévitsh, esta situación tan compleja. Y contra su costumbre lo hace con cierta amargura, con cierto pesimismo, debido sin duda al hecho de encontrarse separado del movimiento de masas.

Anvers, 19 de Agosto de 1870

Ciudadana Marie:

Te pido perdón, por no haberte podido escribir desde mi salida de Francia; podría presentarte algunas excusas, pero sería inútil y no me justificaría; prefiero no hacerlo, sabiendo que a pesar de ello me perdonarás igualmente.

No te figuras lo que me aburro en el exilio. Estoy inquieto por lo que sucede en Francia; a pesar de que los parisinos se han mostrado poco dignos de mi estima en los últimos sucesos relativos a la guerra, me hubiera gustado ir allí para verlo, para seguir las manifestaciones populares y actuar en caso de necesidad.

Desde luego, que, si mis recursos personales me lo hubieran permitido habría hecho al menos dos o tres viajes de incógnito. Pero el salario que se gana en Bélgica es tan restringido que realmente no da para hacer viajes frecuentes.

En resumen, a pesar de todo la semana pasada creí por un momento que iba a ir; pero el pueblo de París, al igual que los diputados de la izquierda han ahogado la revolución bajo un movimiento patriótico.

Lo que contribuye a aumentar aún más mi disgusto y mi perplejidad, es que hace doce días que no recibo ninguna carta de París.

¿En qué se convierte la Internacional en medio de este doble movimiento de chauvinismo que arrastra a dos grandes naciones, con las que creíamos poder contar, a destruirse entre ellas mismas de una manera tan horrible?

No debo ocultárselo, a pesar de que nuestros campesinos merezcan, por sus estúpidos votos, la terrible prueba que sufren en este momento, yo sufro igualmente al observar a nuestras provincias devastadas y a Francia agotarse en un esfuerzo supremo, porque yo no espero nada bueno de la victoria del militarismo prusiano. Y sin embargo, en tanto la sombra del gobierno imperial pese sobre Francia, el partido republicano socialista deberá protestar con su abstención, contra la política desastrosa con la que el Imperio arrastra a nuestra nación.

¿Por qué el pueblo parisino, a los primeros reveses, no destrozó el Imperio e interpuso la Francia revolucionaria al rey de Prusia? Al menos si la guerra hubiera continuado se hubiera luchado por algo, mientras que actualmente miles de hombres segados por la muerte parecen verter su sangre por Napoleón III y Guillermo I. ¡Y es triste!

¿Qué significa esa barrabasada de la Villette? ¿Cómo es posible que republicanos vayan a asesinar tan brutal y cobardemente a los bomberos, los más pacíficos soldados que tenemos, mientras hay tantos agentes de policía?

Aspiro a ver el Imperio y todas sus consecuencias barridas por un movimiento revolucionario, pero verdaderamente los autores de ese golpe de mano son insensatos; ellos no prevén que antes de hacer llamar al pueblo es necesario tomarle el pulso a fin de asegurarse que tiene ardor; y después no se comienza por matar soldados.

En fin ciudadana, si pudieses proporcionarme algunas informaciones sobre el estado moral de la población parisina y sobre el estado de ánimo de los miembros de la Internacional en las circunstancias actuales, te estaré muy agradecido, pues, como te he dicho más arriba, estoy sin noticias concretas desde hace doce días, y sé que las informaciones de los periodistas son sospechosas.

¿Podrías darme también noticias de Giot? Me prometió, a pesar de todo, escribirme siempre que tuviera algo importante que contarme. ¿Qué le ha, pues, ocurrido?

¿Cómo soportan nuestros amigos la detención en Sainte-Pélagie?

¿Se piensa en el próximo congreso en las secciones parisinas? Me parece imposible celebrarlo en este momento. Habría que advertirlo, sólo nos quedan quince días; si debe retrasarse, habría que decirlo. ¿Tienes sobre esto alguna comunicación del Consejo General de Londres?

A propósito de la Internacional y de las noticias de los periodistas, debo decirte que, durante cerca de ocho días consecutivos a partir de los primeros descalabros franceses, el corresponsal parisino del Précurseur d'Anvers repetía en

todas sus correspondencias que se esperaba de un momento a otro un movimiento de la Internacional en París; que la Internacional había de hacer una manifestación; que la Internacional había de proclamar el ocaso del Imperio, etc. Te aseguro que estos rumores repetidos cada día no dejaban de aumentar mi ansiedad.

He sabido de tu futuro matrimonio con Eugene Hins; es un muchacho muy inteligente y consagrado a nuestra causa; te felicito por tu elección, aunque, en la teoría y en la práctica, soy un adversario declarado del matrimonio.

Envío al mismo tiempo que la presente una carta a Bachruch relativa a nuestras publicaciones. He ahí aún una obra que la guerra debe entorpecer. En fin, acontezca lo que acontezca ahora, el Imperio esta moralmente muerto y espero que nos volvamos a ver pronto en París.

Fraternalmente tuyo.

E. Varlin

P. D. Olvidaba decirte que estoy sin trabajo desde el sábado. Antes de ir más lejos, aguardo un poco más, con la esperanza de que Francia no me será prohibida por mucho tiempo.

He aquí mi dirección: Henri Basfeld, 75, Muralla del Lombardo, en Anvers.

Los «Tres Julios» reemplazan a Napoleón III

2 de Septiembre: capitulación de Sedan. Napoleón se rinde al rey de Prusia, con 83.000 hombres y 500 piezas de artillería. 4 de Septiembre por la mañana: dos millares de parisinos invaden el Palais-Bourbon con los gritos de «¡Ocaso!», «¡República!». La emperatriz huye sin rechistar; en cuanto a Schneider, el zar del Creusot, capitula declarando levantada la sesión y abandonando rápidamente su sillón de presidente del Cuerpo Legislativo. Y todo ello bajo los abucheos de los trabajadores: «¡Abajo el ásesino del Creusot! ¡Muerte a los explotadores de los obreros!»

Es la caída del Imperio y será la proclamación, en el Ayuntamiento, de la República.

¿Pero de qué República se trata? Los que forman apresuradamente un gobierno llamado de «defensa nacional» son los diputados de la oposición burguesa al régimen imperial, los «tres Julios» como se les llama (Favre, Ferry, Simón). Eligen como presidente al general Trochu, que no cesa de repetir: «Yo tengo mi plan», sin que se viera jamás su puesta en práctica. Los blanquistas liberan al encarcelado Rochefort, pero éste se adhiere a los tres Julios y entra en el gobierno.

¿Cómo se explica esta fácil victoria de la burguesía sobre el movimiento obrero? Por un clima de guerra y de derrota en el cual el chauvinismo recupera terreno, por una cierta confianza en las buenas palabras de la izquierda, por el estallido de las secciones de la AIT debido a la guerra, y por la dispersión de

sus miembros que se encuentran movilizados, en prisión o en exilio como Varlin. ¿No se da también aquí el nuevo fenómeno que representa esta invasión fulgurante del enemigo, una especie de marejada que atonta y crea una necesidad de agarrarse a la primera tabla de salvación que se encuentra?

Desde el 19 de Agosto, en una carta a Henri Bachruch, miembro de la sección alemana de la AIT, en París, Varlin hace hincapié sobre la dificultad de una acción en este contexto de guerra:

Los tiempos deben ser poco propicios para la propaganda. Todo el mundo tiene los ojos vueltos hacia ese lúgubre drama que se desarrolla en las llanuras de Lorena y de Champaña. Todo el mundo espera con ansiedad el resultado de esa lucha sangrienta, y la cuestión social queda profundamente olvidada. Pero, pase lo que pase, se planteará más imperiosa que nunca, tras los desastres financieros, industriales y comerciales que esta guerra sin igual arrastra tras de sí, además de los estragos que ella produce directamente tanto sobre los hombres como sobre las cosas.

Capítulo Octavo

El asedio de París y la proclamación de la Comuna

«París asediado por el rey de Prusia, la revolución está en peligro»

Pero, desde que conoce la caída del Imperio, Varlin franquea la frontera belga y vuelve a París. Ante una situación política tan compleja (el enemigo amenazando París, y el poder en manos de los enemigos del pueblo), busca primeramente escuchar a las masas mezclándose entre ellas, como sus camaradas de la AIT, con el fin de ayudarles a tomar una mejor conciencia de los problemas, y sobre todo a organizarse mejor para la segunda fase de la lucha, que parece próxima. Participa con los miembros de «La Marmita», en la creación de un comité de vigilancia en el distrito 6 (se crean otros del mismo tipo en otros lugares de París).

Reemprende su objetivo de federación del movimiento, desempeñando un papel en la creación del comité central republicano de los veinte distritos. Vallès, que estaba allí, evoca en «El Insurrecto» esta reunión de fundación:

De un debate que ha durado cuatro horas, acaba de surgir una nueva fuerza: el comité de los veinte distritos.

Son la sección y el distrito como en los grandes días del 93, es decir, la asociación libre de ciudadanos que se eligen y agrupan en manojos.

Cada distrito es representado por cuatro delegados que acaba de nombrar la asamblea, y yo soy uno de los elegidos que habrán de defender, contra el Ayuntamiento, los derechos de un suburbio de allá arriba.

Acabamos de extender sobre toda la ciudad la red de una federación que creará otras como la federación del Champ de Mars... que ha levantado tanto escándalo en la historia.

Son ochenta pobres, procedentes de ochenta quartuchos, los que van a hablar y a actuar —golpear, si es necesario— en el nombre de todas las calles de París solidarias en la miseria y en la lucha.

Varlin relanza también las actividades de la AIT, en la que las secciones o miembros dispersos o aislados comienzan a solicitar informaciones y órdenes generales a la oficina parisina. En Septiembre, firma junto con Bachruch y Malon, un anuncio-circular en el que se precisa la línea a seguir en las graves circunstancias del momento:

Viéndonos imposibilitados de responder a todas las cartas particulares, que nos son dirigidas por las secciones departamentales de la Asociación Internacional os dirigimos la presente circular como primer informe: en la

época crítica que atravesamos, los sucesos gigantescos de los que somos testigos nos trazan la línea a seguir. El día de las desconfianzas y las disidencias no ha llegado, y no vemos más que dos obligaciones a cumplir.

- La defensa de París.*
- Tomar nuestras precauciones contra la reacción aturdida pero no vencida.*

Actuaremos en consecuencia.

Por todos los medios posibles, debemos contribuir a la defensa nacional que es la cuestión capital en estos momentos. Desde la proclamación de la República, la espantosa guerra actual ha cobrado otra significación; ahora es el duelo a muerte entre la monarquía feudal y la democracia republicana. El asedio de París por el rey de Prusia, significa que la civilización y la revolución están en peligro. Por eso queremos defender París a toda costa.

Las reuniones públicas que realizamos en todos los barrios, la aceleración de la organización de los comités republicanos, la parte activa que tomamos en los trabajos de las municipalidades republicanas, los llamamientos que enviamos al pueblo alemán, las apelaciones a la energía y a la unión que firmamos y la participación que nosotros prestamos al gobierno de la defensa nacional, no tienen otro objetivo.

Y no nos olvidamos, sin embargo, de las precauciones que hay que tomar contra la perdonada y amenazante reacción.

Vamos a organizar en este sentido nuestros comités de vigilancia en todos los barrios, y vamos a impulsar la fundación de los distritos que fueron tan útiles en el 93.

En este sentido es en el que creemos, que debéis actuar: 1) sobreexcitar por todos los medios posibles y el patriotismo que debe salvar a la Francia revolucionaria, 2) tomar medidas enérgicas contra la reacción burguesa y bonapartista, e impulsar la aceptación de grandes medidas de defensa para la organización de comités republicanos, elementos primeros de las futuras comunas revolucionarias.

Nuestra revolución la tenemos que hacer nosotros, y la haremos cuando, desembarazados de la invasión, nos podamos lanzar revolucionariamente a construir los fundamentos de la sociedad igualitaria que queremos.

Lo que nos será fácil, si somos resueltos, enérgicos y perseverantes.

¡Viva la república social!

Por el consejo federal parisino:

B. Malon, E. Varlin, H. Bachruch

Esta circular está en la misma línea que el següendó Comunido del Consejo General de la AIT, redactado en Londres por Marx, el 9 de Septiembre:

La clase obrera francesa se halla situada en circunstancias extremadamente difíciles. Toda tentativa de derrocar al nuevo gobierno cuando el enemigo esta casi a las puertas de París sería una locura. Los obreros franceses deben cumplir su deber de ciudadanos; pero al mismo tiempo no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1192, al igual que los campesinos franceses se dejaron engañar por los recuerdos nacionales del primer Imperio. No hay que volver a construir el pasado, hay que edificar el futuro. Que con calma aprovechen la libertad republicana, para proceder metódicamente a la realización de su propia organización de clase. Eso les dotara de un vigor nuevo, de unas fuerzas hercúleas, para intentar la regeneración de Francia, y para nuestra labor común, la emancipación del trabajo. De su energía y astucia depende la suerte de la república.

Y concluye este comunicado con una advertencia que ilustrarán ¡ay! las espantosas «grandes guerras» del siglo XX:

Que las secciones de la AIT de todos los países llamen a la acción a la clase obrera... Si los obreros olvidan su obligación, si permanecen pasivos, la terrible guerra actual no sera mas que el corral de los conflictos internacionales aún mas terribles y conducirá en cada nación a un triunfo renovado de los señores del sable, la tierra y el capital, sobre el obrero.

¡Viva la República!

Varlin elegido jefe del batallón 193

En un país asediado por el enemigo y pronto carcomido por el hambre y el frío y aplastado por los bombardeos, se denota cada vez más netamente el antagonismo de clases: por un lado, la alta burguesía que teme más a los rojos que a los prusianos; derrotista, y sin fuerzas, ella abandona la ciudad para refugiarse en provincias: ¡son los «francs-fileurs»!. También hay entre ellos burgueses juerguistas (Renán, Edmond de Goncourt y Gautier) que continúan su vida remilgada en restaurantes de lujo. Frente a este París de corrupción y de traición se erige el París de la resistencia al enemigo, el París del coraje. La existencia de Varlin está íntimamente ligada a la de ese pueblo que rechaza ser derrotado. Reagrupa a las fuerzas militares de su barrio, el distrito 6, es decir, los guardias nacionales, compuestos por empleados, pequeños comerciantes, obreros. En otros barrios, los Internacionales efectúan la misma labor. Pronto la guardia nacional agrupa a 300.000 hombres en 254 batallones.

Varlin es elegido jefe de batallón 193.

Pero las contradicciones existen en el seno del pueblo parisino. Unos pertenecientes sobre todo a la pequeña burguesía muestran su confianza en la gestión del gobierno y se acantonan en el legalismo y la pasividad. Los otros, la mayoría obreros, quieren hacer saltar las estructuras imperiales que quedaban, particularmente a nivel municipal y conducir a la radicalización al gobierno de los «tres julios».

Una de las soluciones que capta los sufragios populares, es la instauración de una comuna, obligando a medidas enérgicas como lo fueron las comunas de 1792-93.

En el corazón mismo de estas contradicciones se encuentra cogido Varlin el 8 de Octubre. Recibe la orden de ir al lugar donde se encuentra el Ayuntamiento sin conocer el objeto de esta movilización, al llegar, se encuentra en medio de una muchedumbre de manifestantes que pedían elecciones municipales.

Pero, dejémosle que analice la ambigüedad de la situación, ya que al día siguiente publica una carta en *Le Rappel*, y a continuación, cuando las contradicciones llegan a un punto muy alto en el seno del batallón 193, escribe una carta circular, a los ciudadanos de este batallón:

París, 18 de Vendimiario del año 79

Ciudadano redactor:

Los periódicos de hoy informan de una forma inexacta de los sucesos ocurridos en la jornada de ayer y no puedo quedarme callado ante las alegaciones relativas al papel que se hace desempeñar a la guardia nacional en esta ocasión.

Todos los periódicos, tanto los republicanos como los reaccionarios, con L'Officiel a la cabeza, repiten que los batallones reaccionarios de la guardia nacional han venido espontáneamente a hacer una manifestación contra la manifestación del comité central republicano, en favor de la

elección de la Comuna de París. Hay ahí un error lamentable, ya que contribuye a aumentar la indignación que esta triste jornada ha alojado en las mentes.

La verdad es que todos los batallones que han venido al Ayuntamiento, lo hicieron por orden del general comandante superior de la guardia nacional. Y la orden dirigida a los jefes de batallón, que se encontraban de piquete ese día, no decía cuál era el objeto de la llamada a las armas. De tal forma que casi todos los guardias nacionales reunidos allí con prisa, creían que iban a ir a las murallas a rechazar a los prusianos. No sospechaban que se les quería representar una indigna comedia.

Y de hecho, los guardias nacionales se encontraron en medio de una manifiestación, de la que la mayoría no comprendía el objeto: lo que prueba que no venían a hacer una contramanifiestación, fue que cuando llegó el batallón 84, como algunos ciudadanos parecían considerar su llegada como un acto de hostilidad, los guardias nacionales del 84, levantaron la culata al aire para afirmar sus intenciones pacíficas. Más tarde el 193 desembocando en la plaza, respondió con el grito de ¡Viva la Comuna!, al mismo grito dado de una forma interrogativa por los ciudadanos que ocupaban la plaza.

Algunos gritos de ¡Abajo la Comuna!, fueron emitidos por muchos guardias nacionales, es verdad; pero lo repito, la mayoría no comprendían nada de la manifiestación.

Si todos supieran cuántas gestiones infructuosas se

hicieron cerca del gobierno provisional, por medio de los comités republicanos de los veinte distritos, para obtener de él medidas heroicas que pudieran salvar a la república, todos reclamarían unánimemente, como nosotros, las elecciones municipales, que son las únicas que nos pueden devolver la iniciativa y permitirnos salvarnos a nosotros mismos.

Desgraciadamente, muchos ciudadanos creen todavía que basta llevar hasta el gobierno provisional, las proposiciones que se votan cada tarde en las reuniones públicas para que se apresuren a ponerlas en práctica.

A pesar de que desde hace ocho días el gobierno de la defensa nacional haya decretado que no se recibirían más inscripciones para la guardia nacional, y a pesar de que los cuarenta últimos batallones formados no tengan fusiles y de que los 280.000 guardias nacionales armados de los que 173.000 tienen armas absolutamente insuficientes, fusiles a pistón, a pesar de eso, hay todavía mucha gente que cree que el gobierno, que se dice de la defensa nacional, hace todo lo que puede.

No sería justo tratar de reaccionarios en bloque, a batallones que no han tenido otro error que el de creer que en tiempos de sitio, y mientras que los cañones atruenan, se podía recurrir a las armas para otra cosa que no fuera para ir a las empalizadas.

Salud y fraternidad.

E. Varlin Comandante del 193

A continuación de la publicación de una carta que me creí en la obligación de dirigir a Le Réveil, para esclarecer la auténtica verdad sobre la intervención de la guardia nacional en la jornada del sábado, 8 de Octubre, se han producido protestas contra mí y sobre todo contra mis opiniones en varias compañías del batallón.

Para poner fin a estas equívocas interpretaciones, y sobre todo para establecer que actué en esta circunstancia, en conformidad con la línea de conducta que yo me había trazado y que fue aceptada por vuestros delegados el día de mi elección, convoqué una reunión general del batallón el pasado domingo.

Desgraciadamente una protesta grosera publicada y divulgada en numerosos ejemplares en el último momento, y sobre todo la actitud más que inconveniente de una parte de los hombres que componen la octava compañía vinieron a oponerse a las francas y categóricas explicaciones que se estaban produciendo entre el comandante y los ciudadanos que componen el batallón. La reunión no pudo terminar.

Debo recurrir a esta carta para responder a los ataques que de todo tipo llueven sobre mí, desde hace ocho días.

Cuando por invitación de algunos amigos políticos acepté la candidatura al grado de comandante del 193, no hice más que cumplir con mi deber, el de participar en la medida

de lo posible y a ayudar al establecimiento definitivo de la República.

Nos encontrábamos frente a los prusianos para rechazarlos, y sentíamos detrás de nosotros a todos los elementos de la reacción, que la revolución del 4 de Septiembre no había destruido.

Enseñados por la experiencia del pasado, sabíamos el uso abusivo que se puede hacer de la fuerza armada cuando ésta se encuentra en manos inconscientes o poco sinceras. Debíamos tomar nuestras precauciones para que esta nueva fuerza militar que iba a resultar de la organización de la guardia nacional no pudiera convertirse en un instrumento del despotismo.

Por eso, pensamos que era necesario ante todo que los jefes de los nuevos batallones fueran escogidos entre los republicanos probados, quienes en medio de las tergiversaciones del movimiento político, podrían servir al menos de punto de unión a los guardias nacionales e impedirles cometer actos que pudieran comprometer o perder a la República. Son estas consideraciones por las que, en otros distritos, hemos visto elegir como jefes de batallón a los nombres más queridos de la democracia. Es también por estas consideraciones por las que yo mismo acepté la candidatura. Mi pasado como miembro de la Asociación Internacional de los Trabajadores y las condenas que atraje por esta obra, respondían de mi dedicación a la causa de la república democrática y social.

Un incidente en la discusión que tuvo lugar en el momento de mi elección sirve muy bien para caracterizarla.

Competía con un ciudadano cuyo pasado político presentaba más largos servicios a la causa republicana que el mío. En solitario había este ciudadano, en Junio del 48, como artillero de la guardia nacional, combatido al pueblo que se levantaba hambriento, después de haber pasado tres meses de miseria al servicio de la República, para reclamar las reformas sociales sin las cuales la República no era para él más que una palabra vacía.

Fue por mi afirmación, de que nunca conduciría mi batallón a luchar contra republicanos, por lo que fui elegido.

¿Representaban, los delegados que me nombraron, la opinión del batallón?... Si no lo hubiera creído, no habría aceptado el mandato.

Como lo declaré el día de mi elección, no soy hombre que actúe en ninguna circunstancia en contra de sus principios; y, por otra parte, no admito que ningún ciudadano, tenga el grado que tenga, pueda conducir a otros ciudadanos en contra de su voluntad.

No podía pues aceptar ser jefe de batallón más que a condición de encontrarme en perfecta armonía de opiniones con los ciudadanos que lo componen. Creí que era así.

Y cuando, al día siguiente del 8 de Octubre, leí en todos

los periódicos que batallones reaccionarios de la guardia nacional vinieron espontáneamente, a la plaza del Ayuntamiento para reprimir la manifestación popular en favor de la Comuna, quedé profundamente afectado, por esta alegación y me imaginé que el batallón completo, debió experimentar el mismo sentimiento. Por eso, considerándome el representante natural del batallón y el guardián de su honor y dignidad, quise esclarecer los hechos en seguida, sin esperar a ninguna reunión.

Estaba muy lejos de suponer, lo que supe más tarde, que en el batallón 193, podían encontrarse algunos miserables, dispuestos a disparar sus primeras balas sobre ciudadanos franceses que pacíficamente venían a expresar su voto, o sea, el deseo de que se proceda inmediatamente a realizar las elecciones municipales.

Estoy plenamente convencido de que los hombres capaces de semejante ignominia son poco numerosos, y que son censurados por la casi totalidad del batallón; pero incluso así es triste pensar que hayan podido encontrarse algunos.

El reproche, que se me dirigió, fue el de que yo quise hacer creer, por medio de mi carta, que el batallón completo era partidario de la Comuna. Es ahí donde hay una falsa interpretación de mis palabras.

He aquí el hecho: al desembocar en la plaza del Ayuntamiento, ciudadanos a los que nuestra llegada parecía inquietar, nos gritaron interrogándonos con la

mirada: ¡Viva la Comuna! Yo respondí acompañado de algunas voces del batallón: ¡Viva la Comuna! Actuando de este modo, mi intención no era realizar una manifestación, sino tranquilizar a los ciudadanos demostrándoles que no veníamos con intenciones hostiles, sino que entre nosotros había partidarios de la Comuna. Es sobre todo esa actitud la que yo aclaraba en mi carta, con el fin de que el epíteto de reaccionarios no se nos aplicara.

No me preocupé en mi carta, del hecho de que una parte del batallón hubiera gritado: ¡Viva la República!

¡Viva el gobierno provisional!, en vista de que la existencia de la República y del gobierno provisional no se ponía en cuestión. Se trataba pura y simplemente de la elección de la Comuna, que el pueblo de París reclama desde hace tiempo, y que los miembros del gobierno provisional reclamaron cuando estaban en la oposición y que ahora rechazan cuando están en el poder.

En cuanto a la crítica que hice al gobierno provisional al final de mi carta, es una opinión completamente personal, y el batallón no tiene que censurarme por eso.

Si tuviera que justificar aquí mi apreciación, me resultaría bastante fácil: primeramente como miembro del comité central republicano, y seguidamente como comandante, juzgué de la misma manera la resistencia que el gobierno provisional opuso a todas las propuestas heroicas que podrían salvarnos.

Los límites de esta carta no me permiten mencionar de

nuevo todas las medidas que propusimos a la organización de la defensa nacional: el levantamiento en masa, el recuento de todos aquellos materiales susceptibles de utilizarse para la fabricación de armas y municiones de guerra, la organización de grandes talleres nacionales destinados al armamento y al equipamiento de los ciudadanos, en los que se emplearía sobre todo a las mujeres y a los niños, el recuento de todas las sustancias alimenticias y el racionamiento general que aseguraría la existencia a todos e impediría el despilfarro, el levantamiento de los departamentos por medio del envío de delegados revolucionarios, etc. No quiero hacer aquí un proceso al gobierno, ya que hubiera elegido un mal momento para ello; pero repito que los ciudadanos que reclamaban el establecimiento de la Comuna demostraban su patriotismo, buscando la restitución a la heroica población parisina de su iniciativa revolucionaria.

La idea no se ha comprendido; la historia dirá si teníamos razón.

Para concluir: es indispensable que esta situación cese lo más rápidamente posible. Este no es el momento, en el que, necesitando de todas nuestras energías y sobre todo de nuestra unión para rechazar la invasión extranjera, podemos prolongar debates semejantes sin peligro.

Estoy dispuesto a retirarme si no me hallo en consonancia con las ideas del batallón; pero tengo que consultarlo directamente.

Presentar mi dimisión y someterme a una nueva elección legal, no me parece un medio que pueda asegurar la expresión real de la mayoría, en vista de que, legalmente, la elección del jefe de batallón se hace por el sufragio a dos vueltas.

Ya que la reunión general del batallón no se pudo realizar como yo hubiera deseado, me presentaré a cada compañía en forma aislada, la cual se pronunciará después de haberme escuchado. Los votos serán sumados a continuación y me someteré a la mayoría.

Salud y fraternidad.

*E. Varlin
Comandante del 193*

Pero la mayoría de esos guardias nacionales era republicana y no socialista. Así que Varlin fue destituido de su cargo.

Otros tres acontecimientos le llevan a la conclusión de la prioridad de una acción de propaganda en el seno de las masas: el 31 de Octubre los manifestantes ocupan el Ayuntamiento por algunas horas. Planes de gobiernos más o menos revolucionarios comienzan a circular (en uno de ellos figura el nombre de Varlin). Pero una cierta vacilación permite al gobierno volver adueñarse de la situación. El 3 de Noviembre tiene lugar un plebiscito. La pregunta es: «¿Sigue manteniendo la población la confianza en los poderes del gobierno provisional?», y arroja un resultado de 557.000 votos a favor

del sí, contra 62.000 a favor del no. El 8 de Noviembre con motivo de las elecciones para designar a los alcaldes y adjuntos, Varlin, candidato al puesto de adjunto siempre en el distrito 6, no recoge más que 864 votos de los 9.765. Por ello, en las sesiones del consejo federal de la AIT, Varlin no cesa de insistir sobre la importancia de la creación de un periódico que propague las ideas de la asociación, o al menos, a falta de un periódico, publicar folletos que analicen la situación.

Abandonando el distrito 6 en manos de los republicanos moderados, Varlin se instala en Batignolles en Noviembre. Pero, Benoît Malon, es elegido adjunto en el 17, lo que hace que los Internacionales se reagrupen en ese barrio. Varlin entra, por su parte, en la municipalidad de Batignolles. Su práctica en las cooperativas y restaurantes obreros, le hacen ser designado para la organización del aprovisionamiento en este período de escasez. Da pruebas de su eficacia comprando trigo a precios baratos y lanzando la idea de las cantinas de barrio, todo esto en medio de las enormes dificultades del estado de sitio. Y administra tan perfectamente su sector que, en el momento de la capitulación, su distrito cuenta aún con reservas de cereales. Se ocupa igualmente de los problemas del trabajo, organizando talleres de lencería y de costura, permitiendo así a las mujeres ganar un poco de dinero, en este período de completo marasmo económico (uno de estos talleres lo dirige Louise Michel).

No por eso continúa menos en la brecha de las protestas populares, ya que, el 22 de Enero va junto con los de Batignolles al Ayuntamiento, donde el pueblo de París se manifiesta una vez más contra un gobierno que se prepara

para la capitulación. El ejército dispara; y como consecuencia hay muertos entre los manifestantes.

«El partido de los desheredados»

Los acontecimientos se amontonan: se firma el armisticio el 28 de Enero; las elecciones tienen lugar el 8 de Febrero para constituir una Asamblea Nacional que tenga como responsabilidad pronunciarse sobre si debe continuarse la guerra o en qué condiciones debe firmarse la paz.

Con el sufragio universal, como se le llama (aunque las mujeres no voten), la fachada democrática queda preservada, como lo constata Lissagaray, en su «Historia de la Comuna de 1871»:

¿Qué sabían los campesinos franceses y cuántos podían decir dónde se encontraba Alsacia? Es a lo que apuntaba la burguesía hostil a la enseñanza obligatoria. ¿Sus enseñanzas durante ochenta años no han sido para transformar a los hijos de los voluntarios de 1792 en «coolies»²?

En París, las diferentes federaciones (AIT, sociedades obreras, «Los Veinte Distritos») se ponen de acuerdo para presentar una lista común de «candidatos socialistas revolucionarios», en

2 «Collie»: obrero indio o chino (N. del T.).

la que figura Varlin, al lado de Vallès, Blanqui y Garibaldi. A este efecto se redacta una declaración programática cuya línea no deja lugar a dudas:

Esta es la lista de candidatos presentados en el nombre de un mundo nuevo por el partido de los desheredados, partido inmenso, que hasta hoy no ha agradado, por lo que sea, a las clases que gobiernan la sociedad.

Durante el asedio, no cesó de protestar desde el primer día contra la ineptitud, sino perfidia, del gobierno que se decía de la defensa nacional; mostró el abismo al que nos conducían; intentó desviar a París de esta ruta fatal; y no ha recogido como premio a sus esfuerzos, más que calumnias, amenazas y persecuciones.

Lo que se temía, y no se pudo impedir se abatió sobre Francia y la aplastó.

Cuando se trata de levantarla, ¿se querrá conceder a este partido el medio de poder comunicar legalmente, ante el país, un consejo; o bien aquellos que le han condenado hasta el momento a un ostracismo implacable persistirán en contenerle, como a un grupo de parias, en las regiones proscritas, donde cualquier reivindicación es calificada de revuelta?

Francia se va a reconstruir de nuevo. Los trabajadores tienen el derecho de hallar y ocupar su lugar en el orden que se prepara. Las candidaturas socialistas revolucionarias notifican:

—Prohibición de todo lo que sea poner en cuestión la República.

— Necesidad del advenimiento político de los trabajadores.

— Caída de la oligarquía gubernamental y del feudalismo industrial.

— Organización de una república que devuelva a los obreros sus instrumentos de trabajo, tal como en 1792 se devolvió la tierra a los campesinos, con el fin de que se realice la libertad política por la igualdad social.

Varlin recoge 55.000 votos, lo que no le permitirá ir a residir a Burdeos, como podrán hacerlo los burgueses democratas del tipo de Louis Blanc, Gambetta, Hugo y Rochefort. En una carta fechada el 20 de Febrero de 1871 —una de las últimas cartas que tenemos de él—, Varlin subraya la influencia que ejercen aún sobre los parisinos los buenos oradores:

París, 20 de Febrero de 1871

Estimado Guillaume:

Me han pasado hace un instante tu carta; y me apresuro a responderte con el fin de tranquilizarte en lo que se refiere a nuestras vidas. Todos los Internacionales con los que pudimos relacionarnos aún están vivos; aquellos de nuestros amigos que fueron muertos o heridos no creo que

los conozcas; si no es a P., que por otra parte no fue más que herido ligeramente; y se restablece.

Malon y Tolain se encuentran en Burdeos como representantes del pueblo; tienen una dura labor que cumplir en medio de una no menos triste asamblea.

Aquí hubiéramos querido que la provincia continuara la lucha a toda costa; nuestros amigos revolucionarios habrían ido por cualquier medio a unirse con Garibaldi y sus valerosos soldados. Pero ya no tenemos esa esperanza.

No estoy seguro de que nuestras cartas lleguen con seguridad y sin ser leídas, al igual que creo que debemos aplazar los informes detallados que tendríamos que intercambiarnos. Por hoy bastará que te diga que cumplimos siempre con nuestro deber, y que si los traidores Trochu, Favre y compañía lograron entregarnos después de habernos vendido desde hace tiempo, no es nuestra culpa, si no más bien la de aquellos parisinos que persistieron ciegamente y hasta el último día en creer en la palabra de esos abogados que, hasta el día de la capitulación, afirmaban constantemente que querían combatir y vencer o morir, mientras que desde el primer día no se preocuparon de otra cosa que no fuera la capitulación.

Por tu carta supongo que nuestros amigos de Lyon, Marsella y los departamentos del Sur están sanos y salvos: por ello estoy feliz. Hasta pronto. Cordiales saludos a nuestros amigos.

E. Varlin

P. D. Tu carta fechada el 1 de Febrero no ha llegado hasta hoy 20 de Febrero.

A pesar de este clima de colaboración de clases, Varlin, no por ello deja de luchar, manteniéndose ligado al movimiento. De esta forma, en la reunión del consejo general de la AIT, del 1 de Marzo, Varlin insiste en que los Internacionales hagan todo lo posible para hacerse nombrar delegados en su compañía y para entrar así en el comité central de la Guardia nacional. «Vayamos allí, no como los Internacionales, sino como guardias nacionales, y trabajemos para adueñarnos del espíritu de esta asamblea».

Esta postura no logra la unanimidad. De esta forma Leo Frankel protesta: «eso se parece a un compromiso con la burguesía y no lo quiero. Nuestro camino es internacional; y no nos debemos salir de él». Varlin, que no cesa de observar su entorno durante este período, explica su postura:

Los hombres de este comité de los que sospechábamos, fueron apartados y reemplazados por socialistas que desean tener entre ellos cuatro delegados que sirvan de lazo entre ellos y la Internacional. Si nos quedamos solos frente a una fuerza como esa, nuestra influencia desaparecerá; y si nos unimos con ese comité, daremos un gran paso hacia el porvenir socialista.

Se decide que una comisión de cuatro miembros, de la cual

forma parte Varlin, entre en contacto con la guardia nacional. Y el 15 de Marzo se constituye definitivamente el comité central de la guardia nacional representando Varlin al distrito 17.

«La revolución estaba hecha»

Fue al amanecer del 18 de Marzo.

Thiers, desde hace días instalado en París, tramaba romper el movimiento popular: da la orden de recoger los 250 cañones dispersados por la ciudad, cañones pagados por el pueblo de su dinero. Para evocar esta jornada memorable cedamos la palabra a los que fueron sus actores, Lissagaray, Louise Michel, Jules Vallès, y los que no habiendo sido asesinados por los versalleses pudieron relatar estos heroicos momentos.

En su *Historia de la Comuna*, Lissagaray, cuenta:

La ejecución fue tan alocada como la idea.

El 18 de Marzo, a las tres de la mañana, esas tropas de choque, sin víveres y sin sus mochilas, se desparraman en todas las direcciones, hacia Chaumont, Belleville, Faubourg du Temple, la Bastille, l'Hotel de Ville, Place Saint-Michel, Louxembourg y a Les Invalides. El general Susbille, que va hacia Montmartre, su mando dos brigadas de alrededor de 6.000 hombres. El barrio duerme. La brigada Paturel ocupa sin disparar un tiro Le Moulin de la Galette. La brigada

Lecomte toma la torre de Solferino y no encuentra más que un centinela: Turpin. Él cala la bayoneta: los gendarmes le abaten y corren al puesto de guardia de la calle Rosiers, lo toman y lanzan a los guardias a los sótanos de la torre. En las colinas de Chaumont, en Belleville, los puestos de cañones son sorprendidos de forma parecida. El gobierno triunfa en toda la línea, tanto es así que Aurelles envía a los periódicos una proclama de vencedor que apareció en algunos periódicos de la tarde.

Únicamente faltaban caballos y tiempo para asegurar esta victoria. Parece que Vinoy lo había olvidado un poco. Sólo a las ocho de la mañana se comenzaron a enganchar algunas piezas; aunque muchas estaban enredadas y no tenían armón.

Mientras los suburbios se despiertan. Las tiendas matinales se abren. Alrededor de las lecheras, ante los comerciantes de vino, se habla en voz baja; los soldados se dejan ver con los metralletas apuntando hacia las calles más populosas y en los muros se dejaba ver igualmente aún fresco un cartel firmado por Thiers y sus ministros.

Louise Michel se encuentra en Montmartre donde están agrupados un gran número de cañones. Al darse cuenta del ataque sorpresa, baja la colina con su carabina disimulada debajo de su abrigo y gritando: «¡traición!». Ella nos cuenta:

Se formó una columna, todo el comité de vigilancia estaba allí: Ferré, el viejo Moreau, Avronsart, Lemoussu,

Burlot, Scheiner, Bourdeille. Montmartre se despertaba, la llamada latía, y yo volvía con los otros al asalto de las colinas.

Al alba se oía el toque a rebato; subíamos a paso de carga sabiendo que en la cima nos esperaba todo un ejército en formación de batalla. Pensábamos morir por la libertad.

Estábamos como separados del suelo. Con nosotros muertos, París se habría levantado. Las muchedumbres en ciertos momentos son la vanguardia del océano humano.

La colina estaba envuelta en una luz blanca, un alba espléndida de entrega.

De pronto vi a mi madre cerca de mí y sentí una espantosa angustia; inquieta, había venido, todas las mujeres estaban allí, subidas al mismo tiempo que nosotros, no sé cómo.

No era la muerte la que nos esperaba en las colinas, donde ya sin embargo el ejército enganchaba los cañones, para unirlos a los de Batignolles robados durante la noche, sino la sorpresa de una victoria popular.

Las mujeres se lanzan, entre nosotros y el ejército, sobre los cañones, sobre las ametralladoras; los soldados permanecen inmóviles.

Mientras que el general Lecomte manda abrir fuego sobre la muchedumbre, un suboficial saliendo de las filas se

coloca delante de su compañía y grita más alto que Lecomte: «¡No disparen!» Los soldados obedecen. Era Verdaguerre, que sería, por esta acción sobre todo, fusilado por Versalles, algunos meses más tarde.

La revolución estaba hecha.

Cambiamos ahora de barrio; volvamos a la calle Basfroi, cerca de la plaza Voltaire. Es allí donde tenían lugar las reuniones del Comité Central de la guardia nacional:

A las diez, una docena de miembros se encontraban reunidos, asediados de preguntas, de reclamaciones, atestados de prisioneros que les tratan de todas partes. Los informes precisos lograron llegar a las dos. Varlin se ocupaba de Batignolles, Bergeret de Montmartre, Duval del Panthéon; Pindy en el 3; Faltot en la calle de Sévres, Ranvier y Brunel, sin pertenecer al Comité agitaban Belleville y el 10. Se pudo, entonces, trazar una especie de plan para hacer converger los batallones sobre el Ayuntamiento y los miembros del Comité central se dispersaron en todas direcciones.

Varlin se encarga de reagrupar las guardias nacionales de Batignolles. El alcalde de este distrito evoca la escena:

Vi una cuadrilla de hombres, alrededor de trescientos, perfectamente organizados, marchando como para ser pasados revista y dirigiéndose hacia el Ayuntamiento. Eran conducidos por Varlin. Dije a Varlin y a los oficiales que

*estaban allí: os ruego vivamente que no deis un paso más.
Tuvo lugar una escena violenta...*

Varlin no se deja apartar de su misión por un funcionario timorato. Reagrupadas sus fuerzas, desciende sobre París, habiendo recibido la orden de apoderarse de la plaza Vendôme, donde se encontraba el estado mayor oficial de la guardia nacional. Llevó a cabo su misión con calma y vuelve finalmente de noche a la calle Basfroi. Envía unas palabras a un camarada que permanecía en la Plaza Vendôme para tenerle al corriente de lo que el mismo sabe de los acontecimientos:

Estoy en el Comité Central. El movimiento general continúa a nuestro favor, pero no hemos aún triunfado en todas partes. Faltot, con los hombres del 13, ocupan el Luxembourg. Se dice, pero no es del todo seguro, que ocupamos el Palacio de Justicia, el Ayuntamiento no ha sido todavía tomado, ni el cuartel de Napoleón; estos dos monumentos están llenos de tropas, defendidas a su vez por gendarmes y agentes de policía. Se han intercambiado ya algunos disparos en las primeras aproximaciones; han muerto algunos de nuestros hombres. Pero en este momento se dirigen fuerzas considerables hacia ese punto, bajo el mando de Lullier. En el momento en que escribo, nos comunican que se ocupa el Ayuntamiento y que los gendarmes del Louvre están siendo derrotados. Pero se nos comunica al mismo tiempo grandes movimientos de tropas en el Champ de Mars y en los Invalides. ¡Permaneced alerta! ¡Permaneced alerta! Todo va bien pero hay que desconfiar, por si hubiera una contraofensiva.

El tono de esta carta —sobre todo si la comparamos al texto de más abajo de Vallès— puede parecer bastante frío. Pero es que Varlin piensa que la insurrección es prematura, ya que los revolucionarios no ocupan aún los puestos clave de la guardia nacional, y la reorganización de la clase obrera no está más que en sus comienzos, tanto en París como en provincias. Su realismo de proletario le pide prudencia, y cautela.

El Alba

El viejo mundo se desploma. La noche que recubría la tierra desgarró su manto. El alba surge.

¡Saludos, libertad! ¡Saludos, bendita revolución!

El proletario, esclavo del mundo antiguo, siervo de antes del 89, tres palabras diferentes, tres términos equivalentes, el proletario endereza su cuerpo destrozado por el trabajo.

Mártir del salario, cesa de sufrir, vas a vencer. Tú vas a vencer, si lo quieres, y tu triunfo, regado con tu sangre, será el triunfo de tus hermanos del mundo entero, que te miran.

¡Oh! Trabajador sublime, ayer bestia de carga, héroe hoy, comprendes pues al fin que tú eres el número, es decir, la fuerza, el derecho, la justicia. Comprendes pues al fin que tu emancipación sólo puede ser obra tuya; en una palabra que tu salvador, eres tú; tu Cristo, eres tú.

Ciego, ya no niegas la luz. ¡Ves, comprendes! ¡Todo se ha salvado!

¡Oh! proletario, ¡oh! muerto-de-hambre del universo, le creíais muerto y bien muerto, ese viejo pueblo de París que daba antiguamente al mundo la señal del despertar.

Había sufrido tanto, sin quejarse, había soportado tantas cadenas, su sangre había corrido tantas veces sin sentido que, desviando los ojos de la cuna inmortal de vuestra propia independencia, habéis, ahogando un suspiro, negado ese rincón de tierra salvadora.

¡Y sin embargo, os equivocabais! Ese pueblo vivía, sufría, esperaba.

El día ha llegado, la hora del combate ha sonado; está ya aquí, en pie, innumerable, y os grita: «¡Aquí me tenéis!».

¡Oh! Viejo, viejo mundo, banda de impostores, ociosos corrompidos, parásitos insolentes, todos los que vivís del trabajo de los demás, ¿comprendéis de una vez que vuestro reino ha concluido, y que hoy, con el triunfo del pueblo, la era del trabajo va a comenzar?

¿Comprendéis al fin que no se puede ya por más tiempo estrujar la materia humana para convertirla en oro, sin que llegue un día en que esta carne sangrante no aguante más? ¡Ese día ha llegado! Negadlo ahora.

Y nosotros los comunistas, cansados de trabajar ante vuestra ociosidad, no vamos a compartir con vosotros vuestro inútil oro —eterna calumnia— sino nuestro trabajo indispensable.

Hermanos del mundo entero nuestra sangre corre por vuestra libertad; nuestro triunfo es el vuestro: ¡Adelante todos!

¡Aquí está el alba!

Y fue el 19 de Marzo

«El sol se ha hecho comunero.»

«El tiempo es espléndido. Una brisa primaveral hace agitarse la bandera roja que ondea gozosa, sobre el Ayuntamiento, rodeado de cañones con aire bonachón», nos cuenta el insurrecto Gustave Lefrançais.

Por la noche los generales, trastornados, repliegan sus tropas con celeridad hasta Versalles. Thiers y su equipo de ministros y funcionarios huyen con la misma rapidez.

París despierta libre.

¿Quién va a administrar ahora los asuntos públicos? El Comité Central de la guardia nacional. Es decir, por primera vez en la historia los auténticos representantes del pueblo trabajador.

Escuchemos a Vallès al transmitirnos su asombro ante este gobierno que en nada se parece a los precedentes:

¿Dónde está el Comité Central?

¿El comité?... Está esparcido en esta habitación. Uno escribe, el otro duerme; éste charla, sentado a medias sobre una mesa; aquel contando una historia que hace reír a los demás remienda su révolver que tiene la boca del cañón partida.

No conozco a ninguno de ellos. Me dicen sus nombres: no los he oído en mi vida. Son los delegados de los batallones populares solamente en su barrio. Tuvieron éxito como oradores y como hombres de acción en las asambleas, a menudo tumultuosas, y de donde salió la organización federal. Yo no pude asistir a estas reuniones al estar obligado a esconderme antes y después de mi condena.

Están seis o siete, no más, en este momento, en esta gran sala donde el Imperio en uniforme dorado y en traje de gala, bailaba no hace demasiado tiempo.

Hoy, media docena de muchachos con zapatos toscos y con un quepis con plumilla de lana, vestidos con capote o guerrera, sin charretera ni dragona, bajo un techo de orlas adornadas con flores de lis, he ahí el gobierno.

Otro testigo de este suceso, Arthur Arnould, se asombra igualmente:

En el Ayuntamiento, había hombres de los que nadie conocía el nombre, porque esos hombres no tenían más que un nombre:

El Pueblo

La tradición se rompió. Algo inesperado acababa de suceder en el mundo.

Ni un solo miembro de las clases gobernantes estaba allí.

Una revolución estalló sin estar representada ni por un abogado, ni por un diputado, ni por un periodista, ni por un general. En su lugar estaban un minero del Creusot, un obrero encuadernador, un cocinero, etc.

Un hecho tal al producirse en París revelaba, repito, una situación sin precedentes.

En el libro de la historia se ha pasado una hoja, y entramos en un nuevo capítulo.

Desde luego Varlin forma parte de este núcleo de combatientes dispuestos a no dejarse arrebatarse las palancas de mando del nuevo poder en sus mismas narices, por los políticos habituales. Sin pensar en su fatiga —no han dormido desde hace veinticuatro horas—, se ponen inmediatamente manos a la obra. Es preciso antes de todo consolidar las posiciones adquiridas la víspera, es decir, ocupar los ministerios, neutralizar los elementos reaccionarios aún numerosos, hacer funcionar la máquina municipal que Thiers creía haber destrozado librándose de los funcionarios y de los dosieres.

El Comité Central comienza por tranquilizar a la población haciendo fijar carteles sobre los muros de la ciudad con las informaciones más importantes. De este modo, desde este 19 de Marzo, precisa que su intención de conducir los asuntos de esta manera, es temporal, y sólo hasta las elecciones próximas. Pero, a pesar de esta voluntad de no acaparar el poder, no por ello deja de tomar todas las medidas necesarias para la buena marcha del gobierno. Distribuye tareas, pero colectivamente. No más ministros, sino comisiones especializadas en las cuales la responsabilidad recae sobre varios. Varlin, que se hizo conocer y apreciar por su gestión en las cooperativas y restaurantes obreros, es nombrado con otros cuatro compañeros de equipo para la comisión de finanzas.

Es a la vez una tarea difícil y urgente, porque se precisa dinero en el más breve espacio de tiempo posible para pagar a los guardias nacionales. Un informe de la policía precisa: «en la segunda sesión del Comité Central que tuvo lugar en el Ayuntamiento, el 19 de Marzo de 1871, un tal Varlin propuso apoderarse del Banco de Francia con motivo del retraso en los pagos a los guardias nacionales. Este proyecto fue desestimado por llegar un préstamo de dos millones.»

Esta proposición de Varlin está de acuerdo con el conjunto de sus ideas; anteriormente, en las reuniones de la AIT, se había pronunciado en favor de la abolición del monopolio del Banco de Francia. Y sin embargo, mantiene una actitud legalista, ese 19 de Marzo y los días siguientes. Al encontrar los cofres cerrados en el Ministerio de Finanzas (las llaves habían sido llevadas a Versailles), el no insiste. Efectúa una segunda gestión, con el Banco de Francia esta vez, solicitando un millón

sobre el saldo debido, de nueve millones, de la ciudad de París.

¿Por qué esta moderación, este legalismo?

Varlin, en este 19 de Marzo, está inquieto por la aceleración que cobran los acontecimientos, conoce a las masas parisinas, y sabe que ellas no están preparadas para tomar el poder. El rechazo mismo de su propuesta de apoderarse del Banco de Francia le demuestra que el mismo Comité Central se mantiene en posturas legalistas, (su intención inmediatamente declarada de proceder a las elecciones con rapidez, se lo demuestra igualmente). Y por otra parte Varlin no está sólo para tomar decisiones. Está con él Jourde, al que su oficio de contable no le ha preparado en absoluto para una gestión revolucionaria.

Sufre también la autoridad de Beslay, patriarca del comité central favorable al socialismo liberal y que consideraba que el capital y el trabajo, procedentes del mismo tronco deben entenderse.

No puede, pues, por si mismo decidir una acción tan radical; si hubiera podido no lo hubiera hecho tampoco, pues estaba siempre atento a la opinión de la masa. Navega un poco a ciegas durante este período, ya que, arrastrados por los acontecimientos y no teniendo apenas tiempo de construir estructuras sólidas, los Internacionales están condenados a resolver los problemas aisladamente y paso a paso.

Varlin se dirige, pues, al Banco de Francia acompañado de Jourde después del mediodía. Son recibidos por el gobernador en persona, ellos, simples trabajadores. Ante este gran personaje, lleno de orgullo, no se arredran; exigen que se les

dé un millón. Obtienen la suma solicitada. Y mientras que se les prepara el dinero, hacen una pausa yendo al vecino café. Modesto placer, que resulta muy revelador sobre la manera de vivir de Varlin: piden dos centavos de pan, dos huevos y un cuartillo de vino. Después marchan con el dinero, y esa misma tarde pagan a los guardias nacionales.

Pero la jornada está lejos de acabar.

En el Ayuntamiento, hacia las ocho de la tarde, los alcaldes y los diputados parisinos elegidos en Febrero, manifiestan dentro de una sesión dramática, que no aceptan la gestión del Comité Central y vienen a reclamar el poder para ellos, que son los representantes legales.

Varlin desempeña un papel importante en este enfrentamiento; entra en liza con uno de los más virulentos, Georges Clemenceau, alcalde de Montmartre.

Extracto de este diálogo:

Clemenceau: Pero vamos a ver ¿qué quieren ustedes? ¿Es que acaso se limita su cometido a pedir un consejo municipal?

Varlin: Sí, queremos un consejo municipal, pero nuestras reivindicaciones no terminan ahí, y todos los que se encuentran aquí lo saben muy bien. Queremos las franquicias comunales para París, la supresión de la prefectura de París, el derecho para la guardia nacional de nombrar a todos sus oficiales, incluido el comandante en jefe, la rebaja de los alquileres vencidos hasta dejarlos por

debajo de 500 francos, y una rebaja proporcional para los otros, y una ley equitativa sobre los vencimientos, y por último que el ejército se retire veinte leguas de París.

Como en la discusión no se llegaba a nada en claro, y el Comité Central tenía otros problemas urgentes que resolver, se decide que una delegación continuará las conversaciones en la alcaldía del distrito 2. Varlin forma parte de esta delegación junto a tres camaradas, entre los cuales está Jourde. Cedamos la palabra a Lissagaray que narra la escena con vigor y realismo:

Schoelcher, Tirad, Louis Blanc, y todos los radicales y liberales a coro: «las municipalidades no tratarán con el Comité Central. No hay más que un poder regular: la reunión de los alcaldes investida por delegación del gobierno».

Los delegados: «No discutamos sobre eso. El hecho es que el Comité Central existe. Hemos sido nombrados por la guardia nacional. Ocupamos el Ayuntamiento pero ¿quieren hacer elecciones?»

«¿Cuál es su programa?».

Varlin lo expone. Se le ataca por todas partes. Los cuatro deben hacer frente a veinte oponentes. El gran argumento de los antiguos insurrectos de 1830, 1848 y 70 es que París no puede convocarse a sí mismo, sino que debe esperar el visto bueno de la Asamblea.

Los delegados: «El pueblo tiene el derecho de convocarse

a sí mismo. Es un derecho innegable que ha sido usado varias veces en nuestra historia en los días de gran peligro. Estamos en uno de estos momentos, ya que la Asamblea de Versalles negocia con la monarquía.»

Dos de los delegados aburridos se retiran. Varlin se queda con Jourde con la esperanza de encontrar una solución. Pero la discusión se eterniza con el enconamiento de unos y otros.

Súbitamente un cu-cu salió del reloj, y Louis Blanc hasta entonces concentrado, se puso en pie y agitando los brazos, e imaginándose en el 16 de Marzo de 1848 lanzó maldiciones: «Sois unos rebeldes contra la asamblea que ha sido elegida más libremente —palabras de Thiers. Nosotros mandatarios regulares no podemos negociar con unos insurrectos.»

Hastiado también, Jourde, abandona la sala. Varlin persevera en su tentativa de negociación. Lo que estaba en juego en el debate era importante, porque estos representantes «legales» poseen varios barrios de París. Lissagaray prosigue:

¿Pero qué podemos esperar de estos castrados que no han tenido suficientes agallas para disputar París a Trochu? Varlin una vez solo recibe los ataques de todo el grupo. Agotado, extenuado —esta lucha dura cinco horas— termina por ceder sin reservas. Y el aire libre recobra su serenidad, y de vuelta en el Ayuntamiento, dice a sus colegas que ha visto ahora la trampa, y les aconseja rechazar la pretensión de los alcaldes y diputados.

La bandera roja continúa ondeando en el Ayuntamiento

Después de esta dura jornada en la que se tuvieron que tomar decisiones sobre el terreno, el comité central refuerza sus posiciones. No entrega ni el Ayuntamiento ni el poder; y toma las medidas de urgencia necesarias: suspensión de la venta de objetos empeñados al Monte de Piedad, prórroga por un mes de los vencimientos, prohibición expresa a los propietarios de despedir a sus inquilinos... Desarrolla una política de gran información por medio de carteles, circulares y artículos publicados en el «Journal Officiel» (reorganizado desde el 19 de Marzo).

Esta actitud firme y realista atrae a las fuerzas de izquierda. El 22 de Marzo obtiene el apoyo de los socialistas del comité de los veinte distritos.

Al día siguiente la AIT, se pone a su lado y redacta un manifiesto programático invitando a la población a participar en las próximas elecciones:

Trabajadores,

Hemos combatido, hemos aprendido a sufrir por nuestro principio igualitario, no sabríamos retroceder cuando podemos ayudar a poner la primera piedra del edificio social.

¿Qué hemos pedido?

La organización del crédito, del intercambio de la asociación, para así poder asegurar al trabajador el valor íntegro de su trabajo.

La enseñanza gratuita, laica e integral.

El derecho de reunión y de asociación, la libertad absoluta de prensa, y la del ciudadano.

La organización desde el punto de vista municipal de los servicios de policía, de la fuerza armada, de higiene, de estadística, etc.

Hemos sido estafados por nuestros gobernantes, nos hemos dejado seducir por su juego, mientras ellos halagaban o reprimían alternativamente las facciones cuyo antagonismo aseguraba su existencia.

Hoy el pueblo de París es más perspicaz, se opone a representar el papel de niño dirigido por su preceptor, y en las elecciones municipales, producto de un movimiento del que ha sido el autor, recordará que el principio que preside la organización de un grupo, de una sociedad, es el mismo que debe gobernar la sociedad en su totalidad, y como rechazará todo administrador, presidente impuesto por un poder que no sale de su seno, rechazará por ello cualquier alcalde, cualquier prefecto impuesto por un gobierno ajeno a sus aspiraciones.

Afirmará su derecho, superior al voto de una asamblea,

de ser el amo en su propia ciudad, y de constituir como le convenga su representación municipal sin pretender imponérsela a los otros.

El 26 de Marzo, estamos convencidos, el pueblo de París votará con orgullo por la Comuna.

El Comité Central, seguro de sus apoyos, se reafirma en sus posiciones:

Considerando que la situación requiere medidas urgentes..., los poderes militares se entregan a los delegados Brunel, Eudes y Duval. Tendrán el cargo de generales y actuarán de común acuerdo, en espera de la llegada del general Garibaldi, aclamado como general en jefe.

Se procede pues a la eliminación de los últimos focos reaccionarios en particular el de la alcaldía del distrito 2. Viendo que la situación cambiaba de signo, los que se oponían o bien pactaban con los «insurrectos» o bien abandonaban la capital para refugiarse en Versalles.

Varlin por su parte, ante las tergiversaciones realizadas por el gobernador del Banco de Francia le envía una especie de carta ultimátum, apoyada por la presencia de dos batallones delante del edificio.

Señor gobernador:

Mantener hambrienta a la población parisina es el arma de un partido que se dice honesto. El hambre no va a

desarmar a nadie, no hará mas que empujar a las masas a la masacre y a la devastación. Queríamos evitar estos males; y la banca nos podía ayudar. Sin embargo prefirió ponerse de parte de los hombres que quieren hacer triunfar, cueste lo que cueste la República.

Recogemos el guante que se nos lanzó, dejando a los que, por sus personalidades no dudan en irritar el furor popular, a la espantosa responsabilidad de su conducta.

En cuanto a nosotros, cumplimos con nuestro deber, y si nuestra actitud conciliadora se interpretó como una muestra de temor, probaremos que se equivocaron los que así pensaban. ¡Que la Banca se vuelva atrás sobre esas decisiones funestas que parece haber tomado!

No nos presentaremos allí. Si la Banca está dispuesta a entregar el complemento, o sea, los setecientos mil francos, deberá venir al Ministerio de Finanzas antes del mediodía. Ya que a partir de esa hora se tomarán las medidas más enérgicas y necesarias.

¡Viva la República!

El 25 de Marzo, el Comité Central, convoca por medio de carteles a los electores para el día siguiente, con la voluntad de eclipsarse ante los futuros elegidos del pueblo. Cedamos de nuevo la palabra a Lissagaray, que nos explica con claridad todo lo positivo de esa breve gestión:

Al lado de esos mandarines de la tribuna, de la historia, del periodismo, incapaces de encontrar una palabra o un gesto vital, aquí están los hijos de la masa, sin nombre; plenos de voluntad, vigor y elocuencia. Su convocatoria de despedida fue tan digna como un advenimiento: «No olvidéis que los hombres que os servirán mejor son los que elijáis entre vosotros, los que vivan vuestra propia vida y los que sufran de vuestros mismos males. Tened cuidado tanto con los ambiciosos como con los advenedizos... Tened cuidado igualmente con los charlatanes... Evitad aquellos a los que la fortuna ha favorecido, porque muy raramente aquellos que poseen fortuna están dispuestos a mirar al trabajador como a un hermano... Confiad en aquellos que no soliciten vuestros sufragios. El verdadero mérito es la modestia, que consiste en conocer a los trabajadores, y no en exhibirse ante ellos.»

Podían bajar con la cabeza muy alta los escalones del Ayuntamiento, ésos sin nombre que acababan de llevar a buen puerto la revolución del 18 de Marzo. Nombrados únicamente para defender la República, y lanzados a la cabeza de una revolución sin precedentes, habían sabido resistirse a los impacientes, contener a los reaccionarios, restablecer los servicios públicos, abastecer de comida a París, desbaratar las trampas, aprovecharse de los fallos de Versalles y de los alcaldes, e importunados por todos los lados, y estando al borde cada minuto de la guerra civil, actuar y negociar en el momento y lugar deseados. Supieron pensar lo que convenía hacer cada día, limitar su programa a las reivindicaciones municipales, y conducir a la población entera a las urnas. Crearon un lenguaje vigoroso,

fraternal y desconocido para los poderes burgueses.

Eran unos desconocidos, casi todos con enseñanza incompleta, algunos exaltados. Pero el pueblo pensó con ellos y les envió sus bocanadas de inspiración que engrandecieron la Comuna del 92-93. París fue el brasero, y el Ayuntamiento la llama. En ese Ayuntamiento donde los burgueses ilustres habían acumulado traiciones y ruinas, los recién llegados encontraron la victoria por haber escuchado a París.

Capítulo Noveno

Aniquilación de la Comuna y muerte de Varlin

«Elegido en tres distritos»

El domingo 26 de Marzo significó para Varlin una consagración popular dentro de su práctica militante: fue el único que salió elegido por tres distritos (6, 12 y 17), con la décima parte de los votos de todos los electores parisinos. Los trabajadores, mediante este voto masivo le manifiestan a la vez su estima y su confianza. Y podemos imaginarnos que, a pesar de su aspecto serio y reservado habitual, participe de la gran alegría colectiva que se desbordó el 28 de Marzo con la proclamación de la Comuna ante el Ayuntamiento.

No tuvo tiempo de dejarnos sus impresiones sobre esta jornada histórica, así como sobre otros sucesos. Pero confiamos en los entusiastas testimonios de Lissagaray y de Vallès:

El 27, Thiers decía desde su tribuna: «Francia no permitirá que triunfen en su seno esos miserables que desearían cubrirla de sangre.»

Al día siguiente los 200.000 miserables fueron al Ayuntamiento a instalar a sus elegidos. Los batallones, a tambor batiente y con la bandera coronada con el gorro frigio, y la franja roja en el fusil, contingentes de soldados de infantería, artilleros y marinos fieles a París descendieron por todas las calles hasta desembocar en la plaza de la Gréve, como los afluentes de un río gigantesco. En medio del Ayuntamiento, frente a la puerta central se colocó un gran estrado. El busto de la República, con la banda roja en bandolera, irradiando rojas haces, domina y protege desde su atalaya. Inmensas bandoleras en la fachada y en la torre del Ayuntamiento ondean, enviando un saludo a Francia. Cien batallones se alinean ante el Ayuntamiento, con sus bayonetas que el sol alegra. Aquellos que pudieron penetrar, se alinean sobre las aceras de la calle Rivoli y del Boulevard Sebastopol. Las banderas agrupadas ante el estrado, la mayor parte rojas, y algunas tricolores, pero todas engalanadas de rojo, simbolizan la ascensión del pueblo.

Lissagaray

¡Que jornada!

El sol tibio y claro, que dora la boca de los cañones, y el olor de los ramos de flores, las ondulaciones de las banderas, el murmullo de esta revolución que transcurre tranquila y bella, como un río azul; los estremecimientos, los resplandores, las fanfarrias que tocan, los reflejos del

bronce, las llamaradas de esperanza, el perfume de honor, el ejército victorioso tiene una razón por la que embriagarse de orgullo y de alegría.

¡Oh, gran París! ¡Fuimos unos miserables, al hablar de dejarte y abandonar tus barrios que creíamos muertos!

¡Perdón! ¡Oh patria del honor, ciudad de la salud, vivaque de la revolución!

Suceda lo que suceda, y aunque debiéramos ser vencidos nuevamente y morir mañana, nuestra generación estará satisfecha. Hemos sido recompensados por veinte años de derrotas y angustias.

¡Cornetas! ¡Sonad en el viento! ¡Tambores! ¡Resonad en los campos!

¡Abrazame camarada! que tienes como yo el pelo gris! ¡Y tu chiquitín, que juegas a las canicas detrás de las barricadas, ven a abrazarme también. ¡El 18 de Marzo te ha salvado, chiquillo! Podrías, como nosotros, haber crecido en la niebla, chapotear en el barro, nadar en sangre, morir de vergüenza y experimentar el indescriptible dolor de los deshonrados.

¡Se acabó! Nos hemos desangrado y llorado por ti. Tu recogerás nuestra herencia.

¡Hijo de los desesperados serás un hombre libre!

«Habla muy poco, pero siempre en el momento justo»

¿Cómo se comporta Varlin durante los setenta y dos días de la Comuna? Se mantiene igual en su rigor y en su realismo. El poder no se le sube a la cabeza, como les ocurrió a otros; continúa viviendo modestamente y comiendo en la Marmita o en otros restaurantes populares, vestido con su usada chaqueta de obrero encuadernador. Asume las funciones de miembro de la Comuna con seriedad, y asistiendo a las sesiones de forma regular. «Habla muy poco, pero siempre en el momento justo», precisa Lissagaray.

Parece que se siente a disgusto en este ambiente de verborrea de las sesiones que se celebran dos veces al día. Su amigo Faillet lo evoca: «el tumulto y la incoherencia de los debates y la charla de los ciudadanos consagrados a la causa pero sin duda desequilibrados, le hieren y abruman de dolor». Efectivamente si nos atenemos a algunas intervenciones que él hizo, podemos observar su furia contenida, ante este despilfarro de un tiempo tan precioso: «Soy de la opinión de que perdemos demasiado tiempo aquí; los que chillan más, no son los que más hacen». «Creo que cada vez que concebís algún decreto, sería conveniente que encargárais a alguien la ejecución de ese decreto». Por ejemplo el 4 de Abril, protesta porque el decreto de separación de Iglesia y Estado fue votado sin que se constituyera una comisión encargada de las congregaciones.

Varlin no es considerado por el conjunto de sus colegas como un auténtico representante de la Comuna, ya que no le otorgan los votos suficientes como para que sea elegido para la Comisión Ejecutiva. Esta está constituida no por obreros, (son nada más que veinticinco de los ochenta y cinco miembros de la Comuna) sino por intelectuales, salidos de la burguesía y estando claramente marcados por sus escritos y su pasado político.

Varlin es, pues, nombrado una vez más para la Comisión de Finanzas, a causa de la reputación que tiene de buen administrador.

Cumple su misión con rigor. Su amigo Faillet señala sobre esto: «*Le Journal Officiel* estaba plagado de sus severas órdenes para controlar los gastos».

Sobre esto, podemos decir que rechaza pagar una factura por un traje de paño, con galones, pedido por el general Eudes, diciendo: «Si el ciudadano Eudes no encuentra digno de él, el uniforme de los federados, que pague de su bolsillo la diferencia. Porque la Comuna no tiene dinero para pagar vestimentas lujosas.»

No admite tampoco, que se interprete de una forma elástica el reglamento Así, el 31 de Marzo, firma una circular, junto con Jourde destinada a poner fin a algunos abusos: «La paga de 1,50 francos asignada a los guardias nacionales es esencialmente personal. Los contribuyentes que quebranten esta orden tendrán que rendir cuentas ante el Tesoro.»

La misma firmeza se da en el *JO* del 4 de Abril: «Serán

perseguidos como malversadores aquellos que hayan sustraído una parte, cualquiera que sea, de los recursos de la Comuna.» Se muestra igual de intransigente frente a los representantes de la burguesía: habiendo convocado a los directores de los ferrocarriles conduce la discusión con tanto vigor que estos altos funcionarios llegan a demostrar su vileza, consiguiendo asquear a uno de los testigos de la escena.

A partir del 21 de Abril, Varlin abandona las finanzas para administrar las subsistencias; el 2 de Mayo, es director general de la manutención y de los aprovisionamientos militares, lo que le conduce a formar parte de la Comisión de la Guerra. Tiene pues, grandes responsabilidades en el momento en que el cerco versallés se estrecha alrededor de París.

A pesar de ello, continúa asistiendo a las sesiones de la Comuna y, en la marejada de las discusiones se hace notar por la calma y realismo de sus intervenciones. Su objetivo sigue siendo antes que nada servir a los trabajadores. El 29 de Marzo, propone que la suspensión de la venta de objetos del Monte de Piedad se prolongue, «en espera, precisa él, de que un decreto especial venga a determinar la forma más ventajosa para el proletario». El mismo día, de su sugerencia y de la de un camarada de la AIT, se vota el decreto sobre la rebaja de los dos últimos plazos a los inquilinos. El 28 de Abril, exige que sea aplicado el decreto votado sobre el trabajo nocturno de los panaderos.

Pero es ese mismo 28 de Abril cuando las cosas se deterioran en el seno de la Comuna. Un comunero ante la situación militar que se agrava cada vez más, propone que se designe un Comité

de Salud Pública compuesto de cinco miembros provistos de grandes poderes.

Una línea, más o menos delimitada, desde el 28 de Marzo divide abiertamente a la asamblea. Por un lado, una mayoría nostálgica de la Gran Revolución, se aferra a esta institución de 1793 creyendo encontrar en ella una panacea para las dificultades actuales. Por otro lado, la minoría, de la que forma parte Varlin, que rechaza volver la cara al pasado, plenamente consciente de la ruptura que supone el 18 de Marzo. En el momento de la votación, el 1 de Mayo, esta minoría precisa las razones de su oposición: «Los abajo firmantes, considerando que han votado contra la institución llamada Comité de Salud Pública, en la que no han visto otra cosa que el olvido de los principios de la reforma seria y social de la cual salió la revolución social del 18 de Marzo; y contra el retorno peligroso o inútil, violento o inofensivo a un pasado que debe instruirnos pero sin que tengamos que plagiarle; declara que no presentarán ningún candidato y que consideran en lo que a ellos respecta, la abstención como la única actitud digna, lógica y política».

Se delimita una verdadera escisión, tanto más cuanto que el Comité de Salud Pública se descubre como impotente para romper el cerco versallés; que el fuerte de Issy es tomado y que Rossel presenta la dimisión.

Para luchar contra un clima que cree de traición la Comuna decide formar un comité secreto con el fin de proceder, al resguardo de las miradas, al nombramiento de un segundo comité. Esta vez Varlin se irrita: «el Comité de Salud Pública

después de haber comprometido la salud pública en vez de asegurarla, nos pide la abolición del Comité de Salud Pública».

El 15 de Mayo, la minoría intenta un acercamiento, presentándose en la sala de sesiones. Entonces ésta es voluntariamente abandonada por los otros miembros de la Comuna. Tras una hora de espera, los de la minoría redactan un manifiesto en el que declaran su voluntad de que cada uno se responsabilice de sus tareas, en lugar de dejarlas en manos de un puñado de líderes:

Por un voto especial y preciso, la Comuna de París ha abdicado su poder en las manos de una dictadura a la cual ha dado el nombre de salud pública.

La mayoría de la Comuna se ha declarado irresponsable por su voto y ha abandonado a ese comité todas las responsabilidades de nuestra situación.

La minoría a la cual pertenecemos afirma, por el contrario, que la Comuna debe, en el movimiento revolucionario, político y social, aceptar todas las responsabilidades y no declinar ninguna, por dignas que sean las manos en las cuales se las querría abandonar.

En cuanto a nosotros, queremos como la mayoría, la realización de las renovaciones políticas y sociales; pero, en contra de su opinión, reivindicamos, en el nombre de los sufragios a los cuales representamos, el derecho de responder de nuestros actos únicamente ante nuestros electores, sin escudarnos tras una suprema dictadura que nuestro mandato no nos permite aceptar ni reconocer.

No nos presentamos, pues, a la asamblea más que el día en que se constituya en corte de justicia para juzgar a uno de sus miembros.

Consagrados a nuestra gran causa comunal, por la que tantos ciudadanos mueren todos los días, nos retiramos a nuestros distritos, tal vez demasiado descuidados. Convencidos, por otra parte, el problema de la guerra prima en este momento sobre todos los demás, el tiempo que nuestras funciones municipales nos dejen, lo pasaremos en medio de nuestros hermanos de la guardia nacional y tomaremos parte en la lucha decisiva sostenida en el nombre de los derechos del pueblo.

Allí al menos, serviremos útilmente nuestras convicciones y evitaremos crear en la Comuna perturbaciones que todos reprobamos, convencidos de que, mayoría o minoría, a pesar de nuestras divergencias políticas, perseguimos el mismo objetivo:

La libertad política, la emancipación de los trabajadores.

¡Viva la república social!

Desde el día siguiente, la mayoría reacciona destituyendo cuatro miembros, entre ellos Varlin, de la Comisión Militar.

¿Qué pensar de esta ruptura en el seno de la Comuna?

Para Varlin, la oposición al Comité de Salud Pública expresa la

voluntad de dar la espalda al pasado y de hacer avanzar la revolución social que, desde hace años, es el objetivo de los Internacionales y de un buen número de trabajadores. Hubiera creído traicionar el espíritu mismo de esta revolución al aceptar el principio de la delegación de poder en un puñado de ciudadanos, y al dejar a un lado la forma de democracia directa que caracterizaba el funcionamiento de la Comuna.

¿Era necesario manifestar de forma tan radical esta oposición en el momento en que los versalleses, reforzados por cien mil prisioneros que les había enviado muy complacientemente Bismarck, iban a poder lanzar un asalto contra París? ¿Pero es la minoría la que ha provocado la ruptura? ¿No es más bien la mayoría que apegada a los recuerdos de 1789, con el pretexto del voto de oposición de la minoría la aparta de sus deliberaciones, como parece probarlo la jornada del 15 de Mayo?

Por otra parte, los acontecimientos se sucedieron luego tan de prisa que la posibilidad de reunificación no tuvo ni tan siquiera el tiempo de plantearse verdaderamente. Es cierto que si la Internacional hubiera llegado a una fase más avanzada, sus miembros habrían podido apoyarse en sus decisiones para llevar la acción y constituir un grupo homogéneo y por tanto mucho más fuerte.

Sin embargo, como veremos, hasta la última barricada de la Comuna, Varlin asumirá, con calma y decisión, todas las obligaciones de la función que le había sido delegada el 26 de Marzo por los trabajadores de París.

«El primer gobierno de la clase obrera»

Pero antes de proseguir con el análisis de la práctica militante de Varlin durante estas últimas jornadas de la Comuna, es necesario que nos detengamos, brevemente, en el análisis de lo que fue y realizó esta Comuna, que, compuesta de algo más de ochenta miembros, entre los cuales está Varlin, tomó medidas que son aún ejemplares después de un siglo. Ahorrémonos un párrafo inútil y cedamos la palabra a Marx que, en *La guerra civil en Francia*, supo expresar de forma a la vez magistral y entusiasta, el carácter alternativo de este primer «gobierno de la clase obrera»:

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando por primera vez, los simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus «superiores naturales», gozando de él y en unas circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor modestamente, concienzudamente y de un modo eficaz (y la realizaron con unos sueldos de los cuales el más alto apenas si representaba una quinta parte de lo que, en opinión de una alta autoridad científica, el profesor Huxley, es el sueldo mínimo que se puede entregar a un secretario del consejo de la instrucción pública de Londres), el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia, ante el espectáculo de la bandera roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Ayuntamiento. (...)

La Comuna no debía ser un organismo parlamentario, sino una corporación activa, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo el instrumento del gobierno central, la policía fue inmediatamente despojada de sus atributos políticos y transformada en instrumento de la Comuna, responsable y revocable en todo momento. Se hizo lo mismo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna hasta el más bajo, los cargos públicos debían tener una asignación correspondiente al salario de un obrero. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron al mismo tiempo que los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de las criaturas del gobierno central. No solamente la administración municipal sino también toda la iniciativa hasta entonces llevada por el Estado se puso en manos de la Comuna.

Una vez abolidos el ejército permanente y la policía, instrumentos de fuerza material del antiguo gobierno, la Comuna pone su empeño en destruir la fuerza espiritual de la represión, el poder de los curas; para ello decreta la disolución y expropiación de todas las iglesias al ser éstas corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, para vivir de las limosnas que recibieran de los fieles, al igual que lo hicieran sus predecesores, los apóstoles. La totalidad de los establecimientos de enseñanza se abrieron al público de forma gratuita y, al mismo tiempo emancipados de toda injerencia eclesiástica o estatal. De esta manera, no solamente la enseñanza era accesible a todos, sino que la

ciencia misma se liberaba de las trabas que le ponían los prejuicios de clase y el poder gubernamental.

Los funcionarios de la justicia fueron despojados de esa fingida independencia que no había servido más que para enmascarar su vil sumisión a todos los gobiernos sucesivos, a los que habían prestado juramento de fidelidad para violarlo a continuación. Al igual que los restantes funcionarios públicos, magistrados y jueces debían ser elegidos, y al mismo tiempo responsables y revocables.

La Comuna de París debía, con seguridad, servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido el régimen de la Comuna en París y en los centros secundarios, el antiguo gobierno centralizado tendría que verse obligado a dar paso, también en las provincias, al gobierno de los productores por los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice expresamente que la Comuna debía ser la forma política a imperar incluso en las mas pequeñas aldeas del campo, y que en las regiones rurales, el ejército permanente debía ser sustituido por una milicia popular con un tiempo de servicio extremadamente corto. Las comunas rurales de cada departamento debían administrar sus asuntos comunes por medio de una asamblea de delegados en la capital del departamento correspondiente, debiendo enviar estas asambleas a su vez, diputados a la delegación nacional en París; los delegados debían ser en todo momento revocables y estar absolutamente obligados a las instrucciones de sus electores. Las funciones, poco

numerosas pero importantes, que quedaban todavía para un gobierno central no debían suprimirse, como se ha dicho falsamente, y a propósito, sino que debían ser desempeñadas por funcionarios de la Comuna, y por tanto responsables. La unidad de acción no debía romperse, sino al contrario, organizarse por medio de una Constitución comunal; y así ella debería convertirse en una realidad al destruirse el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de esta unidad, queriendo ser independiente de la nación y superior a ella, y no siendo más que una excrecencia parasitaria. (...)

Sí, señores, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase, que daba como resultado que el trabajo de un gran número se transformará en la riqueza de unos pocos. La Comuna tenía como objetivo la expropiación de los expropiadores. Quería hacer de la propiedad individual una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, hoy esencialmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de un trabajo libre y asociado. (...)

La clase obrera no esperaba milagros de la Comuna. Ella no tiene ninguna utopía lista para introducir por decreto del pueblo. Y sabe que para realizar su emancipación y con ella esa forma de vida superior, a la cual tiende irremisiblemente la sociedad actual, en virtud de su propio desarrollo, habrá de sostener largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. La clase obrera no tiene que realizar ningún ideal, sino únicamente

dar rienda suelta a los elementos de la nueva sociedad que lleva en sus entrañas la agonizante vieja sociedad.(...)

La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia y su labor. Sus medidas particulares no podían indicar otra cosa que la tendencia hacia un gobierno del pueblo por el pueblo. Algunas de ellas fueron la abolición del trabajo nocturno de los compañeros panaderos; la prohibición bajo pena de multa de la práctica en uso por los patronos, que consistía en reducir los salarios de sus obreros al imponerles multas por cualquier pretexto, proceso por el cual el patrono combina en su propia persona los papeles de legislador, juez y verdugo, y además se embolsa dinero. Otra medida de este orden fue la entrega a las asociaciones obreras, a reserva del pago de una indemnización a todos los talleres y fábricas que se encontraban cerrados, lo mismo si los capitalistas que los regentaban habían desaparecido, o si habían preferido suspender el trabajo.

Por otra parte, el 12 de Abril de 1871, en una carta a Kugelmann, Marx describe lo esencial —positivo y negativo— de este «asalto del cielo» por los trabajadores de París:

Si vuelves a leer el último capítulo de mi 18 Brumario, verás que expreso la idea siguiente: la próxima tentativa revolucionaria en Francia no deberá, como se ha hecho hasta ahora, hacer pasar de mano en mano el aparato burocrático militar, sino destrozarlo. Es esta la condición

previa a toda auténtica revolución popular en el continente. Y por otra parte es lo que intentan nuestros camaradas parisinos. ¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica, qué capacidad de sacrificio la de estos parisinos! Después de haber estado, durante seis meses, hambrientos y desorganizados, mas bien por la traición interior que por el enemigo exterior, he aquí cómo se sublevan, frente a la amenaza de las bayonetas prusianas, ¡como si el enemigo no estuviera a las puertas de París!, ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania!, ¡la historia no conoce otro ejemplo de parecido heroísmo! Si ellos sucumben, sera únicamente por haber tenido demasiada buena intención.

Se debió emprender en seguida un ataque contra Versalles, una vez que Vinoy y la fracción reaccionaria de la guardia nacional de París hubiera abandonado la capital. Por escrúpulos de conciencia se dejó pasar el momento oportuno. No querían desencadenar la guerra civil, ¡como si ese tipejo mal parido de Thiers no la hubiera ya desencadenado al intentar desarmar a París!

El segundo error fue que el Comité renunció demasiado pronto para dejar paso a la Comuna. Una vez más un exceso de honestidad. De cualquier forma, la actual insurrección de París, incluso aún sucumbiendo por los ataques de los lobos, cerdos y sucios perros de la vieja sociedad, es la proeza más gloriosa del proletariado desde la insurrección parisina de Junio.

«Pero conserva su sangre fría y su coraje»

El domingo 21 de Mayo, los versalleses penetran en París por La Porte Saint-Cloud.

La guerra en las calles —escribe un amigo comunero de Varlin— reemplazó a los combates de las afueras, y fue tan terrible como implacable. Sin esperanza de éxito, los combatientes de la Comuna, no cedían ni siquiera lo que se les había arrancado, defendiendo bravos e indomables, la ciudad de la revolución contra los soldados de la coalición de todos los reaccionarios.

En esta lucha desesperada, Varlin se multiplicó; el hombre de estudios, de propaganda y de organización era también un buen participante en las acciones heroicas...

Desde el domingo 21 de Mayo al domingo siguiente, Varlin no deja de organizar la resistencia de barrio en barrio. Los dos primeros días, con su franja roja cruzándole el pecho, y su fusil al hombro, tranquilo pero serio, intenta en primer lugar, detener a los versalleses en la ribera izquierda del Sena, y más concretamente en el barrio del que él es responsable, el distrito 6. Se ocupa de que sólidas barricadas se levanten en la calle de Rennes, en la calle de Vaugirard, después en la encrucijada de Buci, calle Racine. Se ocupa también de los problemas sociales creados por esta ofensiva de los versalleses: en compañía de Courbet y Beslay, lanza un llamamiento para conseguir alojamiento para las familias que

abandonan los sectores ocupados por el ejército de la represión:

Las bombas y los obuses de los que se dicen defensores del orden llueven sobre nuestros barrios periféricos. Numerosas familias se ven obligadas a abandonar sus hogares destruidos, para venir a buscar un refugio en el centro de la ciudad. Debemos ofrecerles una fraternal hospitalidad... En nuestro distrito, existen gran número de locales libres; lo que importa es ponerlos inmediatamente a la disposición de nuestros conciudadanos, que vienen a pedirnos asilo. Invitamos, a este efecto, a los propietarios y porteros de casas donde existan alojamientos vacantes o abandonados, a venir a hacer la declaración a la alcaldía lo más rápidamente posible. Todos los ciudadanos deben controlar y completar si es necesario las declaraciones de propietarios y porteros.

Debe a su vez replegarse hacia el Este, franquea el boulevard Saint-Michel y hace fuego desde las barricadas que rodean al Panteón. El 24 se hace preciso atravesar el Sena para llegar a los últimos bastiones de la Comuna, que son los barrios obreros del Este de París.

El 25 de Mayo, junto con una veintena de delegados, Varlin participa en la última reunión de la Comuna. Tiene lugar en la alcaldía del distrito 11, en la plaza Voltaire; la misma plaza donde un mes antes, se había quemado la guillotina, dentro de una atmósfera de fiesta popular.

A la salida de la reunión, Delescluze, desesperado, se hace

matar en una barricada próxima. Varlin le reemplaza como delegado de guerra: firma órdenes, otorga bonos o dinero para lo que se necesita; intenta también impedir, en la calle Haxo la ejecución de cincuenta rehenes —exigua cifra frente a la violencia institucionalizada por Thiers. Ya que los versalleses cuando toman una a una las barricadas del barrio masacran todo lo que encuentran en su camino, ya sean mujeres, hombres o niños.

El 27 de Mayo es cuando sin duda Varlin da su última orden: hace una llamada general para concentrar los batallones. Ese día, en el último reducto de resistencia, del lado de Belleville, Vallès encuentra a Varlin. El nos cuenta:

Tal vez era mediodía. Moríamos de hambre. Las provisiones eran escasas. Se podían encontrar; pero faltaba el dinero. Esos ladrones de los confederados, armados con cartuchos y fusil, en número de treinta o cuarenta, estando en casa de un pobre hombre, le preguntaron riendo, si estaba a favor de Versalles o de París.

—Soy posadero, dijo él.

Ninguno de aquellos hombres cubiertos de pólvora y de sangre tomó un pedazo de pan sin pagarle. Hubo que hacer una colecta para que todo el mundo comiera. Fue preciso regatear. El posadero era el que tenía la ventaja. Ganó sus buenos cien centavos.

Cada uno fue donde creía que se encontraban sus amigos. Me dijeron que Varlin estaba en algún sitio dando órdenes.

Nos fuimos hacia allí, y vi a Varlin sentado al lado del coronel.

Estuvimos juntos el primer día de la semana. Estaba entonces sonriente y lleno de esperanza, delante de la barricada de la calle de Rennes, apuntando hacia la Gare Montparnasse. El cielo estaba azul y el sol era radiante, y el pueblo estaba por todos los lados en armas, y los adoquines se apilaban como montones de naranjas.

Hoy llueve —es un tiempo como el que hace hoy en Londres—, aunque es el 27 de Mayo, el mes de las rosas, cae una lluvia fría como la nieve y el terreno donde se encuentran los últimos reductos del París vencido es socavado y manchado de barro. Nuestros zapatos casi cubiertos de sangre manchan de rojo el barro.

Varlin esta pálido, con los ojos hundidos, y los labios temblorosos.

Conserva su sangre fría y su coraje. ¡Pero el panorama y las noticias son tan tristes! Los fusiles lavados por el agua del cielo, congelan las manos —las noticias de las barricadas hielan el corazón.

Me siento cerca de él.

—Vienes que ni a propósito para ayudarme a encontrar la consigna.

—Belleville, ya que allí estamos y allí vamos a morir.

—¿Y la contraseña?

—Bouchotte.

El no sabía lo que significaba Bouchotte. No había tenido tiempo de leer todos los libros, e ignoraba que fue Bouchotte quien hizo la gloria de Carnot y organizó la victoria. Adoptamos Bouchotte y Belleville. Fue la última palabra de la Comuna.

Algunos hombres que esperaban se marcharon y nosotros nos quedamos delante de la mesa, con los pies en el barro temblando —era el frío.

Charlábamos como se hace en las horas más trascendentales.

Teníamos con nosotros a un hombre —un viejo honrado— de barba blanca y ojos claros— que la cólera había vuelto loco. Le habían matado a su hijo y a su hijita de ocho años. Escupía contra el cielo y contra Versalles con gritos llenos de lágrimas.

—Y todavía se tratará al pueblo de malvado. Y a nosotros se nos llamará bandidos.

—Sí, dice Varlin; seremos despedazados vivos. Muertos, seremos arrastrados por el barro. Mataron a los combatientes y matarán a los prisioneros y acabarán con los heridos. Los que queden irán a pudrirse a la cárcel. Pero la historia terminará por ver claro, y dirá que hemos salvado a la República.

Recuerdo estas palabras, como si aún me encontrara allí, me lo imagino incluso, delgado, frente del pueblo agonizante y ante la bandera social que ondeaba sobre nuestras cabezas.

Más tarde, Varlin muere. Le despedazaron vivo dos días después. Pero el recuerdo de esa forma de hablar tranquila, y lanzada en la tempestad de los cañones, me asalta cada vez que leo un relato sobre los suplicios en las prisiones o en los pontones, en Nouméa o en la isla de Nou. En días como esos, no puedo evitar el pensar, el considerar, que soy un proscrito pero libre, que pertenezco al regimiento de los afortunados en la derrota, al considerar, a todos aquellos que han sufrido el horror del pontón y de la cárcel, y al pensar, en las mujeres que se han quedado viudas, en las hijas que pueden convertirse en prostitutas y en los padres muertos de tristeza porque los hijos han sido deportados, y en los niños que fueron dejados solos en la casa que las bayonetas excavaron.

—¡No obstante es verdad! lo que dijo Varlin el 27 de Mayo de 1871.

Lissagaray relata a su vez:

A las diez, la resistencia se reduce al pequeño cuadrado que forman las calles de Faubourg-du-Temple, de los Trois-Bornes, de las Trois-Couronnes y el boulevard

Belleville. Dos o tres calles del 20 se debaten aún, entre otras la calle Ramponneau. Una pequeña falange, dirigida por Varlin, Ferré, Gambon, con la banda roja en la cintura, y el mosquetón en bandolera, baja por la calle des Champs y desemboca en el boulevard saliendo del distrito 20. Un garibaldino de una talla gigantesca lleva una inmensa bandera roja.

Entran en el distrito 11. Varlin y sus compañeros van a defender la barricada de la calle de Faubourg-du-Temple y de la calle Fontaine-au-Roi. Pero es inaccesible de frente; los versalleses dueños del hospital Saint-Louis consiguen envolverla por las calles Saint-Maur y Bichat. A las once, los confederados ya no tienen casi cañones, los dos tercios del ejército les rodean. En las calles del Paubourg-du-Temple, Oberkampf Saint-Maur, Parmentier, se quiere aún luchar. Allí hay barricadas que no pueden ser envueltas y casas sin salidas. La artillería versallesa las cañonea hasta que los confederados han consumido todas sus municiones. Quemado el último cartucho, se lanzan sobre los fusiles que les rodean.

La fusilería se amortigua; se producen largos silencios. El domingo 28 de Mayo, al mediodía, el último cañonazo se dispara en la calle de París que los versalleses han tomado. La pieza rellena con doble carga eleva el supremo suspiro de la Comuna de París.

La última barricada de las jornadas de Mayo esta en la calle Kamponneau. Durante un cuarto de hora, un solo confederado la defiende. Por tres veces rompe el asta de la

bandera versallesa izada sobre la barricada de la calle de París. Como premio a su valor, el último soldado de la Comuna logra escaparse (...)

Los emigrados de Versalles, los inmundos que traen las victorias cesarianas, ensordecían los boulevards. Desde el martes, este populacho se precipitaba sobre los convoys de prisioneros, aclamaba a los gendarmes a caballo —se vieron damas besarles las botas—, aplaudían a las jardineras sangrantes, acaparaban a los oficiales que relataban sus hazañas en las terrazas de los cafés, rodeados por gran número de muchachas. Los paisanos competían en desenvoltura con los militares. El que no había pasado de la calle Montmartre, describía la toma del Château-d'Eau, y se jactaba de haber abatido su buena docena de confederados. Mujeres elegantes iban, finamente, a mirar los cadáveres y, para disfrutar de los valerosos muertos, con el extremo de la sombrilla levantaban los últimos vestidos (...)

Terminada la lucha, el ejército se convirtió en un vasto pelotón de ejecución. En Junio del 48, Cavaignac había prometido el perdón y asesinó; Thiers lo había jurado por las leyes, y dejó carta blanca al ejército. Él estaba «a favor del más grande rigor», a fin de poder decir su famosa frase: «El socialismo se acabó por mucho tiempo».

Más tarde, diría que el soldado no puede ser contenido; excusa inadmisibile, las más grandes masacres se realizan después de la batalla.

El domingo 28, finalizada la lucha, varios miles de personas reunidas en los alrededores del Père-Lachaise fueron llevadas a la prisión de la Roquette. Un jefe de batallón permanecía en la entrada, evaluaba a su antojo a los prisioneros y decía: ¡A la derecha! o: ¡A la izquierda! Los de la izquierda eran para ser fusilados. Una vez vaciados sus bolsillos, se les alineaba ante un muro y se les mataba. En frente del muro, dos sacerdotes murmuraban para sí las oraciones de los agonizantes.

Del domingo al lunes por la mañana, solamente en la Roquette, se mató a novecientas personas. La sangre corría por fuerza en los arroyos de la prisión. Los mismos asesinatos se producían en Mazas, en la Escuela Militar, en el parque Monceau.

«Su muerte pertenece a todos los obreros»

En este clima de masacre y de terror, Varlin no trató verdaderamente, parece ser, de escapar a la muerte. Habría podido cortarse la barba, disfrazarse, esconderse en casa de algunos amigos como lo hicieron algunos comuneros.

¿Actuó así por una especie de profunda desesperación? ¿O bien, estimaba justo que el que había sido elegido por millares de parisinos para representarlos debe ser solidario hasta el fin con esos millares de comuneros anónimos, obreros como él, que sacrificaron su vida por la revolución?

Todo el pasado, toda la práctica militante de Varlin apoya esta hipótesis de una solidaridad total tanto en la lucha como en la muerte.

Lissagaray evoca, con una sobriedad trágica, cómo fue asesinado este notable representante de la clase obrera:

Varlin, ¡ay!, no debía escapar. El domingo 28, en la plaza Cadet, fue reconocido por un sacerdote que corrió en busca de un oficial. El teniente Sicre atrapo a Varlin, le ato las manos a la espalda y le dirigió a las colinas donde permanecía el general Laveaucoupet. Por las calles escarpadas de Montmartre, el Varlin que había arriesgado su vida para salvar a los rehenes de la calle Haxo, fue conducido durante una larga hora. Bajo la granizada de los golpes, su joven cabeza meditativa, que no había albergado más que pensamientos fraternales, se convierte en una masa informe de carne, el ojo cuelga fuera de su órbita. Cuando llegó a la calle des Rosiers, en el estado mayor, ya no caminaba; le llevaban. Fue sentado para fusilarle. Los soldados reventaron su cadáver a golpes de culata. Sicre le robó el reloj y se hizo con él un aderezo.

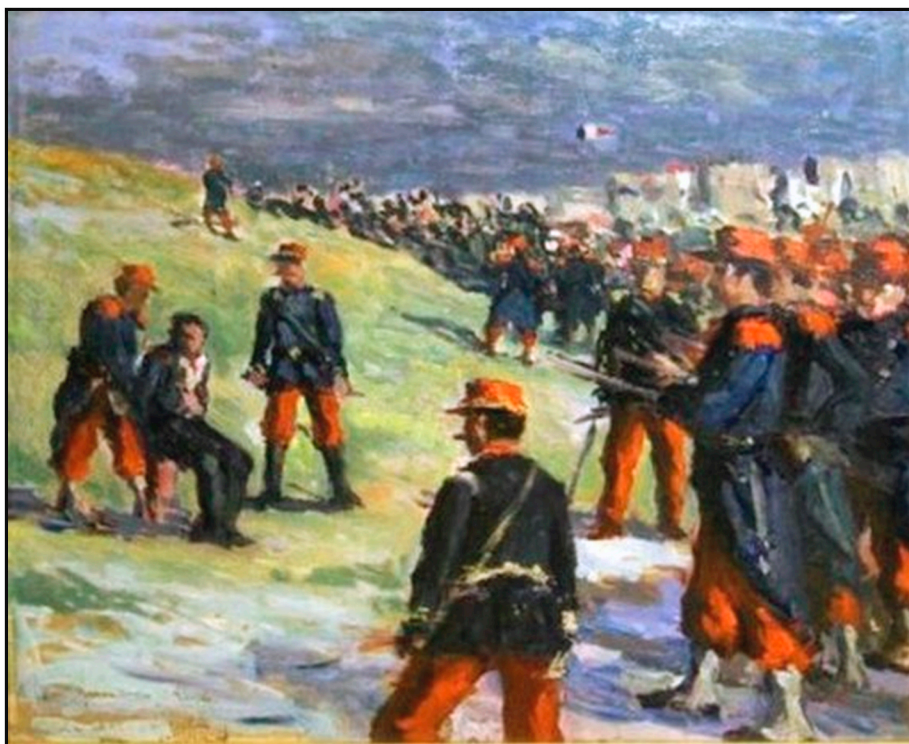
El Monte de los Mártires no tiene nada más glorioso. Que sea él también enterrado en el gran corazón de la clase obrera. La vida entera de Varlin es un ejemplo. Se hizo solo a sí mismo por la lucha encarnizada de su gran voluntad, entregándose, por la tarde, al estudio en las exiguas horas que el taller deja libres, no para conseguir los honores como los Corbons, los Tolains, sino para enseñar y liberar al pueblo.

Fue el nervio de las asociaciones obreras del fin del Imperio.

Infatigable, modesto, hablando muy poco, siempre en el momento preciso, y entonces aclarando con una palabra la discusión confusa, conservó el sentido revolucionario que se embota con frecuencia en los obreros instruidos.

Uno de los primeros en el 18 de Marzo, trabajando constantemente durante toda la Comuna, permaneció en las barricadas hasta el final.

Su muerte pertenece a todos los obreros.



Dos cuadros de Maximilien Luce sobre el fusilamiento de Eugène Varlin

Bibliografía citada

VILLERME, *Estado físico y moral de los obreros*, 10/18, n.º 582.

Patrick KESSEL, *El Proletariado francés antes de Marx*, Pión, 1968.

Norbert TRUQUIN, *Memorias y Aventuras de un proletario*, «La Memoria del pueblo», Maspero, 1977. (Largos extractos han sido publicados en la colección «El pueblo toma la palabra», 1974).

Agricol PERDIGUIER, *Memorias de un camarada*, «La Memoria del pueblo», Maspero, 1977.

Karl MARX, *Cartas a Kugelmann*, «Clásicos del marxismo», Ediciones sociales.

— *La guerra civil en Francia*, Ediciones sociales.

Jean BRUHAT, *Eugene Varlin*, E.F.R., 1975.

Jules VALLES, *El insurrecto*, Libro de bolsillo.

LISSAGARAY, *Historia de la Comuna*, Pequeña colección Maspero.

Louise MICHEL, *La Comuna: Historia y Recuerdos*, Pequeña colección Maspero.

Gustave LEFRANÇAIS, *Recuerdos de un revolucionario*, Tête de feuilles.